

**“NOS TOCA AGUANTARNOS SUS MALOS TRATOS PA QUE NO NOS
ECHEN”: IMAGINARIOS SOCIALES DE OPRESIÓN CONSTRUIDOS POR LAS
EMPLEADAS DOMÉSTICAS A PARTIR DE SU RELACIÓN LABORAL CON SUS
EMPLEADORES EN LA CIUDAD DE VALLEDUPAR**

ROSA ANGÉLICA MARTÍNEZ CARMONA

UNIVERSIDAD POPULAR DEL CESAR
FACULTAD DE DERECHO, CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE SOCIOLOGÍA
VALLEDUPAR - CESAR

2023

**“NOS TOCA AGUANTARNOS SUS MALOS TRATOS PA QUE NO NOS
ECHEN”: IMAGINARIOS SOCIALES DE OPRESIÓN CONSTRUIDOS POR LAS
EMPLEADAS DOMÉSTICAS A PARTIR DE SU RELACIÓN LABORAL CON SUS
EMPLEADORES EN LA CIUDAD DE VALLEDUPAR**

ROSA ANGÉLICA MARTÍNEZ CARMONA
MONOGRAFÍA PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE SOCIÓLOGA

ASESORA TEMÁTICA Y METODOLÓGICA
NADIA Z. UMAÑA ABADÍA

UNIVERSIDAD POPULAR DEL CESAR
FACULTAD DE DERECHO, CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE SOCIOLOGÍA
VALLEDUPAR - CESAR

2023

Nota de aprobación

Jurado

Jurado

Valledupar. _____

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Dios por acompañarme en cada latido que ha dado mi corazón, por abrazar los sueños propuestos y poner en mi camino a personas maravillosas que me apoyaron incondicionalmente.

Antonia Rosa Carmona Olivero mi adorada madre le agradezco por permitirme ser y por inspirarme con su historia de vida.

Agradecida con Armando Martínez Rosales por creer en mí desde el inicio de este proceso de formación alimentando así el hecho de hacer una investigación desde las entrañas.

Contenido

Resumen.....	1
Introducción	2
1. Planteamiento del problema.....	5
1.1. Lo que nos pre - ocupa como empleadas domésticas.	5
1.1.2. Pregunta Problema.....	8
1.2. Objetivos	8
1.2.1. Objetivo general	8
1.2.2. Objetivos Específicos	8
1.3. Justificación.....	9
1.4. Delimitación.....	10
2. Marco Referencial.....	10
2.1. Estado del Arte.....	10
2.2. Bases Teóricas	18
2.2.1 Algunas categorías para interpretar la experiencia	18
2.3. Relación entre los conceptos más relevantes	25
2.4. Marco conceptual.	28

3. Metodología	29
3.1. Tipo de estudio: Cualitativo	29
3.2. Nivel de estudio: Descriptivo.....	29
3.3. Método de estudio: fenomenológico.....	30
3.4. Población.....	31
3.4.1. Muestra	31
3.5. Técnicas de recolección de información	32
4. Resultados	33
4.1 ¿De dónde viene la idea de trabajar como empleadas domésticas?	34
Haciendo una introspección familiar sobre el trabajo en casa de familia	35
Mi primera vez como empleada de servicio doméstico	42
Mi primera vez trabajando en la ciudad de Valledupar	49
Viviendo una pesadilla de tres días	54
Cuarta casa de familia en la que trabajé como empleada doméstica....	62
Yala: “Y tienes que someterte hacer todo porque, ajá <i>pa</i> eso te contraté”	74
Carmen Pava: “Ella si puede exigir sus derechos, pero yo no puedo exigir los míos”	81

Noelsy Sierra: “Hay patronas que creen que uno es un animal, que uno no se cansa”	96
Toñita, la niña sumisa y calladita	112
5. El ahora... ..	125
Las vueltas que da la vida ¿verdad?	125
6. Reflexiones	131
Cuando el pasado vuelve a uno.....	132
7. Conclusiones	138
8. Recomendaciones	¡Error! Marcador no definido.
Epílogo: Carta de un amigo a la autora de esta tesis.....	140
Referencias.....	148
Fuentes primarias	148
Fuentes secundarias.....	148

Resumen

La siguiente investigación se llevó a cabo gracias a un trabajo inicialmente auto-etnográfico donde se reflexiona sobre las implicaciones que tiene ser empleada doméstica para una mujer. Partir de allí, se entretajan otras voces de diversas mujeres de los departamentos del Cesar y el Magdalena, cuyas entrevistas sobre sus experiencias como empleadas domésticas permiten evidenciar cómo se normalizan e invisibilizan las diferentes formas de abusos físicos, psicológicos y socioeconómicos hacia las mujeres.

Las construcciones socioculturales que pesan negativamente sobre las mujeres que se desempeñan en esta labor, impiden un óptimo desarrollo económico y realización personal, remarcando notoriamente esa brecha de desigualdad de género, la cual, de forma directa afecta a todas las mujeres, especialmente a las que realizan trabajo doméstico tanto el remunerado como el no remunerado.

Dejando de lado el tecnicismo, en este estudio se apela a la sensibilidad de las mujeres que aportaron sus voces para expresar lo deshumanizado que se siente trabajar como empleadas domésticas. A partir de nuestras memorias buscamos dignificar esta labor y sobre todo a quienes la realizan.

Palabras clave: Mujeres, Empleadas domésticas, imaginarios de opresión, dignificar.

Introducción

El siguiente trabajo plantea, desde la perspectiva subjetiva, la pregunta por la experiencia de la opresión en el oficio desempeñado por las empleadas domésticas en la región caribe colombiana. Los ocho capítulos que componen las diferentes etapas y procesos de esta investigación están organizados de tal forma que cada uno de ellos constituye parte fundamental para dar respuesta al interrogante inicial, a saber, ¿cuáles son los imaginarios sociales de opresión construidos por las empleadas domésticas en la ciudad de Valledupar? El primer capítulo denominado Planteamiento del problema comprende la problematización, objetivos y justificación, dando a conocer la pertinencia de este estudio sobre los imaginarios sociales de opresión que las empleadas domésticas construyen a partir de la relación laboral con sus empleadores en la ciudad de Valledupar.

En el segundo capítulo titulado Marco referencial se exponen las miradas de otros y otros autores y se conoce el panorama de la literatura académica que se ha fijado en las mujeres empleadas domésticas como actores sociales. En esta sección también son abordadas

teóricamente las categorías de imaginarios sociales, la opresión, género, empleo, fobias y discriminaciones, siendo estos algunos conceptos básicos necesarios para la interpretación dirigida al tema central.

En cuanto al tercer capítulo se aborda lo concerniente a lo metodológico donde se habla de tipo, nivel y método de estudio con los cuales se llevó a cabo el estudio sobre la población femenina que trabajan en el empleo doméstico remunerado en Valledupar y también se especifican las características principales con las que se efectuó el muestreo permitiendo que técnicas y herramientas implementadas logran un satisfactorio resultado en esta investigación que apreciaran finalizando este capítulo.

Enseguida, encontramos el apartado titulado Resultados, que incluye el cuarto ítem; alude el trabajo auto etnográfico donde realizo una introspección personal y familiar sobre lo vivido como empleada doméstica. Desde adentro se comparten aspecto tan íntimos y profundos que se consideran el cuerpo de esta investigación, por ende, se debe tener en consideración el contenido que se encuentra dentro de los recuadros que expresan los relatos de mujeres empleadas domésticas, seguidas o acompañadas de análisis y reflexiones. Dando a conocer las voces de mujeres como Yala y Noelsy del corregimiento afrocesarense de Guacochito, en Valledupar, Carmen del Banco Magdalena, y Toñita, del municipio de Chiriguaná, Cesar. Ellas decidieron compartir algunas de sus experiencias como empleadas domésticas, ya que se estima que detrás de nuestros nombres existen miles de mujeres ocultas bajo el silencio. El contexto en que se desarrollan sus vidas estará expuesto para una comprensión holística de la cosmovisión que construyen en la cotidianidad de su trabajo, el cual se convierte en el entorno donde ocurre gran parte de su existencia.

En el quinto capítulo se encontrarán con una reflexión donde expongo en mi posición actual de mujer, finalizando mi carrera profesional, desempleada, madre y ama de casa, una crítica sobre la asignación natural a las labores del cuidado. A su vez contemplando las *vuelatas que da la vida* al encontrarme en una postura que me conflictúa.

Ya casi finalizando de forma implícita y a modo de reflexión general en el sexto capítulo se tocarán tres puntos que se manifestaron durante la investigación con las trabajadoras del hogar; el primero a través de una narrativa de un encuentro inusual donde se refleja el miedo que nos da el enfrentarnos a lo que nos duele e incomoda. El siguiente punto, se alude a lo difícil, pero necesario de hablar sobre lo que reprimimos, y mediante la exteriorización de las cosas vividas llegar a la reflexión.

En el penúltimo se realiza la conclusión ofreciendo de forma sintetizada lo que se encontró en el recorrido de esta investigación.

Se les da cierre a los capítulos con algunas sugerencias de corte metodológico ya sea para darle continuidad a este estudio o para tener en cuenta en cualquier investigación que requiera tacto al momento de interactuar con los sujetos de estudio.

En el punto final se hace referencia a la *carta de un amigo a la autora de esta tesis* después de conversar durante horas años atrás sobre las empleadas domésticas.

1. Planteamiento del problema

1.1. Lo que nos pre - ocupa como empleadas domésticas.

Los imaginarios sociales desde áreas como la socio - antropología son representaciones sociales que se forman de modo continuo, siendo en ocasiones estáticos durante la historia, pero pueden llegar a dinamizarse buscando un cambio en su estructura (Colonial – Descolonial). En la actualidad las representaciones sociales que se construyen alrededor de las trabajadoras del servicio doméstico no consiguen descolonizarse realmente.

A través del tiempo esta labor se ha relacionado con el quehacer en una casa, ya sea en estado de esclavitud o de servidumbre, donde las condiciones de las mujeres que realizan esta labor solo se adaptan a la a condiciones precarias visibilizando esclavitud en estados modernos, lo cual lleva a considerar que este trabajo aún tiene patrones de discriminación por características específicas que posee la población que ejerce como trabajadoras del servicio doméstico.

Teniendo en cuenta lo anterior, se estima la pertinencia de la categoría de opresión dentro del imaginario social en el contexto de las empleadas domésticas que genera tensión por la negación constante de este fenómeno por parte de sus opresores, por lo que cuesta reconocer la falta de un mejor trato al personal femenino en el servicio doméstico que es incondicional, ya que se encarga de proteger, cuidar, y responder por un espacio material y no material. Lo anterior da cuenta de la entrega física y sentimental en la que se pueden llegar a involucrar las empleadas domésticas desprendiéndose de parte de sus vidas, para hacerse cargo de otros.

La opresión puede ser ejercida por varios actores simultáneamente y de formas distintas. Es imperativo abordar desde un enfoque feminista el fenómeno de los imaginarios sociales de

opresión construidos por las empleadas domésticas, ya que de modo transversal hace parte de las situaciones que generan desigualdad y a la vez una dicotomía que precede la relación de odio y afecto entre sus empleadores y las empleadas domésticas.

En el trabajo de Barrera, se afirma que:

El servicio doméstico ha sido considerado como una modalidad contractual en la que la persona del trabajador era incluso considerada una cosa, (...) luego de la expedición del Código Sustantivo del Trabajo, y algunas connotaciones por las cuales, el llamado de atención de la organización internacional del trabajo OIT, constituía una necesidad de vieja data de los trabajadores dedicados a este tipo de oficio y porque, pese a las ganancias obtenidas por otros trabajadores en otras áreas, el servicio doméstico siguió estando marginado. (2018; 6)

Para hacer referencia a la legislación laboral colombiana, se define al Trabajador Doméstico como “la persona que residiendo o no en el lugar de trabajo, **ejecuta tareas de aseo, cocina, lavado, cuidado de niños**, jardinería y demás tareas propias del hogar” (Decreto 824 de 1988. Art. 1.) Dentro de la anterior categoría de trabajador doméstico, según su actividad específica encontramos la de empleada doméstica, a quien denominaremos en femenino ya que, de acuerdo con Lautier:

En los países la tasa de feminidad de los empleos domésticos [varía] de 80% (África, Australia) a 95% aproximadamente en América Latina”. En la actualidad, específicamente en Colombia, la revista económica Portafolio (2019) indica que las cifras continúan aumentando pues “el 96% de los empleados domésticos del país son mujeres (2003; 791)

Desde la esfera constitucional, en Colombia logran reconocer y brindarles protección a los derechos de las empleadas domésticas, de manera tardía, al ser parcialmente incluidos ciertos derechos en la constitución de 1991, contemplando que en ese momento las investigaciones relacionadas con las empleadas de servicio doméstico generaban poco interés. Desde la fecha hasta entonces los movimientos feministas y organizaciones internacionales han influido para que las mujeres que se desempeñan en el área de servicio doméstico remunerado tengan los mismos derechos laborales y el mismo respeto por su trabajo que cualquier otra persona que realice otra labor remunerada.

Es un compromiso que tienen las ciencias sociales con las “minorías” en estado de vulnerabilidad, establecer un lazo con la realidad que vive la población que se desempeña como trabajadoras domésticas, en este caso las empleadas domésticas de la ciudad de Valledupar. Desde otros campos ya han iniciado parcialmente y con irregularidades a reconocer su labor desde lo legal y económico; pero su protesta silenciosa exige con gran urgencia la atención de una sociología profunda, que llegue a la sensibilidad de las colectividades en cuestión, para así tratar de comprender y ser un portavoz de este fenómeno marginado desde la antigüedad hasta el día de hoy.

Reflexionando sobre lo anterior se evidencia la pertinencia de esta investigación, teniendo en cuenta que se genera por la necesidad de reivindicar a las mujeres que se desempeñan en el área del servicio doméstico en Valledupar, y que sufren una de las formas de opresión más invisibilizadas, incluso por ellas mismas, puesto que muchas de las acciones de sometimiento que padecen pueden ser normalizadas entre ellas y sus opresores(a).

Teniendo en cuenta que las mujeres que realizan esta labor son de escasos recursos o con necesidades insostenibles ya sea por ser madres cabezas de hogar, o personas en busca de

oportunidades para mejorar su calidad de vida, por ende, las personas a las que sirven se aprovechan muchas veces de su situación de necesidad cometiendo diferentes formas de abusos hacia las empleadas del hogar.

1.1.2. Pregunta Problema

¿Cuáles son los Imaginarios Sociales de Opresión Construidos por las Empleadas Domésticas a partir de su relación laboral con sus empleadores en la ciudad de Valledupar?

1.2. Objetivos

1.2.1. Objetivo general

Conocer los Imaginarios Sociales de Opresión Construidos por las Empleadas Domésticas a partir de su relación laboral con sus empleadores en la ciudad de Valledupar

1.2.2. Objetivos Específicos

- **Describir** las realidades que experimentan las empleadas domésticas en el contexto de opresión en la ciudad de Valledupar.
- **Identificar** los efectos que tiene la opresión en las empleadas domésticas en la Ciudad de Valledupar.

- **Analizar** los imaginarios sociales de opresión vividos por las empleadas domésticas por parte de sus empleadores en la ciudad de Valledupar.

1.3. Justificación

Interiorizar inconscientemente que es normal sentir un nudo en la garganta cuando hay humillación, ofensas, maltratos o simplemente menosprecios por ser las personas que limpian, lavan, barren, cocinan y en ocasiones suelen brindarles amor, atención y diálogo a hijos ajenos, pero igual suelen ser cuidados como si lo fuesen propios.

Esos silencios en los relatos de las mujeres que me rodean son uno de los muchos motivos que me llevan hoy a realizar esta investigación, a interrogarme sobre los imaginarios sociales que construyen las empleadas domésticas evidenciando la opresión que se genera en la relación laboral con sus empleadores. Esta investigación ha dejado ver un fenómeno importante pero ignorado y marginalizado, por parte de la sociedad y por las ciencias sociales.

Por ello, la investigación cualitativa desarrollada tiene como sujeto de estudio a empleadas domésticas de la ciudad de Valledupar, donde el objetivo principal es *conocer* sus realidades, para posteriormente *analizar* sus imaginarios, *identificar* los efectos que tiene la opresión en ellas como empleadas domésticas, para posteriormente *analizar* sus imaginarios y de esta forma ayudar a visibilizarlas para que sean tenidas en cuenta como seres humanos, respetadas, dignificando su trabajo y ser vistas como sujetos de derechos por parte del Estado.

En la práctica he visto y escuchado como madres, tías, hermanas y amigas, llegan a trabajar como empleadas domésticas, en pueblos o ciudades por la necesidad de conseguir ingresos para mejorar su situación económica. Siempre suelen decir, que la patrona es muy buena, pero es algo extraño, cuando se trata de comentar situaciones no tan agradables, la mirada pierde su alegría, el momento se torna triste y se siente dolor en las palabras.

1.4. Delimitación

Delimitación Espacial: La presente investigación se realizó en la ciudad de Valledupar, teniendo en cuenta que las personas empleadas se ubican en diferentes sectores de la ciudad.

Delimitación Temporal: La investigación se presenta en el tiempo del 2020 – 2023, teniendo en cuenta que en este periodo de tiempo la situación de las empleadas domésticas se intensifica con la pandemia y los diferentes procesos geopolíticos ocurridos en este tiempo.

2. Marco Referencial

2.1. Estado del Arte

Las mujeres que se emplean en el marco del trabajo doméstico poseen características socioeconómicas y étnico- raciales compartidas, las cuales fueron abordadas y organizadas de manera categórica, con el fin de develar su incidencia en el ámbito sociolaboral de las trabajadoras domésticas. Y es que una de las temáticas que atraviesan los estudios sobre las

empleadas domésticas es el género, pues en gran medida las mujeres son las que realizan esta labor, generalmente por asignación histórica del sistema patriarcal.

En estudios locales encontramos en García, D. (2016) cómo la pérdida de actividades económicas tradicionales y la necesidad de seguir luchando por el sustento de sus familias, inducen a mujeres de la ruralidad, en este caso afrodescendientes, a abandonar a sus seres queridos para dedicarse al cuidado de los hijos y del trabajo doméstico de las familias de las élites en la ciudad más cercana.

En el estudio mencionado anteriormente se encontró en el análisis de raza y clase una forma de subyugar a las mujeres afrocesarences, prestándole los servicios de trabajo domésticos a sus empleadores de manera generacional, es decir, cediéndole el lugar de trabajo a la próxima generación o introduciendo a hermanas e hijas la labor de trabajar como empleadas domésticas.

Dentro de los estereotipos que caracterizan a las empleadas del hogar encontramos la raza como lo menciona el estudio de García, además existe otro como es la clase considerándola como una constante que prevalece en todos los estudios relacionados con el trabajo doméstico, con la que se devela las brechas y desigualdades en el marco laboral de este sector.

En el mismo sentido, un artículo realizado por Cutuli Romina y Pérez Inés en Argentina contempla de manera profunda los relatos de las mujeres empleadas domésticas entrevistadas, encontrando que las condiciones de racialización, género y clase, tienden a ser elementos que agudizan la discriminación, xenofobia y los maltratos silenciados en el entorno laboral, ubicando en una yuxtaposición a estas mujeres donde no pueden renunciar por la necesidad de trabajar para conseguir el sustento económico para ellas y sus familiares.

Para investigadoras como María Elisa Franco (2017) al profundizar en las formas discriminatorias que producen múltiples tipos de violencia hacia las empleadas domésticas sujetos de esta investigación, se evidencia que además de ser mujeres, el trabajo de cuidado remunerado suele desempeñarse por niñas, migrantes, indígenas, mujeres de edad mayor, que son personas vulneradas por sus condiciones específicas y sometidas a una precariedad laboral aún mayor.

Según la investigación que se realizó, todas estas calamidades y desigualdades se debe a los roles de género que son asignados histórica y estructuralmente ubicando en una posición de grandes desventajas a las mujeres, suprimiendo o restringiendo su desarrollo o independencia en lo económico, su desenvolvimiento laboral y por último y no menos importante, su progreso personal.

Uno de los objetivos del anterior estudio realizado en México, es hacer un llamado de atención desde el ámbito normativo para lograr en el año 2011 que el convenio que fue firmado desde años atrás entre la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y el gobierno mexicano, fuese ratificado urgentemente y así comenzar a regir dicho acuerdo en pro de los beneficios y derechos de las mujeres que se desempeñan en el trabajo doméstico remunerado.

En el caso de las trabajadoras domésticas argentinas el desamparo en la supervisión de la aplicación de las normas laborales por parte de las empleadoras se presta para que estas últimas gocen de los servicios prestados, pero sin cumplir con el protocolo de afiliación de las que le sirven, afectando económicamente las condiciones del retiro cuando se entre en edad no productiva y abandone el mercado laboral. Además de esto, sin la afiliación que en Argentina llaman el registro, no podrán gozar de ciertos beneficios que este presta a las empleadas domésticas de dicho país.

El fenómeno mencionado en el párrafo anterior es abordado por Pereyra, F. (2015 y 2017), realizando unos estudios exploratorios de aspectos del cuidado, derechos, seguridad social, trabajo doméstico en Argentina, teniendo en cuenta la opinión de las empleadas domésticas y de sus empleadoras, las primeras fueron caracterizadas entre trabajadoras internas y por horas.

Dicha aclaración resulta importante considerando que la relación laboral con sus empleadoras es más intensa en un sector que en el otro, y que las que trabajan por horas tienen menos posibilidad de ser registradas por sus empleadoras. Sin embargo, cuando se trata de las condiciones laborales todas las empleadas del hogar, por lo general suelen afirmar que “tienen mucho trabajo y poco pago”.

En primera por la falta de igualdad económica laboral de este trabajo feminizado en comparación con otros sectores laborales. Y en segundo, por las relaciones laborales que por su contacto directo y continuo crea unas nociones “familiares” que hacen creer y/o sentir a las empleadas domésticas como “parte de la familia” la cual demuestra su afecto a la familia de la empleadora, trabajando horas extras, sacrificando su tiempo para tratar de pertenecer a la familia. Esta situación que a largo plazo perjudica a las empleadas domésticas, ya que, están lejos de ser reconocidas y valoradas salarialmente, además, están perdiendo su identidad laboral al postergar sus propias necesidades.

En otra perspectiva, Calcagni realiza en su obra doctoral un estudio profundo de varias de las dimensiones que engloba las situaciones de las empleadas domésticas escudriñando en el ámbito histórico, económico y de relaciones laborales entre empleadas y empleadora, siendo este último el analizado en este estado de arte.

Desde estos últimos aspectos de las investigaciones de Pereyra, F., se logra identificar en Calcagni, M. (2011) los conflictos, dependencias y encuentros en las relaciones interpersonales que se generan entre empleadas y patronas mediante la prestación del servicio, si bien, esta autora a diferencia de la anterior toma esta dimensión desde el paternalismo.

Teniendo en cuenta que su estudio fue realizado cronológicamente a partir de 1973 hasta el 2010, toma los artículos laborales que cita y analiza, mostrando lo explícito que fue la norma laboral en un inicio para las empleadas domésticas en Chile, y que promulgaba la imposición ideológica de los patronos, incluso convencerlas de discursos donde la asignación de rol femenino a lo doméstico es lo más natural para la sociedad.

De manera continua Calcagni, se introduce en la pertenencia de la empleada doméstica a la familia, interpretando en el discurso de ellas que se terminan creando lazos estrechos parecidos al de tipo familiar, no obstante, dentro de su relato las empleadas domésticas se consideran así mismas como parte de la familia, pero, casi como una pariente lejana que tienen sus patronos en la casa. El paternalismo como fenómeno, al igual que el Familismo, mantienen un margen clasista, en el que se le enseña a la empleada costumbres y modales de la clase a la que pertenecen sus empleadores, provocando distorsiones entre su propio origen y el reconocimiento de su identidad.

La explotación y la represión hacia las empleadas domésticas, es el trasfondo del Familismo cuando la trabajadora se considera “parte de la familia” en realidad se evidencia una “conciencia dominada”. Así lo interpretan Younes, M., Molinier, P. en el estudio comparativo realizado en Colombia y Líbano, sobre empleadas domésticas migrantes sea de la ruralidad a la ciudad en Bogotá o de mujeres migrantes de un país a otro como el caso de Beirut; estas concluyen que las similitudes de los testimonios de sus investigaciones están en aspectos como la

“alterización” y Familismo como estrategias de subordinación de los empleadores a las trabajadoras domésticas.

Contemplando los relatos de vida de las trabajadoras entrevistadas en los estudios de Younes, M., Molinier, P, (2016), se evidencia el estado de vulnerabilidad en que la mayoría de las mujeres entran a este mercado laboral del servicio doméstico, donde inician desde niñas para aportar económicamente a sus familias mediante la actividad de empleadas domésticas, asimilando desde muy jóvenes la desprotección y abandono de los suyos. Adicionalmente, los testimonios muestran cómo las mujeres reciben responsabilidades que se les imponen cuando aún no se tiene la edad, viviendo y desarrollando prácticas de alterización y de subordinación que son reproducidas en el lenguaje de la familia, aceptadas por las diferentes formas de alienación, dominación, propiciando escenarios de sobreexplotación que expone la injusticia social y laboral.

Desde allí, cabe resaltar el concepto de identidad laboral que describe Reyes, M. (2015) en su investigación llevada a cabo en Chile, donde desglosa las diferentes esferas que componen la categoría en las empleadas del servicio doméstico; de allí, se analizan las dinámicas corporales, es decir, el cuerpo del trabajo, esferas que implican el tiempo y espacio de la cotidianidad de las mujeres. Sin duda alguna, a diferencia de otros espacios laborales, las trabajadoras del hogar prefieren no hacerse sentir o percibir mientras realizan su trabajo, para no interrumpir, incomodar o importunar a sus empleadores, por lo que estas se consideran unas intrusas en la tranquilidad y privacidad de la familia a la que le brindan los servicios domésticos.

La idea de concebir como parte de la familia a la empleada doméstica por parte de sus empleadores no significa que estos últimos valoren la labor del trabajo doméstico que estas realizan, en los relatos biográficos obtenidos por las empleadas domésticas entrevistadas en

Reyes, M. (2015) resulta un poco más claro para ellas, aunque los empleadores suelen afirmar que las consideran parte o integrante de las familias. En la citada investigación, las empleadas domésticas son conscientes que nada de lo que está en esas casas les pertenece, y que su labor es tan valiosa como la de cualquier otro trabajo considerando que, gracias a ellas, la familia puede gozar de un hogar limpio, comer a tiempo, dirigirse a sus trabajos con la tranquilidad de que alguien cuida de su casa e hijos, etc., para que sus empleadores puedan cumplir con sus compromisos en sus espacios públicos.

En todo caso, las valoraciones sociales del empleo doméstico son importantes para las empleadas del hogar ya que se sienten discriminadas incluso por sus propios empleadores, sea por el tipo de tareas que realizan para ellos mismos, o por la raza, el género, la clase o todas las anteriores. De allí que los empleadores las vean, no dentro de un nosotros, sino como la otredad.

A través de estas relaciones laborales simbólicas entre empleada y empleador anteriormente mencionadas, se construye la identidad laboral de las trabajadoras en el sector del empleo doméstico. Esto crea una ambivalencia en las trabajadoras domésticas, porque en estos espacios laborales se dan lazos que generan dependencias entre los dos sujetos de la relación laboral.

Por ello, en un trabajo realizado por Magdalena León, (2013) como proyecto de Investigación- Acción desarrollando una política pública implementada tanto para empleadas como patronas en tres ciudades colombianas, fue imperante abordar la dimensión de identidad y autonomía tanto como empleada como de mujer y ciudadana. En este estudio de intervención se buscaba un despertar de conciencia de las trabajadoras para que, más que conocer sus derechos como tal, tuviesen las herramientas para exigirlos.

Uno de los factores que jugaron en contra de las empleadas domésticas, es la manera aislada en que este tipo de trabajo las restringe al espacio privado de las paredes de una casa de familia, en especial si trabajan como internas; dicha condición no les permite vislumbrar la necesidad de reivindicar su trabajo individual y colectivamente. También se evidencia la subordinación de la identidad por parte de sus empleadoras, transmitiendo inferioridad en todos los sentidos, aunque pertenezca la empleada y la patrona al mismo género no comparten la clase, ni la pertenencia étnico-racial.

En la tesis doctoral de Mónica Toledo (2014) denominada “Entre Muchachas y Señoras, arreglos particulares en el trabajo doméstico en México”, se condensan estereotipos, categorías y factores que se han abordado en los estudios ya antes mencionados, realizados en distintos países de América Latina con excepción de Younes, M., Molinier, P. (2016). En su trabajo, Toledo profundiza sobre los “arreglos particulares” señalando la sobre posición de la empleadora sobre la empleada en su relación laboral, posición que trasciende socio culturalmente, y a través de la cual opera la marginación y vulnerabilidad de gran parte de la población femenina que se desempeñan en la labor del trabajo doméstico remunerado.

En su estudio, Toledo desenmascara lo que sucede en el trasfondo de las dinámicas de las contrataciones verbales entre las empleadas domésticas y empleadoras, para esto se tuvo en cuenta los testimonios y la caracterización de criterios socioeconómicos y status de ambos sujetos de estudio, con el fin de interpretar las dinámicas laboral - afectiva que son dadas en este tipo de trabajos y complican el reconocimiento y valor de las mujeres que se desempeñan en el trabajo doméstico. La sociedad y el Estado muestran una mínima preocupación por las condiciones laborales de las mujeres que prestan este servicio en México y demás países Latinos.

Aunque en los países se denominen a las empleadas domésticas de modos distintos y unos tengan las normas laborales más avanzadas que otros, lo que comparten por igual es la falta de aplicación y supervisión por parte de las entidades correspondientes, ya que no sirve de nada que esté escrito en el papel si se continúan vulnerando los derechos laborales, económicos, y por último y no menos importante, pasar por encima de la dignidad y necesidad de estas mujeres negras, indígenas, migrantes, niñas, mujeres en edad avanzada, y con condición económica crítica. En suma, la revisión del estado del arte realizada nos permite afirmar que el trabajo doméstico constituye, sin duda, una de las ocupaciones con mayores niveles de precariedad y desprotección laboral.

2.2. Bases Teóricas

2.2.1 Algunas categorías para interpretar la experiencia

Para interpretar la experiencia de las mujeres empleadas domésticas en la ciudad de Valledupar, cuyos relatos constituyen la fuente testimonial y auto etnográfica de la presente investigación, utilizaremos las categorías de imaginarios, opresión, género, fobias-discriminación y empleo. Dichos conceptos serán definidos a continuación.

2.2.1.1 Imaginario social

De acuerdo con Randazzo, “El imaginario social es referido habitualmente en ciencias sociales para designar las representaciones sociales encarnadas en las instituciones, y es usado habitualmente como sinónimo de mentalidad, cosmovisión, conciencia colectiva o ideología (...) Pero ¿qué son? ¿Dónde se encuentran? ¿Es a través de los imaginarios sociales que se construye lo que llamamos realidad social? Estas son sólo algunas de las preguntas que afloran al enfrentar

una noción que, a pesar de su gran poder de seducción, está muy propensa a mostrarse tremendamente problemática” (2012: 77 – 96).

Dándole respuesta al primer interrogante se acude a Celso Sánchez Capdequí, quien afirma que “el imaginario remite al encendido figurativo de los límites del mundo, es el contenido simbólico que dota de contenido a una sociedad. En él reside el conjunto de metáforas, iconos, ideales y nociones que aportan consistencia a la convivencia social. Se trata del mundo-de-la-vida y de los prejuicios que dirigen los juicios de los actores y las instituciones. Allí radican las condiciones de lo que se puede decir, pensar y hacer” (2011: 20)

Castoriadis, compartiendo el fundamento anterior, insiste en que en la fluctuación de diferentes factores los imaginarios se impregnan en el vivir de la sociedad de maneras invisibles para pasar por cierto proceso, que van desde lo intangible hasta lo material, que es cuando se institucionalizan ciertas prácticas que se ignoran, pero se reproducen gracias a la función de lo imaginario tal como a continuación se expone:

“La institución es una red simbólica, socialmente sancionada, en la que se combinan, en proporción y relaciones variables, un componente funcional y un componente imaginario. La alienación es la autonomización y el predominio del momento imaginario en la institución, que implica la autonomización y el predominio de la institución relativamente a la sociedad. Esta autonomización de la institución se expresa y se encarna en la materialidad de la vida social, pero siempre supone también que la sociedad vive sus relaciones con sus instituciones a la manera de lo imaginario, dicho de otra forma, no reconoce en el imaginario de las instituciones su propio producto”. (Castoriadis, 1975: 137).

En lo anterior se puede encontrar el peso que constituye el significado de lo imaginario. Más aún, los imaginarios y las representaciones sociales, al ser modelos de la realidad, expresan opiniones, “teorías profanas” e ideas de sentido común integradas en el pasado de un grupo donde pierden su sentido individual arraigándose en la vida cotidiana del conjunto (Moscovici, 1979 citado por Gutiérrez, G. 2019: 60)

Hay que comprender que muchos de los elementos de las diferentes esferas del concepto de los imaginarios sociales se dan desde el lente de la ciencia, en las que se encuentra la antropología, psicología, filosofía y la sociología, las cuales están influenciadas por el mismo propósito de estudiar todo lo que comprende a la sociedad y su individualidad en relación con otros. En este sentido, cabe resaltar la reflexión de Schütz quien dedicó varios esfuerzos intelectuales a la comprensión de las relaciones intersubjetivas en este “mundo de la vida”, con significaciones instituidas en las sociedades.

Se asume que la mayoría de estos autores mencionados, se refieren y se apoyan en las fuentes primarias que trabajan en la teoría de los imaginarios sociales como lo son Castoriadis, y Moscovici entre otros parcialmente utilizados. Estos teóricos pretenden asumir una postura epistemológica que valore otros sistemas de razonamiento científico, que dé cuenta de la complejidad de los fenómenos sociales y como tal los estudie. Al respecto, todos y cada uno de los autores precisaron que más que significados, los imaginarios remiten a sentidos.

2.2.1.2. Opresión

Silvia Federici en su libro “Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria” afirma que “aun cuando los hombres alcanzaron un cierto grado formal de libertad, las mujeres siempre fueron tratadas como seres socialmente inferiores, explotadas de un modo similar a

formas de esclavitud. “Mujeres”, entonces (...), significa no sólo una historia oculta que necesita hacerse visible, sino una forma particular de explotación y, por lo tanto, una perspectiva especial desde la cual reconsiderar la historia de las relaciones capitalistas. (2011: 29). En este sentido la producción capitalista se ha cimentado imponiéndose al trabajo reproductivo de la mujer.

Siguiendo a Federici, la utilización del término trabajo reproductivo refiere al “complejo de actividades y relaciones gracias a las cuales nuestra vida y nuestra capacidad laboral se reconstruyen a diario” (2015). El trabajo reproductivo tiene, para Federici, un doble carácter, “como trabajo que nos reproduce y nos ‘valoriza’ no sólo de cara a integrarnos en el mercado laboral sino también contra él” (2015).

Federici también critica al feminismo que desde organismos internacionales propone políticas basadas en el género, que invisibilizan opresiones relacionadas con la clase y la raza. De esta forma señala que, de la mano de políticas orientadas por la igualdad de género promovidas por la ONU, se revelan complicidades con invasiones internacionales y apropiaciones de tierras comunitarias. Se incluye en este marco conceptual la perspectiva de Silvia Federici al exponer como el feminismo liberal, en aras de ocupar posiciones tradicionalmente asignadas a hombres, no busca transformar el sistema económico y social. Reproduce relaciones de poder opresivas hacia mujeres negras y/o de clases económicas bajas. Se trataría del feminismo que entiende que la emancipación de las mujeres se mide a partir de la ocupación de puestos ejecutivos en las empresas o a través de la incorporación a los ejércitos. (Federici, 2015).

En contraste, podemos remitirnos a la noción de la pedagogía del oprimido de Paulo Freire la cual nos dice que “la violencia de los opresores, deshumanizadora también, no instaura otra vocación, aquella de ser menos. Como distorsión del ser más, el ser menos conduce a los

oprimidos, tarde o temprano, a luchar contra quien los minimizó. Lucha que sólo tiene sentido cuando los oprimidos, en la búsqueda en la recuperación de su humanidad, (...) renuncian a la idea de oprimir a los opresores, y en cambio procuran restaurar la humanidad de ambos. Ahí radica la gran tarea humanista e histórica de los oprimidos: liberarse a sí mismos y liberar a los opresores. Estos que oprimen, explotan y violentan en razón de su poder, no pueden tener en dicho poder la fuerza de la liberación de los oprimidos ni de sí mismos. Sólo el poder que renace de la debilidad de los oprimidos será lo suficientemente fuerte para liberar a ambos” (2005; 41)

Por eso Miryam, C. (2010; 207) considera que esta pedagogía deberá hacer de la opresión y sus causas un objeto fundamental de la reflexión de los que la padecen; y de allí que debe ser elaborada con los oprimidos y no para los oprimidos. De esta manera, se facilitará el paso de la conciencia intransitiva, ingenua, a la conciencia crítica que es la que permite ver las relaciones causales entre los hechos de la realidad; por eso mismo, esta educación se convierte en liberadora.

2.2.1.3. Género

Esta se tendrá en cuenta como una categoría que atraviesa el tema de las empleadas domésticas y su amplia población de género femenino que constituye una de las características principales por la que se consideran “naturalmente designadas” para el trabajo del servicio doméstico remunerado o no. Bajo la teoría feminista, la cual está basada en la reivindicación de los derechos humanos de las mujeres, se generan debates y el análisis de las causas de la opresión, en el que el concepto de Patriarcado desempeñaría un papel fundamental.

Simone de Beauvoir citada en De las Heras Aguilera, S. (2009; 56) reflexiona con el propósito de construir una teoría explicativa de la subordinación de las mujeres desde una investigación interdisciplinar, parte de la pregunta “¿Qué significa ser mujer?” para defender que no se nace mujer, sino que se deviene mujer; es decir, que la mujer es construida socialmente más que biológicamente, y que la construcción de la sociedad y de los seres humanos es masculina y excluye a la mujer.

Esto influye directamente en el rol que le adjudican a la mujer y a las tareas que naturalmente estas “deben” realizar. Aspectos complejos a los cuales la feminista colombiana Magdalena León hace alusión cuando afirma que dentro del feminismo popular se busca desmitificar la situación de subordinación y explotación de la empleada doméstica como un grupo amplio de mujeres populares, pero al mismo tiempo se da una dicotomía, cuando se tiene en cuenta al ama de casa en su doble rol de patrona y de mujer sujeta a la subordinación social que le impone la adscripción a lo doméstico.

2.2.2 Fobias y discriminaciones

Estas categorías se evidencian en las prácticas de muchos empleadores y se da en casi todas las sociedades incluida la sociedad valduparenses, y que muchas veces se encuentra de manera implícita en el pensar, sentir y en los comportamientos hacia sus empleadas del servicio doméstico. Por ejemplo, las fobias como la aporofobia que genera odio, rechazo y miedo a los pobres, la xenofobia miedo o desagrado hacia los migrantes, entre otras que llevan a las empleadas domésticas a ser discriminadas tanto con sus patronas como socialmente.

De acuerdo con Franco, “además, se deben tener en cuenta los tipos más comunes de violencia de los que son víctimas las trabajadoras del hogar son la psicológica generalmente manifestada a través de violencia verbal y emocional, la económica y la sexual. Las trabajadoras del hogar frecuentemente sufren hostigamiento y acoso sexual en su lugar de trabajo. A su vez, la condición de vulnerabilidad (descrita en párrafos anteriores) en la que se encuentran propicia en gran medida que esta violencia se mantenga en la impunidad en la mayoría de los casos” (2017: 6).

2.2.2.1 Empleo

Es necesario abordar este concepto por el uso que tiene en este trabajo y por el fundamento indispensable para abordar la experiencia de las empleadas domésticas. Para Maruani, “al reflexionar sobre esa relación tan contradictoria con el trabajo y el empleo, la distinción entre ambos niveles se presentó como una evidencia inscrita en la realidad social si somos capaces de rechazar el trabajo a la vez que tener apego al empleo, oponerse a las condiciones de trabajo al tiempo que luchar por conservar el empleo, en tal caso, trabajo y empleo son dos cosas diferentes. El trabajo significa las condiciones de ejercicio de la actividad profesional. El empleo supone el hecho de tener un trabajo.” (2000: 11)

El servicio doméstico como un trabajo remunerado es ejercido por mujeres de sectores populares, lo cual aumenta y potencia su subvaloración; por eso, analizar la presencia de mujeres de origen rural, indígena y afrodescendientes es importante. Adicionalmente, el servicio doméstico en el seno del hogar se constituye en una relación entre mujeres, es decir, entre empleada-patrona. Esto supone una asimetría de poder que da paso a relaciones contradictorias entre mujeres y entre clases sociales diferentes.

2.3. Relación entre los conceptos más relevantes

Dentro de este estudio sobre los imaginarios sociales de opresión construidos desde las empleadas domésticas de la ciudad de Valledupar, se destacan las categorías principales concebidas como “imaginarios sociales” y “opresión” que, en este punto, resulta necesario conceptualizar y exponer desde las perspectivas y las orientaciones teóricas utilizadas.

Como se dijo en el apartado anterior, para Castoriadis (1965): “los imaginarios son auténticas fuentes de inspiración capaces de influir con mucha fuerza en las maneras de pensar, decidir y orientar las acciones sociales” (1965).

Siendo fiel seguidor de Castoriadis, Randazzo plantea la siguiente conceptualización sobre los imaginarios sociales: “Los imaginarios operan como un filtro prácticamente invisible que preconfigura “la realidad social”. Frente a grandes cantidades de información que no se pueden manejar fácilmente, los imaginarios funcionan de forma heurística, permitiendo tomar decisiones complejas o hacer inferencias rápidamente. Son capaces de influir en las maneras de pensar, decidir y orientar las acciones sociales, especialmente al ser formulados, legitimados, institucionalizados” (2012).

Randazzo, F (2012), parafraseando a Castoriadis de hecho divide el imaginario social en dos planos de significación distintos y dependientes. Los primarios o centrales, que son creaciones Ex nihilo, instituciones imaginadas que no dependen sino de su misma idea para referenciarse, como Dios, la familia o el Estado.

Los secundarios, que surgen y dependen de los primarios, por ejemplo, la idea de ciudadano no puede concebirse sin la idea de Estado. Por eso estas representaciones son consideradas instrumentales, jugando un simple papel reproductor de los primarios. (Cornelius, Castoriadis, 2008).

En segunda instancia, encontramos la categoría de la opresión; según Young, la principal razón por la que pocas personas usarían el término opresión para referirse a las injusticias en las sociedades democráticas contemporáneas es que comprenden la expresión de forma tradicional, esto es, como el ejercicio de un poder tiránico por parte del grupo gobernante. Pero ella propone un nuevo concepto. La "opresión designa las desventajas e injusticias que sufre alguna gente no porque un poder tiránico la coaccione, sino por las prácticas cotidianas de una bien intencionada sociedad liberal (...) la tiranía de un grupo gobernante sobre otro grupo social (...) sin duda debe señalarse como opresiva" (Young (2000) citado en Villavicencio & Zúñiga: 2015, 722).

Por ello, "la opresión se refiere también a los impedimentos sistemáticos que sufren algunos grupos y que no necesariamente son el resultado de las intenciones de un tirano. La opresión así entendida es estructural y no tanto el resultado de las elecciones o políticas de unas pocas personas" (Young (2000) citado en Villavicencio & Zúñiga (2015, 722).

Ahora bien, en este punto de la argumentación resulta relevante señalar la relación que tienen todas y cada una de las categorías y subcategorías desglosadas particularmente, con el fin de desarrollar los aspectos teóricos tratados en este trabajo y que buscan sustentar, con la ayuda de las ciencias sociales, problemáticas que se presentan en la sociedad y a las cuales se le espera dar respuesta trabajándolas con herramientas científicas. El imaginario social es de mayor envergadura pues es una matriz de sentido determinado que hegemónicamente se impone como lectura de la vida social. El sujeto simplemente "lo padece" por encima de sus propias

experiencias vitales. Según Cegarra, “esto no quiere significar que los imaginarios sociales sean inmodificables o históricamente permanentes, por el contrario, cada época histórica a través de los grupos sociales construye o resignifica los sentidos que desea socialmente transmitir. De allí que se hable de imaginarios sociales dominantes y dominados, pero en esencia, son esquemas interpretativos para el sentido social hegemónicamente impuestos haciendo plausible la vida cotidiana” (2012; 5).

El párrafo anterior conduce al estudio de los imaginarios sociales a través de la lectura de la vida social de las empleadas domésticas de la ciudad, y revela los mecanismos que identifican cómo, mediante el mundo de la vida, se pueden interpretar estos imaginarios sociales de opresión producidos en las empleadas domésticas y así poder vislumbrar esos detalles que componen la cosmovisión que hace parte de su quehacer como mujer y como trabajadora del servicio doméstico.

La opresión modifica el imaginario social de esta población que tiene ciertas características por las cuales aceptan ser oprimidas porque no tienen otras alternativas, o porque el imaginario social del entorno les impone como si hubiesen nacido para hacer eso ya que los imaginarios instituidos representan esas estructuras o patrones que son difíciles de no ser aceptados.

La condición de que el 95% de las empleadas domésticas sean féminas representa un imaginario instituido, es decir que existe una matriz donde el género determina la labor; desde una perspectiva feminista eso sería denominado como patriarcado. En ese mismo orden de ideas, en este trabajo se considera dicha situación como un imaginario instituido y que a través de la historia colombiana podemos ver que no sea modificado ya que es dominante.

Estas reflexiones teóricas nos permitirán entender mejor el relato testimonial de la presente monografía de grado, cuya intención es comprender la experiencia de las empleadas domésticas desde adentro.

2.4. Marco conceptual.

Imaginario social: son un cumulo de factores que a lo largo del tiempo aportan a la construcción del papel que representa cada persona dentro de una sociedad y como se ve así misma dentro de esta.

Empleada doméstica: Mujer que se emplea legalmente para trabajar realizando actividades de organización, limpieza, cocina, cuidado de espacios físicos, etc. Tienen diferentes modalidades como internas, medio tiempo, por horas y ocasionales.

Opresión: la opresión posee diferentes caras (la humillación, minimización, alienación, sumisión etc.) las cuales buscan apropiarse física o mental mente de otros con el fin de favorecerse a quien la ejerce y restringir la capacidad de exigir sus derechos de quien la padece.

Mujer: En esta investigación el concepto de mujer se comprende de la siguiente manera; se condiciona socialmente a lo femenino con una imposición estructural de la realización de trabajo del hogar y del cuidado por considerarse una “vocación natural con la que se nace” por ende se es desvalorizado emocional y económicamente por la sociedad.

3. Metodología

Este estudio contiene dentro de la objetividad una carga subjetiva que da cuenta de la percepción de sus realidades como empleadas domésticas dando lugar a experiencias positivas o negativas que permean en sus vidas, a partir de su cosmovisión se busca analizar las consecuencias que tiene para las mujeres empleadas domésticas en la ciudad de Valledupar ejercer esta labor.

3.1. Tipo de estudio: Cualitativo

A propósito del título de esta investigación la cual se orienta principalmente en cómo se sienten las empleadas domésticas en relación a sus empleadores en la ciudad de Valledupar, bajo el enfoque cualitativo determinado por (Hernández, R.; Fernández, C.; Baptista, M. 2014). Se propone el más adecuado para analizar este tipo de fenómenos porque a través de este se dará el proceso de interpretación y construcción de manera científica y subjetiva teniendo en cuenta la orientación basándose más en una lógica y del proceso inductivo (explorar y describir, y luego generar perspectivas teóricas), para llevar a cabo un mejor resultado en la investigación.

3.2. Nivel de estudio: Descriptivo

Para Guevara, G., Verdesoto, A., y Castro, N. “El objetivo de la investigación descriptiva consiste en llegar a conocer las situaciones, costumbres y actitudes predominantes a través de la descripción exacta de las actividades, objetos, procesos y personas” (2020, p. 171). En base a lo anterior se emplea la descripción como nivel de estudio pertinente para abordar el fenómeno de las empleadas domésticas de Valledupar.

Además, contemplando los objetivos específicos de esta investigación se puede inducir que la estrategia de estudio de tipo descriptivo es la más adecuada para desglosar el velo que invisibiliza las problemáticas de las empleadas domésticas de la ciudad de Valledupar, obteniendo de manera satisfactoria el cumplimiento de los mismos propuestos para el desarrollo de este trabajo.

3.3. Método de estudio: fenomenológico

Partiendo de la pregunta de investigación ¿Cuáles son los imaginarios sociales de opresión que las empleadas domésticas construyen a partir de la relación laboral con sus empleadores en la ciudad de Valledupar? Contemplando también los objetivos propuestos, es pertinente el diseño fenomenológico-empírico. Dentro de la fenomenología hay diversos enfoques y propuestas tanto a nivel epistemológico como ontológico que pueden llegar hacer contradictorios, por lo cual se debe tener en cuenta al momento de emplearse dicho método. Según Wilson (2007) citado por Sampieri (2014) “La fenomenología empírica se enfoca menos en la interpretación del investigador y más en describir las experiencias de los participantes, tal como se logra evidenciar en los relatos literalmente transcritos de las mujeres empleadas domésticas con el fin de apreciar cada detalle que se considere necesario para el posterior nivel de interpretación que es requerido en la siguiente etapa del este estudio.

3.4. Población

“La población es el conjunto de todos los casos que concuerden con una serie de especificaciones. Las poblaciones deben situarse claramente por sus características de contenido, lugar y tiempo.” Sampieri y asociados (2014, p. 174).

Se escogió como población de estudio a las mujeres que se desempeñan o se han desempeñado como empleadas domésticas en la ciudad de Valledupar. Al ser una población femenina difícil de encuestar y que constantemente va en aumento por diversos factores no se tiene un número exacto de cuantas mujeres están o han realizado esta labor en la ciudad de Valledupar.

3.4.1. Muestra

Gracias al muestreo de avalancha o muestreo de bola de nieve, que Salamanca y Crespo (2007) afirman que consiste; en pedir a los informantes que recomienden a posibles participantes. Gracias a la presentación que hace el sujeto ya incluido en el proyecto, resulta más fácil establecer una relación de confianza con los nuevos participantes, también permite acceder a personas difíciles de identificar.

Mediante esta muestra se llegó a identificar a mujeres que componen la población de empleadas domésticas que laboran en la ciudad de Valledupar y que comparten las características como son; ser mujer, tener sus orígenes o haber nacido en pueblos o departamentos aledaños a la ciudad de Valledupar y por supuesto, trabajar o haber trabajado en dicha ciudad. De esta forma se consiguió dar con mujeres dispuestas a compartir sus vidas y recomendar a otras posibles entrevistadas que estuviesen de acuerdo a conversar de sus sentires y pensamientos para alimentar la presente investigación.

3.5. Técnicas de recolección de información

De acuerdo con Tamayo y Tamayo (2007) la técnica de recolección de datos, es la parte operativa del diseño investigativo. Hace relación al procedimiento, condiciones y lugar de recolección de datos. Por lo tanto, se utilizaron técnicas cualitativas, como lo son las entrevistas individuales y textos de campo escrito por los actores.

Las mujeres (sujeto de estudio) con la que se llevó a cabo esta investigación compartieron sus historias mediante entrevistas no estructuradas aunque se intentó inicialmente estructuradas, tuvo que hacerse de la manera más conveniente para las entrevistadas y por supuesto para el presente estudio el cual entre sus objetivos busca conocer sus realidades a través de la oralidad fluida que caracteriza a las personas de esta región del país y la observación participante que nos lleva a contemplar un mejor panorama del problema y el campo de acción será mayor para describirlo y explicarlo.

El propósito de la elaboración y aplicación de las entrevistas, permiten conocer, describir y analizar el contexto social en el que se dinamiza el fenómeno, identificando aquellos aspectos positivos y/o negativos que conlleva desenvolverse como empleada doméstica interna donde pasa la mayor parte de su tiempo conviviendo y compartiendo incluso el espacio físico con sus empleadores.

Se espera enfocar en los papeles o roles, ya que son unidades articuladas conscientemente que definen en lo social a las personas que en este caso son las empleadas domésticas y así analizar como los roles y prácticas, influye para que la población en estudio organice y proporcione sentido o significado a sus prácticas. El estudio cualitativo de papeles es muy útil

para desarrollar tipologías y entender los vínculos dentro de un grupo o colectividad. Hernández, R.; Fernández, C.; Baptista, M. (2014).

4. Resultados

Lo que leerán a continuación es el proceso detallado de una investigación que surgió desde lo más profundo de mi vida, logrando salir a través del proceso de convertirme en socióloga, obteniendo un poco de fortaleza y conocimiento científico social para compartir al mundo pedazos de mi historia y las de muchas mujeres que llegan a envejecer guardando en su memoria y corazón las experiencias amargas que vivieron como empleadas del servicio doméstico en la ciudad de Valledupar.

Sí, esta investigación se trata de las mujeres empleadas del servicio doméstico, de las trabajadoras en casa de familia, las que se dedican al trabajo doméstico remunerado, o como oficialmente se llaman, empleadas del hogar. Si bien la discusión de la connotación de lo que representa la palabra *doméstico* requiere un espacio más amplio para abordarlo, por el significado y simbolismo que recae en dicha palabra, en esta ocasión y en el transcurso de este texto se encontrará cualquiera de estas formas para su denominación, privilegiando la manera en la que se auto denominan cada una de las mujeres entrevistadas, incluyéndome.

Se advierte a las y los lectores la vital importancia de aproximarse con todos sus sentidos a lo que se encuentra escrito dentro de los recuadros, porque son la espina dorsal de este trabajo; cada palabra contiene la realidad de mujeres “comunes”, con experiencias cotidianas de años de

trabajo como empleadas domésticas en la ciudad de Valledupar. Presentar sus particulares historias para que todos y todas las leyera, se hizo con el fin de ser fiel a la esencia de este trabajo, el cual busca que las trabajadoras del hogar sean vistas y escuchadas desde sus propias voces.

Escribir algunas de mis experiencias cuando trabajé como empleada doméstica en la ciudad de Valledupar, es decir, desde la Auto-etnografía una de las técnicas de la fenomenología ha sido fundamental, porque recorrer el pasado a través de la memoria genera grandes conflictos internos. Teniendo en cuenta que estoy volviendo atrás con ojos del presente, ahora con este pensamiento crítico que se ha logrado construir en mí mediante el pregrado, es inevitable analizar los contextos sociales en los que se desarrollan mis recuerdos e interpretarlos bajo la lupa de las diferentes teorías sociológicas.

Realizar esta introspección me ayudó abrir los sentidos, sobre todo el de la *escucha*, brindándome la oportunidad de conocer y valorar los relatos de las mujeres de mi familia que se despeñaron en el trabajo doméstico remunerado y de otras mujeres que son actualmente empleadas domésticas o que ejercieron en algún momento de su vida este tipo de trabajo para sobrevivir.

Desde antes de reconocerlo mi entorno familiar ha estado enlazado con esta investigación, pues casi todas las mujeres de la familia han trabajado como empleadas domésticas

4.1 ¿De dónde viene la idea de trabajar como empleadas domésticas?



Haciendo una introspección familiar sobre el trabajo en casa de familia

En esta ventana a mi vida comparto aspectos de mi familia que le dan coherencia a mis decisiones y expectativas. Todo lo que está aquí escrito es la realidad desde mi perspectiva. Me abstuve de incluir las anécdotas y experiencias de mi madre por lo extensas y sufridas.

Nací de una mujer que desde niña trabajó en casa de familia en el municipio de Chiriguana, en donde nació. De las cuatro tías de parte de madre que tengo, la menor fue la única que no se casó joven y no dedicó su vida desde temprano para atender un hombre; ella se fue a trabajar a Bogotá en casa de familia por varios años, regresó al pueblo embarazada, y hoy por hoy también convive con un hombre. Cuando terminamos el bachillerato, una a una, mis hermanas y yo salimos del pueblo a trabajar como empleadas domésticas o niñeras y en ocasiones las dos cosas al tiempo, para poder financiarnos los estudios técnicos.

Muchas veces cuando estamos todas juntas en casa, surge el tema de las cosas que tuvimos que hacer y aguantar para estudiar, lograr tener más que un diploma de bachiller. Cada una comenta anécdotas cortas entre risas y tragos de saliva amargos; solemos burlarnos de nosotras mismas, pero entre cada comentario se sienten silencios largos y nos quedamos pensando lejos, evitando

hablar de las cosas dolorosas por las que tuvimos que pasar y sin darnos cuenta en cuestión de segundos, revivimos esos momentos donde nos hicieron menos, por ser la que limpia el vómito del patrón cuando llegaba borracho, la que tenía que hacer y aceptar todo sin derecho opinar, protestar, o negarse a lo que dijeran los patrones.

Mi hermana mayor

Ella cuenta experiencias que vivió en Tunja cuando trabajó allá, como que la ponían hacer todo lo del apartamento, incluso cuidar a una pequeña y estudiar de noche; aún no era mayor de edad, sin embargo, como era la que se encargaba de nosotras en la casa de mi mamá, ya tenía experiencia. Por otro lado, fue difícil para mi hermana el encierro en esa ciudad; le mandaba cartas a mí mamá diciendo lo mucho que nos extrañaba a todos, lloraba muy seguido y nos decía que hacía “un frío del diablo”, que no le daban la plata que trabajaba, por el contrario, le regalaban mucha ropa y eso a ella le gustaba. Mi hermana pasó por allá casi año y medio, nunca dice por qué se regresó y cuando le preguntamos sí eso era tan bueno para qué se había regresado al pueblo, la respuesta era la misma: miraba hacia el suelo y respondía dizque porque nos extrañaba.

En realidad, su comportamiento alegre y nostálgico no era extraño, lo que era cuestionable en su regreso a casa fue precisamente que a ella no le gustaba

vivir en la pobreza, en la casita de *bareque* en la que vivíamos e incluso, le avergonzaba sin disimularlo, que nuestra madre vendiera plátano, yuca, o lo que pudiese comercializar en la *carretilla* ya sea sentada en el mercado o de ambulante por las calles del pueblo, obligada en ocasiones a alternar su labor como empleada doméstica cuando la llamaban para hacer aseos por día o *lavar ajeno*. Para ese entonces, yo no contaba con la edad suficiente para imaginar por todo lo que tuvo que pasar mi hermana en esa ciudad grande y fría; tan solo era una niña, siendo feliz al poder volver a estar con mi hermana mayor que era casi como una madre para mí.

Mi hermana Liceth, la segunda.

Mi hermana Liceth, la *suertuda*, nos contó que a ella su jefa sí le regalaba ropa y de las costosas; desde entonces, ganando poquita plata como niñera, comenzó a comprar blusas de marca y nunca le alcanzaba la *platica* ni lograba ahorrar. Cuando eso yo estudiaba el bachillerato, Liceth era la segunda; al terminar el colegio casi todas sus compañeras se fueron a estudiar a las ciudades, porque sus padres tenían cómo pagarles los estudios y ella también quería hacer lo mismo. Así que un día se fue para Valledupar, pues una señora que mi mamá le decía *prima* la recomendó como niñera y ella se quedó trabajando de interna. Su jefa era una señora con plata; todo iba bien, mi hermana estudiaba un curso de secretariado los sábados y con lo que trabajaba podía pagarlo. El problema fue que se puso a creer que ella también era rica

como su jefa y se gastaba la plata que ganaba en ropa, mi mamá le colaboraba mandándole 60 mil pesos o 120 cada dos meses; era lo que nos daba el gobierno a mi hermano menor y a mí, como subsidio del programa de familias en acción.

Yo decía que cuando me tocara mi turno de salir a trabajar para estudiar no le pediría dinero a mi mamá, para no descompletarle lo de la comida, ni las cosas de mi hermano. Mi hermana trabajó con esa señora como un año, pero a su jefa le tocó mudarse a otro país y de allí en adelante mi hermana pasó como niñera por varias casas de gente de plata, hasta que se graduó de técnico en asistente administrativo y comenzó a ejercer como tal. Su experiencia nos producía envidia a nosotras, sus hermanas, incluso a mi mamá.

Un poco sobre mi vieja

Siendo mi madre una niña pequeña -no había alcanzado a terminar ni siquiera la primaria - mi abuela María la llevó a trabajar donde una familia como empleada doméstica. Mi abuela por un largo tiempo se desentendió, abandonó a mi madre, quien cuenta que padeció abusos físicos y psicológicos por parte de esa familia, que al ver que no tenía quien se preocupara por ella, la explotaban siendo solo una menor. Por esa razón, cuando nosotras sus hijas nos íbamos a las ciudades o en el pueblo a trabajar en casa de familia como se dice popularmente, mi mamá siempre procuraba que las personas a las que nos encomendaba tuviesen un poquito de humanidad. A ella le preocupaban los

peligros a los que estaríamos expuestas, siendo niñas, en ciudades que no conocíamos, sin tener a quién acudir de manera inmediata en caso dado que nos sintiéramos en peligro o en una emergencia y sin manera de llamarnos cuando ella quisiera porque a veces no teníamos cómo comunicarnos.



Imagen No. 1. Martinez, Meisbel. (2021, noviembre 5). *Mi madre en su cocina preparando el adobo de los tamales o pasteles de arroz, de pollo y de cerdo, una de sus formas de ingresos*. Chiriguaná, Cesar. [Archivo personal]

Hoy entiendo a mi madre; no es que fuese mala madre como pensarían muchos al ella soltarnos tan jóvenes al mundo, creo que ella solo podía apachurrar su corazón y dejarnos ir, permitirnos ser, porque no tenía nada más que ofrecernos, sus fuerzas no daban para lo que cada una de mis hermanas y

yo deseábamos.

En la mayoría de los casos esta forma de ganarse la vida es realizada de generación en generación, hasta tres generaciones seguidas o más como lo hizo mi familia, y otras cuyas experiencias se relatan en esta investigación; tal es el caso de la familia Blanco, nacida de un pueblo llamado Los Venados, y la familia Maestre de Patillal, ambos corregimientos de Valledupar. Mujeres provenientes de zonas rurales, desplazadas por la violencia y/o la pobreza, sus recursos económicos no son los mejores y las oportunidades disponibles requieren de ciertos requisitos con los que no cuentan.

Realmente no queda más que repetir lo que sea visto hacer a la abuela, a la madre, o a las tías, ya sea por elección propia o por imposición de los adultos que toman esta decisión por razones como, por ejemplo, no tener como alimentarlas, por costumbre o porque no tienen el tiempo para cuidarlas; resulta importante recalcar esto contemplando que generalmente inician estos trabajos mal remunerados siendo apenas unas niñas. Pero esto no es de ahora; la discriminación, el sometimiento, la marginación y la violencia hacia las mujeres se gestaron durante miles de años a través de la visión androcéntrica de la humanidad.

Muchas de nosotras buscamos rebelarnos ante semejante estructura patriarcal, organizando metas y objetivos y luchar de las maneras posible para mejorar nuestra calidad de vida, pero otras tantas mujeres se quedan cansadas o son absorbidas física y mentalmente por esta sociedad instituida en una cultura patriarcal. Así, durante el proceso de educarse, montar un negocio, construir su propia casa o de obtener un pedazo de tierra, las mujeres terminan pasando por los vejámenes del trabajo doméstico mal remunerado, pesimamente remunerado.

O peor aún, casarse con un hombre, tener hijos, atenderlos todo el día gratis, depender económica y decisivamente de él mientras el tiempo va pasando; se convierten en años atrofiando sus talentos y habilidades olvidando de tal forma sus prioridades y necesidades personales como mujer, que no queda más que resignarse y pensar en lo que quería hacer y no se hizo.

Pero esto, como se había mencionado, no es de ahora; el sistema capitalista de la mano con el patriarcado ha generado las condiciones para que el trabajo de la mujer sea devaluado desde todos los ámbitos. Como sustenta Silvia Federici (2011), para hacer cumplir la “apropiación originaria” masculina del trabajo femenino, se construyó un nuevo orden patriarcal, reduciendo a las mujeres a una doble dependencia: de sus empleadores y de los hombres.

Mi historia en este proceso fue así:

Mi primera vez como empleada de servicio doméstico

Me gradué del colegio, a los tres días ya estaba en la casa de mi hermana mayor que vivía en la Jagua de Ibirico, quien estaba casada y tenía una bebé de dos años aproximadamente. Inicialmente, trabajé para ella en su almacén de ropa y luego en su casa como su empleada doméstica. El cambio en el trato fue drástico; no podía salir los domingos porque debía cuidar su bebé, hacer las cosas diarias de su casa, menos lavar ni planchar ropa. Pasé de ser su hermana solo para favores extras y su empleada para exigir; no les gustaba verme hablando con nadie ni siquiera con las vecinas; eso y el encierro me hacían sentir como si no fuese yo misma.

Al graduarme del bachillerato sólo deseaba que me entregaran el diploma para irme de mi pueblo; después de tres días de la ceremonia de grado empaqué mi maleta y me fui a trabajarle a mi hermana mayor. Nosotras ya habíamos hablado, quedamos que yo le atendía el almacén a cambio de una muda de ropa para estrenar porque era el mes de diciembre y para el año siguiente acordamos que yo le seguía *colaborando* a cambio de dejarme vivir en su casa, mientras me inscribía en un curso en el Sena para estudiar un técnico o tecnólogo.

Desde siempre soñaba con estudiar en la universidad, pero mi madre me había dicho que me conformara con un cursito, que cuando trabajara yo misma me podía pagar mis estudios. Todo comenzó a derrumbarse; no pasé en la selección del Sena de la Jagua de Ibirico y el negocio de mi hermana fue decayendo. Finalmente quedamos en que yo trabajaba de empleada doméstica y le “echaba un ojito” a la niña de vez en cuando por un sueldo de 200 mil pesos mensuales en ese entonces.

Fue mi primer trabajo: estaba nerviosa, mi hermana quien sería ahora mi patrona comenzó a darme las indicaciones de cómo le gustaba que hiciera las cosas, cada cuánto y en qué lugar debían estar, yo no lavaría ni plancharía: eso me pareció bien. Las dos primeras semanas todo fue normal, el esposo de mi hermana llegaba a las 6 am de su jornada nocturna en la mina de carbón; a esa hora ya su desayuno estaba listo para servir, su comida debía estar caliente tal y como me lo habían indicado que le gustaba. Mientras él comía, mi hermana se pasaba a dormir al cuarto de la niña, y yo bien rapidito barría, trapeaba y arreglaba el cuarto de ellos para que el *señor* pudiese descansar, mejor dicho, dormir todo el día. Cuando se cerraba la puerta de ese cuarto ya no podía entrar.

Toda la mañana se me iba haciendo aquí y haciendo allá, el almuerzo estaba puntual. Generalmente después de almorzar y de dejar la cocina limpia yo dormía una hora y media, cuando ella me pedía que le diera la comida de

mediodía a la bebé me desocupaba a eso de las tres y media, y a esa hora hacía mi siesta. Al despertar me pegaba un baño, y buscaba qué hacer porque a ellos les molestaba verme viendo televisión, pintándome las uñas o sentada en la terraza mirando hacia la calle. Para ellos yo debía estar todo el tiempo posible justificando el sueldo que me daban, sin embargo, yo me ponía a barrer la calle, limpiar la nevera o hacer cualquier cosa hasta que llegara la hora de la cena, para empezar a limpiar, o sea trapear donde comía la niña, porque, aunque la sentaran en su silla especial para comer, la bebé tiraba comida en el piso, en los muebles y donde fuese pollo o queso de comida, terminaba demorándome más tiempo tratando de quitar el olor y de limpiar el *reguero*, para luego atender a lo que necesitara mi hermana.

Como su esposo salía a trabajar desde las seis de la tarde y volvía a las seis de la mañana quedábamos toda la noche solas; yo me iba a la cama eso de 10 de la noche, pero ella solía hablar por celular con el cuñado hasta la madrugada y si a esa hora él le preguntaba dónde estaba algo, ella me despertaba para que se lo buscara.

Yo me sentía cansada todo el tiempo y tampoco subía de peso, yo decía que era porque comía tarde o sin ganas, es que levantarse a cada rato de la mesa mientras uno comía, para atender algo que ellos necesitaran, le quita el hambre a cualquiera y termina por enfriarse la comida.

Un día a eso de las tres y media me quedé rendida y cuando me

desperté a las 5 de la tarde, mi hermana tenía un *tronco* de cara y me dijo: “¿Tú qué te crees? Estás durmiendo mucho”. Yo le dije que era normal el sueñito reponedor de la tarde, pero me llamó la atención diciéndome que no le gustaba tener en las tardes la casa desordenada. Yo medio despertando le contesté como nunca, de forma molesta, que si la niña arrastraba su bolsa de juguetes y los regaba en la sala y el garaje 4 o 5 veces al día ya no sería mi problema recogerlos. Se molestó mucho conmigo y como para asustarme llamó por teléfono al cuñado para ponerle las querellas, él igual no me decía nada a mí en el momento, pero cuando me entregaba el pago sí me llamaba la atención sacándome las cosas que no le gustaban de mi trabajo; sentía que le dolía pagarme, como si ellos me estuviesen haciendo un favor a mí y como si esa plata fuera regalada en vez de ganada.

Solo tenía 17 años; nunca me había alejado tanto tiempo de mi mamá, ni había vivido en otra parte que no fuera mi pueblo. Pensé que por ser mi hermana me sentiría bien viviendo con ella, pero no; todo terminó mal porque un día no aguanté la jornada laboral ni el encierro. Para completar, no me pude inscribir en el Sena de ese pueblo, porque yo no sabía nada de computadores y el último día de las inscripciones coincidía con el día de descanso de mi cuñado quien me iba a colaborar; pero él medio dormido le dió *click* donde no era y automáticamente fui bloqueada del proceso. Tras ello, él no se disculpó, solo se enfureció; recuerdo que me dijo “que de igual manera yo no era buena para eso y que ni un computador sabía encender”.

Eso me marcó, me dolió. Sentí que algo me quemaba por dentro, la impotencia corría por mi sangre, pero aun así no lloré; estaba pasmada y ni cómo reclamarle porque se suponía que me estaba haciendo un favor... ¡Me provocó mentarle la madre! Pero, ¿cómo me atrevería a insultar a la persona que me estaba dando techo y comida? Cuando llegamos a la casa del café internet le comenté lo sucedido a mi hermana con la esperanza de que dijera algo que me reconfortara; después de todo, ella solo respondió que no importaba, que en la próxima convocatoria volviera a insistir. La expresión de su rostro me decía que no tenía importancia mi futuro ni lo que me pasara, ya no me veía como su hermana, sino como alguien menos que un desconocido. Esa expresión ya la había visto en otras personas, pero no sabía qué significaba.

Al ver que las cosas no funcionaban con mi hermana, tomé la decisión de irme a estudiar a la ciudad de Valledupar pues desde un comienzo ese era mi plan B y era el momento de llevarlo a cabo. No me atrevía a comentárselo a mi hermana mayor porque sabía que pensaba que yo era una niña indefensa, floja, lenta hasta para masticar la comida y que la ciudad me “comería viva”. Yo no estaba muy equivocada, en efecto, eso fue lo que me dijo mi hermana al enterarse de mi idea de irme a la ciudad; con lo que yo no contaba era que mi cuñado no solo pensara, sino también insinuara, que si yo me iba para la ciudad probablemente terminaría prostituyéndome. Tan poca fé

me tenían ellos dos que creían que no sería capaz por lo menos de conseguir un trabajo decente y mucho menos de cumplir mis metas.

Durante los seis meses que trabajé en su casa no gasté ni un solo peso de lo ganado, sabía que los iba a necesitar en el caso en que vivir con mi hermana mayor no funcionara. Regresé al pueblo con mi mamá, pero no le comenté nada, no era necesario, ella ya lo intuía; me dijo que cuando llegué no veía en mí ese brillo alegre que siempre tenía en mis ojos. Días después le comenté a mi mamá que ya había cotizado todo para irme a estudiar a Valledupar, con mis ahorros podía comenzar. A la noche siguiente me llevó donde una tía de parte de padre, quien me tenía mucho aprecio; ella me dijo que su hijo de 40 años se había casado nuevamente y que necesitaba quien le cuidara a su hijo de meses de nacido. Con un gesto de desaprobación, mi tía añadió que la nueva pareja de su hijo tenía 19 años y ahora dizque se le había dado por estudiar en la universidad. Y sonriendo continuó diciendo: “no se preocupe que yo la llevo y me quedo viviendo con ellos allá, así que sola no va a estar”. Luego de salir de la casa de mi tía, mi mamá me miró diciéndome: “Así es mejor hija, para que no te vayas a una ciudad con gente desconocida, y no tengas que pasar por lo que pasó tu hermana mayor cuando se fue a trabajar a Tunja”. Yo asentí con la cabeza como si supiera de lo que estaba hablando.

La relación entre mujeres, empleada y empleadora tiene dos caras; la primera la empleada doméstica está al final de una línea de mando y se encuentra en una situación de oprimida al no poder rebelarse por el abusivo exceso de trabajo, ni desahogar sus emociones por el temor de perder el empleo, soportando injusticias. En la segunda, también tenemos a otra mujer, pero como empleadora quien se encuentra en una posición dicotómica porque ella ejerce poder y autoridad sobre la empleada doméstica, pero el patrón, es decir, su marido, ejerce dicha opresión sobre ella, ya sea de la misma manera o de cualquier otra forma.

Las mujeres patronas o empleadoras suelen imponer actividades domésticas diarias que ni si quiera ellas mismas logran soportar, pero al tratarse de la fuerza de trabajo de otro cuerpo, en sí, de otra mujer que es empleada doméstica, la tratan justo como sus esposos las ven a ellas; como seres incansables que están allí para servir, atender órdenes y ser obedientes y sumisas. En cualquiera de los dos casos, empleada doméstica y empleadora, si no ceden, no obedecen, perderán al proveedor económico.

Mi primera vez trabajando en la ciudad de Valledupar

La experiencia de mi primera vez trabajando en la ciudad de Valledupar fue peor que con mi hermana, pero acá ya había comenzado a estudiar. Con mis ahorros pagué el primer semestre de la Corporación para estudiar un técnico en asistente administrativo. Acordé con la señora Paola Cristina de 19 años, que me diera los sábados todo el día para estudiar, a cambio yo debía trabajarle los domingos que era mi día de descanso. Con un pago de 200 mil pesos mensuales, yo sería exclusivamente la niñera de un bebé de 3 meses y mi compromiso consistía en estar lista a las seis de la mañana, hacerme cargo del niño, de su comida, hacerle cremas, papillas, sopitas porque aún no tenía dientes, lavar a mano la ropa del bebé con un jabón líquido especial. Además, tenía prohibido dejarlo llorar, no sé si era porque le producía fastidio el llanto de su hijo o porque le preocupaba lo que fueran a decir los vecinos - que por cierto se solían exhibir como padres perfectos.

La madre del bebé se iba todo el día para la Universidad, el papá trabajaba interno en la mina de carbón de Drummond y salía más o menos cada 15 días. En menos de un mes mi tía se regresó para el pueblo y despidieron a la señora Rosa que tenía alrededor de 45 años de edad, venía a realizar el aseo y a cocinar todos los días excepto los domingos y festivos a cambio de 300 mil pesos mensuales.

Rosa salía siempre a las tres de la tarde de esa casa, pero la señora Paola Cristina se quejaba de ella con sus hermanas cuando estas la visitaban los fines de semana.

Solía expresar un descontento de su trabajo. ignorando que Rosa era una mujer trabajadora y que inició desde niña y por tal motivo contaba con una larga experiencia como trabajadora doméstica. Pero la señora Paola tenía el descaro de decir que la señora Rosa “tan vieja y no sabía cocinar, que le daba flojera picar bien las verduras, que la casa era muy pequeña, como era posible que el día no le rindiera, que no ahorraba agua, y que tenía que vigilar hasta el *porta* donde se llevaba su almuerzo por si se echaba doble presa para llevársela al marido que tenía”. Sus hermanas hablaban de cómo debía exigirle eficiencia a la señora del aseo, que para eso le pagaban y además que siguiera pendiente que no se fuera a llevar las compras del mercado que venían empacadas. Yo en mis adentros decía, así como habla a espaldas de la señora Rosa, de igual forma se expresaría de mí.

Luego de su despido, la señora Paola Cristina se iba a estudiar y no había quién cocinara, lavara, ni limpiara y para colmo sus tres hijastros entraron a vacaciones y la pasarían con el papá, es decir vivirían en la casa. La llegada de los niños me hizo pensar que ella iba a pretender que yo hiciera todo, absolutamente todo, solo porque así lo consideraba. Pero después de la experiencia que había tenido con mi hermana, yo no permitiría que me impusieran

una carga laboral excesiva. Ya reconocía el abuso, mientras me decía a mí misma: “a mi hermana le aguanté porque era mi sangre y me había dejado manipular por los lazos de hermana, pero Paola Cristina no lo es y no me sacrificaré con una carga de trabajo muy pesada y por el mismo sueldo: no señora”.

La relación laboral después de dos meses se volvió insostenible, yo no di mi brazo a torcer y solo me ocupaba del bebé y de sus cosas. La casa parecía de locos, desordenada, en la nevera solo había para preparar la comida del bebé, mientras los demás pasábamos hambre, las comidas mal preparadas por ella y a deshoras. Los tres hijastros que tenían entre 5 y 12 años estaban dispuestos a romper cualquier armonía que hubiese en la casa, ya sea por el desaseo hacia ellos mismos o porque estaban malcriados, de igual forma sus comportamientos estaban enfocados en incomodar o molestar a su madrastra. Eran tan insoportables y maliciosos que yo no me podía descuidar ni un minuto del bebé, ni siquiera cuando dormía porque le hacían daño, lo *apeñuscaban* o lo mordían, no era un asunto de niños, el conflicto ya venía de los adultos por la forma en que recientemente se habían separado sus padres y la culpa que ellos le atribuían a su madrastra.

Esta descripción detallada que brindo sobre el entorno en que se da, y al mismo tiempo se conflictúa la relación laboral entre empleada doméstica y empleadores hace parte de los asuntos con que se tiene que lidiar al convivir con las familias. Ello es así porque las empleadas

domésticas pasamos a compartir tanto las cosas materiales como las inmateriales, es decir, interactuar en el mismo espacio de la casa, sobrellevar diferentes personalidades, desenvolverse en un ambiente que pertenece al lugar de intimidad y privacidad de sus empleadores, donde las personas de la puerta hacia fuera suelen ser de un modo y de la puerta hacia dentro de otro.

Muchas mujeres patronas-empleadoras están en la lucha constante de su realización personal al profesionalizarse y para poder lograrlo se ven obligadas a relegar las responsabilidades del cuidado de su hogar a otra mujer, en este caso, a la niñera, quien se supone debería hacerse cargo de las labores domésticas y otros compromisos. Pero esta consideración no se da por medio de un acuerdo entre las partes, si no por imposición, cuando la solución de dichos asuntos realmente le corresponde a la empleadora, ya que es su casa y su familia.

Algo que se puede entender claramente es la búsqueda constante de ambas mujeres de independizarse económicamente a través de la educación para lograr entrar al ámbito público, y así, conseguir trabajar fuera de casa, sin estar confinadas a cuatro paredes realizando labores domésticas, desgastantes y repetitivas, desaprovechando sus particulares talentos y habilidades en otras áreas.

Sin embargo, la empleadora tiene ventajas considerando que al subyugar a su empleada se libera de las actividades domésticas y de cuidado, pero, es aquí donde toda esa carga de trabajo recae sobre la niñera que puede decirse que está a un paso de ser empleada doméstica con más trabajo y responsabilidades, pero con sueldo de niñera. La idea central es hasta qué nivel se deshumaniza este trabajo, pues, no es una máquina quien lo realiza.

Aunque se menciona el tema del salario en este caso, el trasfondo real es lo que abordan Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier (2011) cuando señalan que la regularización y la

profesionalización de estos empleos han jugado un papel importante en las reivindicaciones de las organizaciones de trabajadoras y algunas políticas públicas. Ello es visto como necesario para mejorar las condiciones laborales y cambiar los imaginarios sobre el trabajo del cuidado. Sin embargo, el proceso de asignación salarial no basta para crear empleos de calidad y puede, al contrario, generar una proletarianización de las empleadas domésticas sometidas a una <<taylorización¹>> de sus condiciones de trabajo.

En la ciudad de Valledupar las personas que emplean a mujeres para el servicio doméstico tienen preferencia por las que provienen de pueblos, corregimientos o de lugares periféricos de la ciudad, que tengan profundas necesidades económicas suficientes de tal manera que lo piensen dos veces antes de dejar el empleo botado, porque de alguna forma saben que el trabajo que les imponen suele ser sobre-humano. Pero sobre todo para aprovecharse de esas condiciones de marginalidad y precariedad económica para injustamente abusar de la carga laboral y exigir la realización de tareas no acordadas e incluso no cumplir con las regulaciones contractuales.

Con todo, la tensión de la explotación puede desarrollarse y escalar de múltiples formas, hasta que en algunas cosas las mujeres subordinadas deciden otro camino:



¹ **taylorización:** Es un gesto vertical, autoritario, arrogante y cerrado: antepone el rendimiento, niega la participación, ninguna de las "otras" destrezas del trabajador y es, en consecuencia, doblemente alienante, pues separa al trabajador del fruto de su trabajo y además lo separa también de sus habilidades cognitivas.

Viviendo una pesadilla de tres días

El detonante de mi salida de esa casa se dio cuando iba a cumplir tres meses de estar trabajando con ellos. Un sábado en la mañana, antes de salir a un café internet para hacer una tarea, dejé todo preparado sobre mi cama; mi uniforme de secretaria bien planchadito, el bolso de gamuza limpio y los tacones negros puestos al lado de la cama. Es que estaba ansiosa porque para ese sábado se había programado una evaluación de presentación personal, de etiqueta y protocolo, tenía una emoción por lucirme ante mis compañeras y profesora, y cómo no si era el día de la semana más esperado para mí. Como el horario de estudio era de una a seis de la tarde debía aprovechar los sábados en la mañana para hacer las actividades que dejaban pendiente mis profesores. Esa mañana me puse una ropa cómoda; tenis, jeans rotos desde la pierna alta hasta los tobillos y una blusa caída a medio lado dejando asomar uno de mis hombros; de igual forma me cambiaría al llegar la hora de ir a estudiar.

Sin embargo, cuando regresé a alistarme para dirigirme a la Corporación todo estaba cerrado con llave, no había nadie en la casa. ¡Me dejaron tres días afuera de la casa!: yo no conocía la ciudad, no tenía a dónde ir, ni siquiera tenía amigas, ni parientes ni nada. Los llamé insistentemente, pero durante los tres días ambos celulares estaban apagados o en ocasiones no respondían, solo timbraban. Decidí no perder el día de clases al final era lo que importaba

pensaba yo. Esos días fueron de incertidumbre para mí, la profesora estaba calificando una a una de arriba abajo, iba de puesto en puesto: cuando llegó mi turno me escaneo toda, sin medir una palabra... Yo quería contarle lo que me había pasado, pero vi decepción en sus gestos y ¿cómo no?: se suponía que yo era su mejor estudiante, pues incluso fui la única que llevó su uniforme desde el primer día de clases. Solía ser un ejemplo a seguir para mis compañeras, y pasaba esto: además, me dolía a ver pagado 90 mil pesos por la compra de mi uniforme y justo el momento en que tenía que portarlo sí o sí, no lo hice.

En ese entonces tenía la mente en cosas tan triviales en comparación a lo que se me venía encima porque la odisea realmente comenzó cuando salí de la jornada de estudio de la Corporación; no había almorzado, no tenía dinero y para mi mala suerte estaba cayendo un fuerte aguacero. Todo apuntaba a que la persona que una de mis hermanas me había recomendado para transportarme los sábados no pasaría por mí esa noche; las calles parecían ríos, en la puerta de la institución quedábamos pocas estudiantes y el señor Wilson, el celador de edad avanzada que era muy amable y podía ver la angustia en mis ojos, me decía que me despreocupara, que apenas bajara el agua llegarían a buscarme.

Y como mandado por Dios, a eso de las 7 de la noche, llegó el que sin saberlo se convertiría en mi ángel guardián esa noche. Circulando por la zona peatonal para evitar ser arrastrado por el agua pudimos llegar a la casa, no sin

antes maniobrar más de una vez. Al llegar nos dimos cuenta que aún no habían llegado mis patrones. Yo me bajé de la moto y le dije que iba a esperarlos ahí afuera recostada en la reja; él se negó, lo pensó mucho antes de decirme que sabía dónde vivía una amiga de mi hermana, que seguramente me podía dar asilo por esa noche. No tenía ninguna otra opción; solo me quedaba acceder. Es que en realidad sí me sentía con mucho miedo porque el barrio se había quedado sin luz por causa de la tormenta.

Durante el trayecto hacia la casa de Erica, que era el nombre de la amiga de mi hermana, me aferraba a mi libreta mientras temblaba de frío; mirar atrás o hacia los lados era en vano. Por lo tenebrosamente oscuro solo lograba divisar en medio de la lluvia la carretera al ser iluminada con las luces de los carros, aparentaba verse en perfecto estado, sin embargo, para la época la calle ubicada entre el barrio Don Alberto y el batallón militar era en realidad intransitable, cada metro que avanzábamos en la moto era un riesgo de caer en huecos enormes llenos de agua que podían fácilmente llegar a tumbarnos del vehículo de dos ruedas en el que estábamos. Para ese momento no sentía la necesidad de quejarme, todo lo contrario, justo allí tuve una conversación de no más de un minuto con Dios, agradeciéndole que a pesar de todas las dificultades sentía que él no me dejaba sola y eso me daba fortaleza para aguantar ese primer día que parecía una pesadilla.

Al llegar a nuestro destino nos encontramos con la sorpresa que la casa

estaba cerrada, el muchacho tocó duro en las ventanas y hasta pateó la puerta por si no escuchaban los que estaban adentro por el sonido de la lluvia. La verdad es que *pa* mí no había nadie, porque todo estaba oscuro en la casa, aunque en ese barrio sí había luz. Fue un momento de frustración para ambos al vernos empapados de agua, con frío, hasta con hambre y no le quedó de otra al conductor que convencerme de que su casa quedaba cerca, pero que no me preocupara que él vivía con sus padres. Yo no lo dudé y nos fuimos, al llegar su papá estaba ebrio peleando con todos, echando a todo mundo de la casa, pero él de la pena me sacó de allí en un parpadeo. Ya estaba escampando cuando andando en la moto me invita a comer en un puesto ambulante de comidas rápidas y me explicó que cuando acabáramos de comer volveríamos a la casa de Erica para ver si había llegado.

Mientras él hablaba yo comía tan rápido que el sonido de masticar no me dejaba escuchar lo que estaba diciendo; esa noche llegué a la casa de Erica a eso de las 12 y pico de la noche. Ella me reconoció enseguida y sin hacerme ninguna pregunta me dijo que me quitara la ropa mojada y que me acostara en su cama. Al día siguiente me desperté a la una de la tarde azarada: el ardor del calor picante en la cara me decía que era tardísimo. Sin probar comida me puse la ropa, cogí mi libreta. Sin decir mucho Erica me miró y me dio cuatro mil pesos para tomar una moto e irme a la casa de mis patronos, ya era domingo y ese día era de trabajo según nuestro acuerdo.

Al llegar nuevamente a la casa de mis patronos seguía cerrada, intenté llamarlos nuevamente y no contestaban; después de unas horas de insistir, recordé que en el mismo barrio trabajaban de internas como empleadas domésticas unas compañeras de estudio de la Corporación que con el tiempo descubrí que una de ellas era paisana y la otra era de un pueblo llamado San Roque, relativamente cerca de Chiriguaná. Llegué allá y me dieron comida, les platicué todo lo que me estaba pasando: sus patronos no estaban en la casa, por eso no tuvieron problema en recibirme. Pasé la noche ahí; al siguiente día ya era lunes festivo, ellas me acompañaron varias veces a llamar a mis patronos, pero seguían sin contestarme. Se hizo de noche y no tuve dinero para regresar donde Erica; las muchachas al verme preocupada me dijeron que no había problema, que ellas hablarían con sus patronos para que me permitieran dormir en cualquiera de las dos casas donde ellas trabajaban. No acababan de hacerme la proposición cuando llegaron sus patronos, una de ellas llamada Angie no vaciló y se acercó rápidamente a sus patronos poniéndolos al tanto de mi situación para que me permitieran quedarme a dormir esa noche en su casa, algo que aceptaron. No me atrevía a llamar a mi mamá porque sabía que su solución sería “devuélvete para el pueblo hija” y yo solo quería seguir estudiando, era muy buena en eso, así que solo me atreví a contarle esa experiencia tiempo después.

El martes, a eso de las seis y treinta de la mañana, llegaron a la casa en un carro, yo llegué a la casa 10 minutos después, con la misma ropa con la que

me dejaron puesta el sábado en la mañana, y lo primero que hace la señora Paola Cristina de 19 años es ir adentro de la casa, sacar a su bebé, ponerlo en mis brazos diciéndome “Angélica has llegado tarde. Toma a James, no ha comido, ni alcancé a bañarlo, me tengo que ir, voy tarde para mi clase de la U”. Sentí que todo pasó tan rápido que duré casi un minuto de pie, paralizada, con el bebé en brazos, procesando cada palabra que me acababa de decir. Es que no podía creer su desconsideración, creí merecer una explicación, una disculpa, ¿qué clase de persona sería capaz de hacer lo que ella hizo y ni si quiera preguntar cómo estoy? ¿qué fue de mí, dónde me quedé ese puente festivo?

Eso y muchas cosas más que siguieron pasando me ayudaron a despertar, a entender que esas personas no les importaba ni siquiera porque supuestamente fuéramos familia y además la señora Paola también venia del mismo pueblo que yo. Me dolía mucho pensar en marcharme estaba, muy apegada al bebé y él a mí.

A los tres meses y cinco días de trabajo les renuncié: esos cinco días extras fue esperando que me dieran mi plata, pero ellos no me querían pagar los míseros 200 mil pesos. Los llevé a la oficina de trabajo, pero fue una pérdida de tiempo; las personas que me ayudaron en esos tres días de desamparo en el que me habían dejado, me lograron ubicar en otra casa de familia. De ahí me la pasé trabajando de una casa a otra hasta que terminé el técnico administrativo que estaba estudiando y pasé de estar limpiando todo el día a estar en una oficina.

En mi pueblo como en casi todos, las opciones y posibilidades son limitadas y más si no cuentas con madre o padre que tenga cómo darte los estudios superiores; o te vas a vivir con un hombre, pariendo y criando una *chorrera de pelaos*, o te pones a trabajar en casa de familia o en los pocos almacenes de ropa que hay en el pueblo para darse los lujos de vestir mejor o de aportar en la casa donde se vive. La última elección es salir del pueblo a estudiar y trabajar al mismo tiempo, nunca es fácil tomar esta última decisión porque implica dejar la familia, mi mundo, todo lo que creía saber y tener quedó atrás.

Una nunca sabe que hay detrás de una casa bonita o de una sonrisa de bienvenida: cuando se llega a trabajar a una casa de familia, está con la ilusión de que la o los patronos sean buenos, que lo traten bien, que sean considerados con una, de igual manera no siempre las cosas son como se espera. Pero igual hay que aguantar y seguir trabajando para lograr conseguir lo que una quiere, sea estudiar o mandar plata para el pueblo.

Por el momento en mi familia nadie trabaja en el servicio doméstico remunerado, pero muchas mujeres que conozco sí lo hacen: las formas como nos tratan son indignantes, ser discriminadas por el lugar de donde somos, pueblerinas, o de las zonas periféricas de la ciudad no les da derecho para hacernos menos, burlarse de nuestras costumbres o hacernos creer que no

podemos soñar y cumplir nuestras metas. Muchos llegan a creer que hemos nacido solo para limpiar su mugre.

El tema de la pandemia las ha puesto a trabajar más por el mismo miserable sueldo, los acuerdos verbales siguen siendo desventajosos para las mujeres que se emplean en este sector. Ahora, en este mes de diciembre, muchas esperan la fecha de regreso a sus pueblos a reencontrarse con su vida, su gente, su tierra; están felices, aunque regresarán sin liquidación, sin sus respectivas primas, solo con las ganas de abrazar a sus seres queridos y compartir con ellos las alegrías del dinero ganado, porque los malos momentos, las injusticias, y el sacrificio eso cuesta dolor compartirlo; muchas veces solo se reserva para una misma.

Esto que experimenté me sensibiliza mucho. Les diré que no estoy de acuerdo con los empleadores que en algunos casos se disfrazan de benefactores o “apadrinadores” de las empleadas domésticas con la intención de hacer tratos laborales ventajosos para ellos, pedirles favores extralaborales o influir en las decisiones personales de la empleada del hogar.

Y lo que sí no tolero es con la falta de empatía y desconsideración con mujeres como yo, que venimos de pueblos o de otros lugares, y de alguna manera se les hace saber que no nos desenvolvemos para nada bien en una ciudad nueva, donde no se conoce a prácticamente nadie y las posibilidades de explorarla de manera segura es complicado por el tipo de trabajo que uno

realiza, confinado a una casa las veinticuatro horas del día. La intención no es llegar a ser tratadas como niñas o personas que no pueden hacerse responsables de sí mismas. No obstante, hay situaciones donde no se debe dejar a las empleadas domésticas a la deriva, exponiendo su integridad.

A veces esta falta de empatía es tan sutil, que parece confundirse con las rutinas de cada día. Hasta que llega el punto en que esa pretendida sutileza, se hace evidente en la humillación:

Cuarta casa de familia en la que trabajé como empleada doméstica

Cinco de la mañana: abro los ojos antes de que suene la alarma, pues más tardar a las y media debo estar bañada y con el cabello recogido para poder entrar a la cocina. Comienza mi día. Saco de la nevera los víveres para que la señora prepare el desayuno (a ella le gustaba preparar las comidas menos la cena). Ella baja en pijama a la cocina, me da los buenos días, enciende la radio todos los días a la misma hora y la sintoniza en la misma frecuencia. Prepara café, me hace una invitación para acompañarla diciendo una frase de su emisora “tomémonos un tinto seamos amigas”: nunca tuve la costumbre de tomarlo, ni de niña, porque

cuando lo hacía terminaba sintiéndome mareada como con escalofrío y después me ponía a sudar por horas. Sin embargo, para no desairarla, lo aceptaba; antes de terminarlo ella me estaba apurando para que el día me alcanzara, siempre hay días para hacer algo especial, es decir el día de lavar la cocina, o los tres baños, o de limpiar la vidriería, o de lavar la ropa, en fin.

Hoy tocaba lavar los baños, debía hacerlo bien y rápido porque tendríamos visita; un almuerzo especial para unos conocidos de la señora y sin duda para su inquilino. La señora preparó el desayuno, mientras yo fregaba los baños, después de servirlo y comer, subió para alistarse y yo a recoger la mesa, lavar los platos y asear la cocina. Cuando salió del baño escuché que mencionaban “mi nombre” en la planta de arriba, subí rápidamente, la señora al escuchar mi presencia en su habitación, mientras se aplicaba su perfume el cual podía llegar a costar lo que yo ganaba en un mes de salario como su empleada doméstica, me estaba sugiriendo que debía volver a lavar su baño-closet, porque no le daba una sensación de limpieza, y ¿cómo no? si ella se acababa de bañar dejando todo sucio y mojado...Pero ni modo, al ver que tenía una tarea extra en el día bajé para agilizar lo ya programado y que me rindiera el oficio sin tener que sacrificar mi tiempo personal que era la hora de asearme por segunda vez en el día.

Mi organización solía ser la siguiente: después del ajetreo del desayuno, barrer y limpiar toda la casa que consistía en terraza del frente, la que dejaba casi de último porque era más práctico barrerla y trapearla cuando ella salía a trabajar

en el carro. Y mientras tanto, había que asear el patio trasero, las dos salas de estar, la sala del comedor, los tres cuartos habitados y las escaleras. Luego de barrer y limpiar esperaba que se fueran todos para trapear, en eso se va siempre la mañana, al ella regresar del trabajo a eso de las 11 am todo debía estar listo, y yo desocupada para echarle una mano en el almuerzo.

Para lucirse con sus invitados, ese día llegó a la casa con un pescado de mar salado, a mi parecer olía horrible y sabía peor, me pidió que sacara la vajilla especial y los utensilios de plata que yo había brillado días atrás. Ella puso la mesa principal porque una qué iba a saber de protocolo de los utensilios y mi ingenuidad me ganó; yo creía que el puesto de más era para mí, creí merecerlo porque había trabajado duro en ese almuerzo. Pero para mi sorpresa, cuando llegó el momento de servir apareció la nieta de la señora; ella tenía la misma edad que yo, venía de la universidad y fue sentándose y disculpándose por hacerlos esperar con la excusa que estaba en semana de parciales.

En ese momento yo me preguntaba en mi mente ¿y yo? ¿Dónde voy yo? No sé si del hambre que tenía estaba contando mal los puestos, todos se encontraban sentados alrededor de la mesa; la señora, su nieta, sus invitados y su inquilino. Me pidió sacar la jarra de vidrio con jugo de la nevera y ubicarla sobre su mesa. Mientras lo hacía, me pidió que tomara un plato de la cocina para servirme, y muy “cariñosamente” me hace un gesto diciéndome que me sentara a comer en la mesita pequeña de la esquina por si se les ofrecía algo. Me desilusioné mucho

y principalmente porque cuando estábamos nada más las dos solíamos comer juntas, pero como estaba la visita no dudó en mandarme a comer sola en la mesa del rinconcito sin poder decir nada al fin y al cabo solo era la muchacha del servicio.

En ese momento me senté donde me indicaron, pero no podía comer aun, no sabía comer con cubiertos y mucho menos pescado: el pueblo de donde vengo ha estado rodeado de ciénaga y el pescado se sirve en hoja de plátano y se come es con las manos. Realmente no me preocupaba que me vieran comer con las manos, pero sí que me mandaran hacer algo y tuviese las manos empataadas de ese mal oliente pescado y comenzara a ensuciar de pescado más losa de la que ya estaba sucia.

Mientras se saciaban hablaban de muchos temas, de lo hermosa que era su nieta, de lo exitosas que eran sus hijas, de los matrimonios de latinas con estadounidenses, que era como sacarse la lotería, etcétera, etcétera. Cuando se quedaron sin temas de conversación miraron hacia mí y preguntaron que quién era y de dónde había salido, a lo que la señora respondió “ella es mi compañerita, viene de un pueblito cercano” Desglosaron mis facciones, elogiaron mi físico por ser de tez blanca, ojos claros, joven y bien portada, eso me hizo sentir que no era invisible, pero al mismo tiempo incómoda como si estuvieran hablado de una mascota, no fue necesario que yo dijera una palabra la señora se daba la tarea de responder por mí, tal vez trataba de evitar que cometiera una imprudencia o

simplemente no quería que notaran mi manera de hablar como una pueblerina.

Cuando ellos terminaron de almorzar, la señora me pidió que recogiera la mesa. Mientras lo hacía, ella se levantó, puso hacer café y me pidió que al terminar de recoger le sacara el juego de pocillos tinteros finos para la visita, luego se pasaron a una de las salas de estar, la más grande y la que tiene muchas cosas decorativas para presumir. La señora continuó atendiendo la visita, pero sin antes recordarme que no me demorara organizando la cocina ya que tenía pendiente por lavar el baño de esta mañana.

Ya eran las tres de la tarde: yo creía que ya casi terminaba en la cocina, ya la visita se estaba despidiendo allá fuera, cuando entra la señora me mira a los ojos y me dice “lo siento mucho Anyisita, la cocina sigue oliendo a pescado y ella no puede quedar así” (debo aclarar que mi nombre no es Anyisita, así decidió llamarme mi empleadora porque el nombre Rosa, que es mi nombre de pila, pero a ella le desagradaba porque así se llama la mujer con la que vive su exmarido). Al escuchar eso no sé cómo explicar lo que sentí, “toma, intenta con este y si no funciona intenta con los demás” esa fue su expresión mientras me pasaba varios potes de limpiar cocina. Mientras ella subía las escaleras para descansar, la escuchaba hablar entre dientes “¿cómo se le ocurre que va estar limpio cuando el olor a pescado se siente fuerte todavía? ¡La casa no puede quedarse con ese olor!”- desconcertada con lo que había hecho. Con lo cansada que estaba yo y volver hacer eso de nuevo me daban ganitas de llorar, por Dios, si me sentía

agotada todo el día subiendo y bajado escaleras para completar todavía tenía hambre, pero no iba a perder mi tiempo y energía quejándome si le echaba ganas seguro que terminaría rápido.

Hice la misma operación dos veces más con productos diferentes, pero el olor al almuerzo persistía, al pasar dos horas bajó a verificar cómo iba, se veía inconforme, yo le dije que era que ella tenía el olor a pescado concentrado en la nariz, el comentario le molestó, en eso iba bajando de su cuarto el inquilino, ella lo llamó y le preguntó si el olor a pescado persistía, le agradecí a Dios cuando él respondió que no. Al parecer no quería que descansara teniendo en cuenta que no tardó en sugerirme que tenía pendiente por asear el baño de su cuarto. Aproveché la presencia del inquilino pues yo sabía que delante de él buscaba mostrarse compasiva, escondiendo su lado opresivo y desconsiderado, para pedirle poder hacer eso el día siguiente, que me diera chance de bañarme que me sentía con el olor del pescado en la ropa.

Solo tenía hora y media máximo para asearme, teniendo en cuenta que se acercaba la hora de la cena y era la única comida del día que yo preparaba. Al terminar la cena y dejar la cocina limpia, como por quinta vez en el día, me puse a regar las matas. Como toda casa de ese conjunto cerrado con jardín en la terraza y en el patio trasero, no podía dejar la manguera puesta y ya: no, debía hacer lo ubicando mi dedo por donde salía el agua para que esta saliera como un aspersor regando las plantas de manera uniforme. La señora solía salir al balcón mientras

lo hacía, desde allá arriba me daba indicaciones de las zonas que no regaba bien. Para ser sincera me molestaba un poco, no porque me diera órdenes desde lo alto de su pedestal y yo acá abajo como una esclava; lo que me incomodaba era sentirme vigilada, además de que me atrasaba en el oficio porque debía hacerlo como ella quería, cuantas veces lo consideraba y a esa hora yo comenzaba a sentirme agotada.

Ya para finalizar, como todos los días, yo subo por las noches a la alcoba de la señora a ver televisión y a esperar que se hagan las nueve de la noche para bajar a la cocina y traerle su insulina.

En realidad, todos los días no eran así: las rutinas cambiaban según el propósito y las circunstancias del día. Por ejemplo, otro día cualquiera, en vez de lavar la cocina tres veces seguidas, limpiaba el carro con una bayetilla especial y un balde por lo que estaba prohibido usar la manguera para lavar los carros. Había ocasiones de tallar en las tardes las rendijas de las baldosas del piso de su cuarto, de las escaleras o del piso de las salas de estar, días de limpiar todos los vidrios de las ventanas, o de ayudar a reglar su closet porque era muy desconfiada, tenía muchas cosas que me presumía que eran de valor, pero realmente me parecían de mal gusto y extravagantes.

Añoraba la hora de irme al espacio asignado para descansar, el cuartico del servicio, así lo llamaba ella. Aunque llamarlo cuartico era mucho: el espacio era

tan pequeño que la cama de apenas un cuerpo evitaba que pudiese cerrar la puerta, el baño estaba dañado y los olores que emanaba en la madrugada eran desagradables y el frío solía ser mucho peor. Pese a todo, sólo en ese lugar tenía mi momento personal, en el que rebobinaba todo lo que había hecho en el día y me programaba para el siguiente.



Imagen No. 2: Martínez, Rosa. (2021, noviembre 27). *En el fondo el cuartito al que hago referencia arquitectónicamente exacta, separado de la casa por el área de aseo.* Conjunto cerrado las Orquídeas, Valledupar, Cesar. [Archivo personal]

No olvidaré que durante las tareas que eran repetitivas y estaba sola en la casa, lo que evitaba sentir dolor o cansancio en el cuerpo, era repetir una y otra

vez el plan de mi vida en la cabeza, era lo único que me daba satisfacción. A pesar de todo mi objetivo de estudiar era inquebrantable, soñar en mejorar mi calidad de vida y la de mi mamá me hacía feliz me llenaba de fuerzas. Realmente no me di cuenta cuándo me hice fuerte, paciente y prudente tal vez el mirar hacia atrás y ver lo que deseaba cambiar de mi vida me daba la fortaleza para aguantar, la paciencia fue necesaria para no perder mi camino y sobrellevar las situaciones con la esperanza que el próximo trabajo sería mejor y la prudencia a lo mejor llegó cuando mis comentarios eran ignorados y mis opiniones tomadas como un atrevimiento. Pero cuando verdaderamente sentí que aprendí a ser prudente fue cuando percibía la mínima intención de mis patronas de meterse o controlar mi vida, algo dentro de mí me decía que ya era hora de retirarme de la familia en la que me encontrara antes que terminara en malos términos.

.....

Esto fue en una de las seis casas de familia en las que trabajé durante la preparación del secretariado en una Corporación. Recuerdo que tenía dieciocho años, duré trabajando en esa casa menos de seis meses, luego me ofrecieron un puesto de cajera que era conveniente porque tendría un mejor sueldo y sin duda lo acepté. A la señora no le gustó mi decisión, su egoísmo era tan visible, que a mi parecer no le molestó que la abandonara, pero sí que me fuera a desempeñar en un trabajo que para mí era mejor, me exigió que le buscara a alguien de mi pueblo que pudiera suplirme, a los 20 días llegó mi paisana y amiga a cubrir mi puesto.

Al tiempo llamé a mi amiga para saber cómo le iba, fue terrible lo que me contó: casi llorando comentó que no duró ni el mes trabajando para la señora, la ponía arriar de a dos baldes de agua de la portería hasta la casa porque se presentó un problema en las tuberías y no tenían agua los apartamentos. La ponía a repetir los oficios una y otra vez porque nunca estaba satisfecha, no la dejaba comunicarse con su familia porque para poder hacer una recarga debía salir del conjunto cerrado y la señora no le daba el permiso, los domingos que era el descanso que podía salir, la revisaba para ver si estaba sacando cosas de la casa de la señora...

En fin, mi amiga me dijo ese día que nunca se había sentido tan humillada en su vida. Me sentí culpable de su sufrimiento, no me imaginé que ella la pasaría tan mal y yo pensando que les había hecho un favor a ambas, es decir, tanto a la señora como a mí amiga. Al colgar la llamada inmediatamente llamé a la señora, me contestó muy amable y contenta preguntándome por mi vida, después de un rato disimuladamente le pregunté por mi amiga, enseguida cambió el tono de su voz diciéndome que no le volviera a llevar ninguna otra *india*, porque son puercas, flojas, y groseras (me impresionó su forma de hablar, nunca la había escuchado referirse de esa manera a mí ¡será porque soy de piel blanca, ojos claros y cabello castaño! ¿Será que por ese detalle su trato hacia mí fue “mejor”?). No tuve el valor de defender a mi amiga, ni siquiera de colgar el celular para evitar escuchar todas las barbaridades que dijo. Hasta ese momento no tenía el coraje para responderle, no porque la respetara después de haberla escuchado decir tantas sandeces, sino

porque todavía me sentía que ante ella yo no tenía el derecho a decir nada y mucho menos de enfrentarla por el daño que le ocasionó a mi amiga.

Bajar la cabeza constantemente y tragarse las opiniones o hablar *pa dentro* genera en cualquier persona una sumisión; esto implica perderse a sí mismo restringiendo la autonomía para pensar, actuar y puede llegar al punto de olvidarnos que tenemos unos derechos y como estamos en función de otros, se empieza a creer, a sentir que hacer respetar o defender cierta facultad no vale la pena y se puede pensar que le estamos faltando el respeto a nuestros opresores.

Cuando se es parte de las personas privilegiadas, es casi imperceptible ver por lo que tienen que pasar los que no se encuentran dentro de esta situación de privilegio y mucho menos entenderlos. Aplica para muchos casos, por ejemplo; los hombres consideran que para las mujeres es fácil entrar a los espacios públicos a laborar, cuando realmente les suelen pagar menor salario que a los hombres y las mujeres suelen esforzarse más por su doble rol, el que ejercen en casa y fuera de ella.

Por otro lado, “las mujeres que cuentan con ciertos privilegios” económicos tienen acceso a mejores oportunidades de educación, trabajos, etc.; mientras las que no, se las tienen que arreglar con lo que puedan conseguir por sus propios medios. Por último, pero no menos importante, encontramos las diferencias dentro de las clasificaciones étnicas raciales donde influye el color de piel para recibir un mejor trato, un mejor empleo.

Así como lo indica en su estudio Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier, “el trabajo del cuidado también se ha insertado en la economía global, añadiendo a las desigualdades de género y la división sexual e internacional del trabajo, nuevas asimetrías basadas en el origen nacional y en clasificaciones raciales y étnicas” (2011: 94) Añadiendo otra cantidad de características que pueden hacer posible la opresión especialmente en mujeres.

Estas desigualdades construidas históricas y socialmente son las que entrelazan la relación empleada-empleadora mediante acciones y expresiones que simbolizan y perpetúan la opresión en las empleadas domésticas; dentro de la cotidianidad no se percibe generalmente ni por quien lo ejerce y en ocasiones ni por quien lo recibe. Pero en realidad se va tejiendo una relación donde las condiciones de la empleadora se superponen ante las necesidades de la empleada doméstica llevando a una disparidad entre las partes.

La historia de Yala da cuenta de esta ambivalencia:

Yala: “Y tienes que someterte hacer todo porque, ajá *pa* eso te contraté”²

Buscando realizar su sueño de convertirse en una profesional en psicología encontró en el trabajo doméstico remunerado las condiciones para cumplir lo que se había convertido en su proyecto de vida, Yala no contaba con tropezarse durante este proceso con empleadores con poca calidad humana.

“Bueno, inicialmente yo empecé a trabajar como empleada doméstica a los veintiún años. Por acá trabajar en esto no es raro; en los corregimientos de Guacoche y Guacochito hasta el Javo, en todo este corredor muchas mujeres se van a trabajar, se han dedicado por muchísimos años al trabajo doméstico remunerado. Se van de aquí al Valle, a veces se van personas que se internan en una casa de familia, salen los fines de semana y hay otras que van y viene todos los días.

Lo que me llevó a trabajar como empleada doméstica fue el deseo de pronto de ir aprendiendo a trabajar, de ir empezando a buscar una independencia económica, también *pa* matricularme en la universidad, tenía que

² El presente relato es el resultado del proceso de investigación cualitativa realizado a través de entrevistas a profundidad. Guerra, Yalainis (2021) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 12 de septiembre del 2021 en el corregimiento de Guacochito, Valledupar- Cesar.

tener algo extra por alguna necesidad que surgiera en la universidad, porque meterse en ese tema es un gasto mayor.

Entonces eso como que me forzó, fue un motivo; empecé, trabajé... el primer trabajo en casa de familia fue con la hermana de los Castro en Valledupar, una familia de renombre, de los apellidos siempre populares, que son de personas adineradas. Justo con ella, con la hermana del señor Pepe Castro que fue gobernador, duré tres años. Pero resulta que a veces uno por las ganas de buscar mucho más, un mejor pago, encuentra mejores pagos, pero menor calidad de familias; de pronto humanamente son familias que no quieren relacionarse con uno, porque consideran a las empleadas domésticas menos que ellos, no tratan bien a las personas que trabajan para ellos, eso hace que la convivencia sea más pesada porque siempre ven a uno con poca empatía, simplemente como un empleado más y no como un ser humano, es decir, siempre uno tiene que limitarse hacer, hacer, hacer y entre más hagas, más rendimiento tengas, más carga te ponen. Como que de cierta manera generaba un aspecto como de ¡ay no! “Y tienes que someterte hacer todo porque, ajá *pa* eso te contraté” - Mientras mencionaba esto último, Yala tenía los ojitos vidriosos como cuando se quiere llorar de impotencia o de rabia, buscaba en su vocabulario las palabras más amables para expresar la inconformidad que le genera la frialdad con la que fue vista por alguna de sus patronas.

Su relato continuó: “Una de las razones por las que dejaba un trabajo era

por cosas, como, por ejemplo, ¡los caprichos! de las personas. Como te explico... este... a mí la que me dio más duro, tanto así que tengo su recuerdo presente, fue de una *Vieja* que era la que vivía en las Orquídeas, o sea, de ver su arrogancia, era muy arrogante, quería una *perfeccionalidad* en su casa, que tenía como un problema psicológico, eso era una persecución contra mí, que por donde yo pasaba un trapo, ella pasaba la mano para ver si yo dejaba polvo en ese sitio. Eso era una cosa horrible, una persecución, una cosa... ella quería todo deslumbrante, todo perfecto, todo... y eso como que de pronto era una cosa que me ponía nerviosa todo el tiempo, me sentía vigilada, este es uno de los recuerdos que yo digo ¡asiii *uff!* yo no vuelvo a trabajar más en casa de familia porque esa señora... como persiguen a las mujeres, que creen incapaz a las otras mujeres de hacer las cosas bien.

Es que cada persona tiene su manera diferente, porque cuando yo llegué a esa casa ya yo había durado tres años en el otro trabajo, en mi primer trabajo, por ejemplo, hay personas que dicen *a mí me gusta que le hagan aseo hasta dos veces al día*, no es lo mismo en una casa grande que tu hagas aseo en la mañana bien hecho, ya en la tarde lo que simplemente vas a pasar otra vez el cepillo, pero, otra vez hacer aseo con todas las de la ley en la tarde, que limpiar todo otra vez eso es desgastante para una mujer. Al terminar de hacer el almuerzo lo más común es que la cocina hay que limpiarla y dejarla bien limpia ¿no?, todo, el mesón, la estufa, el piso, que todo quede limpio, que todo que bien. Pero de ahí a salirse hacer todo un aseo como si la casa estuviera lo más

sucia del mundo, pues eso es desgastante para una persona.

Otra cosa, tenía que estar pendiente a la llegada de la señora, si llegaba a las nueve o nueve y media de la noche tenía que estar pendiente que ella llegara para hacerle cualquier cosa o cualquier antojo de comida que a ella le provocara, llegaba tarde de la noche... o sea, uno no tiene horario y más que todo las mujeres que son internas, a veces la mayoría se somete a que como están internas no tienen un horario definido, sino como están ahí en la casa tienen que estar disponible *pa* cualquier hora.

Yo les contaba a mis papás, cuando trabajaba con ese tipo de arpiás. Yo era de las que decía: "en cualquier momento dejo el *pelero* aquí en este trabajo y me consigo otro porque en el trabajo que más duré fue el primero y el penúltimo, porque yo no era que les aguantara tanta cosa a ellos, yo no era como de estar aguantando o sometiéndome a que... a regaños, a miradas feas, o cosas así.

La experiencia de trabajar en casa de familia fue tremenda, pero yo no reniego de pronto que ¡uy no! Sí es un trabajo que de pronto uno lo cuestiona, mientras lo haces si se cuestiona, pero es un trabajo, que yo te puedo decir que te hace entender y te hace ver la vida de otra forma, que tú dices, *yo no nací para esto ¡ya!* Al menos entiendes que de cierta manera las personas, las mujeres que trabajan en casa de familia están como sometidas, están que no

pueden respirar, no es una empresa o al menos en las empresas también uno está como sometido a un horario, pero al menos las empresas, pues, la mayoría no todas las empresas, te deben tener afiliada a un sistema de salud, a un sistema de pensión, de riesgos profesionales...

Mira esta cicatriz me la hice trabajando en casa de familia, dieciocho puntos ahí, aquí..." – Me enseña la pierna, señalando la zona de la rodilla con una larga cicatriz que parece un enorme cien pies y continúa: "Fue un accidente trabajando allá con los patronos que te dije que fueron de los mejores que tuve, yo estaba sola me resbalé y las puertas eran de vidrio, le metí la pierna, la cara y yo pensé que me había mandado *pa el lao* de los muertos, pero nada más fue la pierna. Hasta en eso están sometida las personas que no tienen riesgos laborales pagos, no se sabe una caída, un resbalón en un baño...

Ellos se hicieron cargo de todo lo que es emergencia. Pero después había gente que me decía, era *pa* que ellos te hubieran pagado la incapacidad. Y sí, pero yo de pronto era una persona que no me atrevía a reclamarles nada, o sea, todavía el trabajo en casa de familia estaba tan desvalorizado que a mí tampoco me importó mucho, lo más seguro es que no me iban a parar bolas, ¡anda! si me accidenté y tengo que presionarlos a ellos *pa* que me paguen mi incapacidad y no sé qué. Si me dieron mis días y me vine para la casa de mis papás, a esperar que me sanara. Después del accidente a los quince días, en cuanto me recuperé volví a ingresar al trabajo otra vez haciendo las mismas

actividades. No les exigí pago porque primero eran buena gente, no me puse en el tema de que tenían que darme algo, porque ellos no me tenían afiliada a ninguna seguridad social, ni pensión. Pero ver la atención de ellos, se portaban muy atentos conmigo y como seguían muy pendientes de mí, además ellos fueron los únicos patrones que me pagaban los pasajes para venir a mi casa los fines de semana y algunos festivos.

¡Ay no nena! haciendo ¡eso de trabajar en casa de familia vea! O trabajadora doméstica, eso es tremendo, mejor dicho, frustrante, no hay otra palabra.

A pesar de lo anterior, tengo que resaltar las acciones bonitas que tuvieron conmigo, por ejemplo, en la penúltima casa donde trabajé; yo pensé que ya no iba a volver a trabajar en casa de familia, pero sí trabajé, lo hice como en obra de colaboración de apoyo mutuo, el último si fue en obra de apoyo mutuo con unas familias, y yo me quedaba ahí *pa* poder tener un lugar donde terminar la carrera. En esa casa me sentía apreciada, en familia. Incluso hace unos días me escribieron mis patrones, he tenido esas experiencias donde ya no trabajaba como empleada doméstica me accidenté y los que me auxiliaron fueron ellos. Yo tenía una moto, y entrando al Valle por la avenida, por el bilingüe un taxi se voló la escuadra y me tumbó a la otra; Y los que venían de tras de mi eran los patrones míos, ellos se dieron cuenta que era yo y ellos ahí me auxiliaron”

Yala hoy día después de muchos años es profesional, tiene dos años sin ser contratada en su área, asegura que si la cosa sigue así le va tocar volver al trabajo del servicio doméstico remunerado, ¡para ver si la despega! Como dice ella, porque necesita generar ingresos, aunque no le garantice un mejoramiento económico en su vida, quieta no se quiere quedar. El trabajo dignifica a las personas, pero primero se debe dignificar el trabajo doméstico remunerado para que quien lo realice pueda tener una vida digna o por lo menos una independencia económica real.

Desde antes y hasta ahora son a las mujeres a quienes se les asigna esta actividad generacionalmente a través de la cultura patriarcal, y aunque estamos en una nueva revolución feminista y se dice que las mujeres pueden ser lo que deseen, las empleadas domésticas tienen las opciones limitadas y más cuando son mal pagadas, madres cabeza de hogar, con hijos o personas a su cargo.

Demostrar agradecimiento para las empleadas domésticas en muchas ocasiones es sinónimo de no reclamar los derechos laborales, son consideradas por sus empleadores como desagradecidas, desconsideradas, y no falta el que la difame para que no la contrate más adelante. Y a pesar de que existen leyes que ofrecen protección a las empleadas domésticas de estas situaciones, la falta de información, la pena y la vergüenza las llevan a seguir aguantando:

aunque son las víctimas, actúan como si no pasara nada, se quedan calladas, para no perder el empleo o la aceptación de esa familia.

Esa una carga emocional: el enfrentarse con sus empleadores, los mismos con los que se comparte techo, comida y más, se juzga a las empleadas del servicio doméstico diciéndoles “tu si eres tonta, torpe, yo ya hubiese dejado ese trabajo hace rato”. Lo que no saben es lo difícil que es dejar ese tipo de empleos, porque cuando trabajas interna no solo se deja el trabajo, también la casa donde se está viviendo y generalmente los vínculos afectivos con los miembros de la familia en la que se labora.

Carmen Pava: “Ella si puede exigir sus derechos, pero yo no puedo exigir los míos”³

Carmen es una joven algo reservada a simple vista, sus manos reflejan más años de trabajo doméstico de los que realmente tiene de vida. Es otra rebelde que busca romper con el ciclo de pobreza de su familia a través de la educación, para ello abandona su tierra natal, El Banco Magdalena, para venir a trabajar en casa de familia mientras estudia en la universidad por las noches. Nos comparte sus experiencias significativas, pero sobre todo la que vivió como

³ El presente relato es el resultado del proceso de investigación cualitativa realizado a través de entrevistas a profundidad. Pava, Carmen (2021) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 15 de agosto del 2021 en Valledupar-Cesar.

empleada doméstica aquí en Valledupar durante la pandemia y el confinamiento:

“Mi infancia fue bastante dura, por eso yo decidí empezar a trabajar y poderme pagar mis estudios. Gracias a Dios me colocó en manos de buenas personas, unas personas en el Banco, Magdalena, me ayudaron mucho a crecer como persona y también a estudiar porque me daban el espacio para estudiar y terminar mi bachillerato.

Creo que esa fue en la única parte donde a mí me fue bien, porque me reconocían todo, me pagaban bien, me daban mi espacio para estudiar y creo que lo más importante me daban el valor de persona, o sea, si ellos iban *pa* un restaurante, yo comía en el mismo restaurante y me sentaba en la misma mesa con ellos; no por ser la empleada, o por ser la niñera porque yo les cuidaba un par de gemelas; *¡no, tú te vas a sentar en tal parte!*, si se iban a la playa a viajar para Cartagena yo también disfrutaba con ellos. Es que yo con esa gente conocí un montón de lugares que yo no me imaginaba. Entonces, creo que esa fue la única parte de mi vida como empleada doméstica que me gustó, pero me tocó dejarla porque decidí estudiar la universidad, pues, *en mi pueblo no hay universidad*. Ahí duré como tres o cuatro años.

Ya cuando me gradué del colegio, duré como un año buscando trabajo aquí en Valledupar, o sea pasé mil necesidades. Pero conseguí trabajo en una

casa, en el barrio Los Músicos, donde una psicóloga, pero si me fue re grave, en el sentido que me pagaban poquito. O sea, el trato como empleada doméstica, como que yo era la menos y ellos eran superiores a mí ¿en qué sentido? Por ejemplo, para la comida, porque yo toda la vida he sido muy *comelona*, aunque no se me note, y todo en la comida era como muy poquito, que si ellos llegaban tarde de la noche yo tenía que levantarme a servirles, porque ellos no daban para servir su comida por más que estuviera lista en el plato, me tocaba calentarla. Pero ajá yo quería crecer como profesional, quería entrar a la universidad y pues, fue duro porque me tocó aguantar todas esas cosas, me puse como un palillo, flaca, porque, como me daban muy poquita comida, para lo que yo estaba acostumbrada y lo que tenía que comer la verdad, con decirte que si ellos se comían dos sándwiches en una cena a mí me tocaba comerme uno, porque ellos me decían que me tenía que comer uno, pero ajá uno se tragaba esas vainas.

Un acto que no, o sea, era como que una vaina que yo decía, yo misma me preguntaba: ¡*Tu si eres pendeja!* ¿por qué le aguantas tanta vaina conociéndote como eres tú tan respondona y tan odiosa, tan amargada y tan como eres tú? Entonces como mi objetivo era entrar a la universidad, me aguantaba todo eso, para crecer como profesional. Las hijas de la señora me trataron como la *patada*, son de esas personas que crían a los hijos pensando que los más vulnerables, los que no tienen plata, los más pobres son menos que ellos.

Pasó una acción que no pude aguantar y dejé de trabajar con ellos, porque yo duré un año y medio ahí, cuando yo dije ya no más, no me voy aguantar tanta vaina. Me dieron apenas doscientos mil pesos, *de liquidación de un año y medio*. Yo fui, e hice un montón de reclamo en la oficina de trabajo. Pero aquí, la palabra del rico vale más que la del pobre, en fin, eso nunca se llevó a nada y yo tampoco podía gastar más dinero, porque *pa* eso hay que tener bastante dinero y yo no seguí más con el proceso.

Ese día que yo decidí salirme definitivamente de esa casa, bajé con mis maletas, a mí me revisaron las maletas para ver si yo me iba a llevar algo de esa casa, cuando yo la verdad no necesitaba robarme algo por decirlo así. O sea, yo me sentí, así como cuando las personas entran a migración, a un aeropuerto, que eso le jalan la maleta así, le jalan la ropa como sea, así hicieron ellas, literal hicieron lo que quisieron con mis cosas delante de mí. Pero igual yo salí normal, no encontraron nada., eso fue en vacaciones de la universidad, yo me fui para mi casa, para mi pueblo para el Banco Magdalena.

Al mes yo conseguí trabajo donde una señora, *na má* duré como un semestre completo, porque esa señora yo no sé si estaba loca, parecía era loca, porque ella perdió un hijo, ella quedó muy inestable emocionalmente, entonces ella quería que yo fuera la niñera de sus hijos, cuando esos *pelaos* ya eran mayores de edad, o sea, que, si ella me decía, no deje salir a fulanito, si ellos se

quieren salir yo no puedo hacer nada para evitar que no salgan.

Dios me dio el valor para decirle hasta aquí llego yo, fue hasta un diez de diciembre que pasó eso, las cosas pasan por algo, ya había terminado semestre en la universidad, gracias a Dios y ya yo iba casi de vacaciones para mi casa, entonces yo hasta aquí le trabajo, no me vaya a llamar ni nada de eso porque la verdad esta situación no se la soporto, usted me contrató no para ser niñera de sus hijos si no para hacer las cosas de la casa. Bueno, me fui.

Después yo también trabajé en el pueblo en diciembre porque me dijeron que necesitaban a una muchacha para cuidar a una señora ancianita y ya, bueno yo me fui *pa* allá porque *yo no le digo no al trabajo*. Entonces ahí duré trabajando como dos meses porque me tocó venir para Valledupar otra vez por el siguiente semestre de la universidad, y ahí fue cuando a mí me consiguieron un trabajo aquí, que es donde actualmente estoy trabajando.

Ya voy *pa* cuatro años o tres años, bueno. Ha sido complicado, porque cuidar a tres niñitos, y más de eso tengo que hacer comida, lavar, o sea, hacer todo lo de la casa. Ha sido complicado porque yo nunca había estado tan frustrada en el sentido que yo quiero hacer mil cosas, por mí, es decir, si tengo una cita médica no puedo ir porque tengo que pedir como quince días antes un permiso para poder ver si sí o no, para poder ir a la cita médica. Es más, con esta cuestión de la pandemia no he podido vacunarme yo tengo veinticinco

años, y no he podido porque siempre que voy ya es tarde; porque tengo que dejar todo listo, el almuerzo listo, que ellos ya hayan comido y todo.

Y no alcanzo, por más que madrugo para adelantar no alcanzo y son cosas que, que uno como que, yo soy una trabajadora normal, es como si yo estuviera trabajando en una empresa y yo tengo, también mis derechos, en el sentido de que me tienen por obligación que dar permiso para una cita médica, me tienen que dar permiso para las cosas que yo tengo que hacer personales. Por ejemplo, mi jefa es gerente del banco BBVA entonces, ella puede hacer lo que le da la gana porque es la gerente, pues, ella es jefe, igual ella también tiene un jefe, ella también tiene que darle cuentas al jefe, entonces si ella le dice al jefe, necesito no sé cuántos días de vacaciones, el jefe se los da. Entonces no es algo equilibrado, *ella si puede exigir sus derechos, pero yo no puedo exigir los míos.*

Entonces me ha tocado duro ahora con la virtualidad, porque me ha tocado hacer de profesora, me ha tocado ser la psicóloga de los niños, o sea, la virtualidad no ha todo el mundo le va bien, uno mentalmente también tenía que estar preparado para ese proceso, pero nadie está preparado para todo eso. Entonces ha sido complicado con los permisos; respecto al valor que me dan como persona que es lo más importante me ha ido bien en esa parte, pero sí me ha ido mal, en defender mis derechos, en que a mí me toca trabajar los festivos y no me parece trabajar un festivo. Por ejemplo, ya mañana es festivo y me toca trabajar, que si yo quiero irme de viaje un fin de semana con mis amigos o al

pueblo donde mi familia no puedo irme porque mi vida social tiene que ser solamente un domingo.

¿Mi vida social dónde queda? Y creo que por eso *extraño tanto la universidad, ir presencial*, porque yo tenía vida social allá en las noches con mis compañeros. Mi vida, como te dije yo empecé a trabajar desde muy niña, en ese proceso de empleada doméstica hay personas que sí te dan el valor como persona, que somos iguales, y todo eso. Es difícil encontrar compañeros y amistades que lo vean así, gente que no discrimine a uno por lo que uno hace o por lo que uno tiene.

Algo que me pasó en mi primer trabajo en la casa de la psicóloga que me pareció muy mal, o sea, yo sé que no es fácil para uno adaptarse a las costumbres de personas, pero, por ejemplo, ella era una mujer que, si llegaba mal o le fue mal en el trabajo, llegaba a su casa y yo tenía que pagar *¿Qué carajo me importa a mí si a ella le fue mal o le fue bien? O sea, yo tengo que ir por el mundo que si a mí me fue mal en mi trabajo yo tenía que pagar la rabia contigo*, esa me trataba peor que las demás.

Entonces, una vez el esposo de ella se accidentó y él llegó, ya después de haber estado en la clínica, yo lo estaba atendiendo entonces, normal. Él estaba en sus días porque por ese accidente lo habían echado del trabajo porque él había hecho una vaina ahí. Pero yo no tenía la culpa que lo habían

echado del trabajo, entonces, él vino y me tiró el vaso así de agua, entonces, yo me lo aguanté a la primera, ya después que él bajó, me dijo, me gritó *ique'* Patricia que no sé qué vaina y que esta vaina. Y yo, le dije a mí me da mucha pena con usted, pero en mi vida mi papá vio por mí y no me gritó, así como usted me está gritando, así que me hace el favor y me respeta porque yo aquí soy una persona igualita que usted, que tenga menos dinero que usted, no le da el derecho que usted venga a gritarme y a tratarme como sus patas.

Entonces yo creo después de eso, ya como que el ambiente se vuelve pesado, ya como que tú dices, yo no me merezco estar aquí, es más, a mí nunca me ha gustado el ambiente ese que te levantes y te miren como por debajito de los hombros no me gusta, entonces yo creo que por eso me fui de ahí.

Yo creo que es difícil para todo el mundo trabajar como empleadas domésticas, porque como te dije, aquí por ejemplo en Valledupar, más que todo en la costa, no pagan bien a las personas que trabajan como empleadas domésticas. ¿Por qué? Porque es que, creo que lo más que yo he visto aquí en Valledupar son setecientos mil pesos cuando tú haces un montón de vainas; cuando tú lavas, planchas, tienes que aguantarles el carácter a tus jefes, tienes que aguantarles el carácter a sus hijos, porque ellos crían a los hijos igualito a ellos, entonces uno tiene que aguantarse las groserías de los hijos.

En el trabajo que estoy ahora en el tema del pago, pues, para mí, para lo que yo hago en esa casa me pagan muy poquito, porque yo en estos momentos, en la virtualidad yo soy la que acompaña a los niños en la clase, hay dos niños y uno tiene seis años y la otra tiene cinco años, o sea, tú sabes que ellos no saben manejar un computador, por más... ellos no saben, y por más que un profesor este explicándoles detrás de la pantalla, no, que tienen que hacer la vocal así, que tienen que hacer no sé qué así, ellos necesitan otras personas que les expliquen porque ellos no tienen esa capacidad para entender lo que les está diciendo otra persona. Presencial es muy diferente porque está la profesora ahí al lado y están viendo lo que realmente ella está haciendo y pues, ella los está guiando, entonces, ¡es un cincuenta, cincuenta! Ellos le dicen allá lo que tienen que hacer y yo acá me encargo de mirar que ellos realmente hagan lo que los profes dijeron que tenían que hacer. Entonces, es algo que me toca triplicarme porque al igual tengo que hacer almuerzo, tengo que hacer aseo, *tengo que hacer de toa vaina*.

Entonces, a mí me pagan quinientos sesenta. Conocí a una, una vez me la encontré en la calle y me dice: “Aaaaa ¿tú eres la fulanita detal que le ayuda a los Tabares en las tareas?” - Y yo: “sí”. –“¿Y cuánto te pagan ahí a ti?” Y yo “¿cómo así que cuanto te pagan?” Entonces, ella me dice: “yo nada más soy la encargada de una sola; y soy la que le llevo las tareas (es decir, ella es la profesora personalizada de la niña) y a mí me pagan casi un millón de pesos, o sea, *¡te estas ganando una millonada ahí!*” – Y yo, nada más que me reía, ¡si

estuviera ganando esa millonada yo ahí!

Entonces, si creo que mi trabajo en ese aspecto económico si está siendo desvalorizado, porque yo, es para que me ganara casi ¿qué?... porque si tú te das cuenta, cuando ellos estaban en un estudio dirigido antes de la pandemia todas las tardes yo los llevaba porque quedaba ahí a la vuelta, fuera de la casa, y por cada niño le cobraban casi cuatrocientos mil pesos, o sea, ellos daban casi un millón de pesos por los tres.

No creas, yo si hablé con ellos, pero solamente me pagaban quinientos treinta, entonces a mi lo que me subieron fue treinta mil pesos durante la pandemia, pero, tú sabes que la situación en ese momento se colocó tan difícil que no había trabajo en ninguna parte, entonces yo no me podía dar el lujo de decir, no, yo no voy a trabajar, porque no tenía más opciones. No me subieron el sueldo porque al igual yo tenía dos opciones, o me quedaba sin trabajo o recibía lo poquito que me pagaban, ya me entiendes.

Entonces eso fue como que el gran aumento del sueldo, creo que en ese aspecto no me ha ido bien en los trabajos porque en ninguna parte acá en la Costa pagan realmente bien. En el tiempo que llevo trabajando como empleada doméstica a mí nunca me han pagado más de seiscientos mil pesos, es más, yo nunca... creo que el sueldo más alto que he tenido es el que tengo actualmente, quinientos sesenta, de resto...

Yo estoy acostumbrada tanto ahí, porque es que yo tengo mi espacio, yo tengo mi cuarto, este... soy un integrante más de la familia. Por eso es que yo he durado tanto tiempo ahí, también, porque la situación está muy difícil como *pa* uno darse el lujo de dejar el trabajo de la noche a la mañana cuando no hay trabajo en otra parte. Pero como te dije anteriormente, mi objetivo es terminar la universidad y trabajar con ellos hasta diciembre porque yo soy prácticamente profesional, *¡na má me falta es el cartón y ya!*, pues, trabajar como profesional ya el otro año.

Y es que ellos están tan acostumbrados a mí, más los niñitos. Que yo tenía pensado trabajar con ellos hasta el mes de octubre, pero ellos me pidieron el favor que me quedara hasta diciembre cuando los *pelaos* salgan a vacaciones, por todo el cuento de la virtualidad, porque ellos no van a conseguir en estos momentos una persona que diga, no es que... o de pronto si la consigán, pero le van a cobrar más de lo que yo le estoy cobrando a ella. Entonces ellos me pidieron el favor que me quedara hasta diciembre, pero la verdad, yo no... tampoco tienen el derecho de aguantarme ahí, porque no me pueden obligar a quedarme ahí.

Referente a lo que piensa mi familia de mi trabajo, pues, yo soy la única que ayudo económicamente a mi mamá, porque yo he visto cómo mi mamá se sacrifica, porque uno por ser el mayor de nueve hermanos, conoce todo el

proceso que ha vivido la mamá, y porque uno vivió tantas experiencias y todo eso. Pero, yo nunca la llamo y le digo *¡me gritaron!* No, yo he aprendido en esta vida que yo misma soluciono mis cosas. Yo no llamo a mi mamá a decirle, mami me pasó esto” – En ese momento saltan sus lágrimas rápidamente, con la voz entre cortada trata de continuar con el relato – “¿Cómo es?... Yo misma salgo de mis cosas. Entonces ella piensa que yo acá la paso bien, pero ¿para qué preocuparla? Pues sí, yo pienso mucho en mi familia, o sea, yo ya empiezo a ahorrar desde este mes para llevarle un regalo a mi hermano, a mi mamá, a todo el mundo.

Allá en mi casa cuando llega un diciembre llega “*Papá Noel*”, así también es con mis sobrinos, porque yo siempre he sido así. La verdad, tú sabes que siempre en la familia hay uno que está interesado en todo el mundo, esa soy yo” - Lo dice mientras intenta secar el líquido salado que se asoma en las esquinas de sus ojos, antes de continuar:

“Cuando yo salí del pueblo, tenía seiscientos mil pesos que había ahorrado, yo, *uyy, yo no me iba a quedar aquí, pa tener después tres pelaos con una mano adelante y otra atrás*. Yo no quería eso, entonces yo me fui y había personas que ya habían salido a la ciudad y me habían dicho: “No, yo fui y no me fue bien”. Pero yo decía, porque a ti no te fue bien, no quiere decir que a mí no me va a ir bien. Entonces yo me fui, nadie tiene idea de lo que yo he pasado para poder ser profesional, *nadie tiene idea*.

Entonces es una vaina que, que *yo en estos momentos me siento muy orgullosa de mí*, porque, ha sido duro, pero nunca me importó que me dijeran es que tú no puedes, es que es difícil; yo decía nada es imposible, y mira nada más me falta es el cartón de profesional y ya.

Cambiando de tema, la verdad, no recuerdo en qué momento a comienzo de la carrera dimos una clase juntas y tu hablaste sobre ese problema, o sea, y yo en el momento, como que no... no es que no le haya dado importancia, si no, como que no tenía sentido. Es más, yo dije: "*N'ombe, ¿ella hasta dónde va a llegar con eso? Porque estamos en un país que no nos prestan atención... ¿me entiendes? Pero ya conociendo más a fondo todo el proceso, y uno se pone a pensar que no solamente yo he trabajado en casa de familia, mis hermanas también. Por ejemplo, hubo un momento donde no era el jefe de mi hermana, si no el hermano de su jefe que le decía: "Tú eres una *perra*, una *hija de puta* que no sé qué" ¡¿Eso qué es?! Entonces, como que fui tomando consciencia: lo que está haciendo Rosa es algo de admirar, porque no todo el mundo se mete a la boca del lobo"*

Para Carmen, considerar como parte de una normalidad los abusos económicos o verbales no es de otro mundo en esta actividad como empleada del servicio doméstico, aun cuando se preparó en la universidad y tuvo acceso a una valiosa información, a la educación superior, podemos sentir en este relato

la dimensión de ideologizado que puede estar su pensamiento, como le cambia la vida y su perspectiva a las personas que entra en este ámbito del servicio doméstico remunerado o más bien mal pagado, que su vida ha estado condicionada por otros. Esta situación genera una normalización de injusticias ejercidas en contra de sí mismas: ahora pensemos en las que crecieron haciendo este tipo de trabajo que no es dignificado para muchas.

Existen muchos factores que causan situaciones como las descritas anteriormente, pero sin duda, la cultura es uno de los más importantes; al replicar, por ejemplo, los niños interiorizan comportamientos que hacen los adultos por ello, muchas de las empleadas domésticas sostienen que trabajar con niños es como trabajar para *patrones chiquitos*, porque generalmente los hijos son el reflejo de sus padres y sin darse cuenta tratan a las empleadas domésticas de la misma forma que lo hacen sus papás.

El ejemplo que se da a los niños que serían posibles empleadores de grandes, puede contribuir a que se transforme y se materialice el imaginario de dignificar y respetar a las empleadas domésticas, o, por el contrario, a perpetuar el imaginario que existió y se continúa dando en la actualidad de “hacer menos” a las empleadas domésticas.

El capitalismo ha deshumanizado la sociedad orquestando clasificaciones entre lo superior y lo inferior, designando qué tiene valor económico y moral y qué no. Sin embargo, la peor parte nos la hemos llevado las mujeres. Como indica Silvia Federici: “En el nuevo régimen monetario, sólo la producción-para-el-mercado estaba definida como actividad creadora de valor,

mientras que la reproducción del trabajador comenzó a considerarse algo sin valor desde el punto de vista económico, e incluso dejó de ser considerada un trabajo. El trabajo reproductivo se siguió pagando –aunque a valores inferiores– cuando era realizado para los amos o fuera del hogar” (2011: 124)

De allí se explica la existencia del imaginario según el cual tanto el trabajo doméstico remunerado o no, como quien lo realiza es vista y tratada con menosprecio asociando a las personas (mujeres) a lo desvalorado y devaluado, llevando incluso al trabajo doméstico a una relación directa con la mugre, lo sucio. Estas asociaciones con algo que debe ser rechazado y despreciado convierten a su vez, a las empleadas domésticas en receptoras de la basura inmaterial de sus empleadores, en otras palabras, suelen desquitar sus días malos y frustraciones laborales con la única persona que consideran que no tiene derecho a reclamar o responder para defenderse.

El sistema capitalista tiene jerarquías donde en el último eslabón se encuentra una mujer como esposa ama de casa o como empleada doméstica; en cualquiera de los dos casos, la mujer es quien soporta un peso físico y emocional que no se monetiza ni se reconoce en las teorías Marxistas, por el contrario, buscan romantizar el asunto para que socialmente se ignore la *apropiación originaria* masculina del trabajo realizado por las féminas.

Tal como lo afirma Silvia Federici: “Pero la importancia económica de la reproducción de la mano de obra llevada a cabo en el hogar, y su función en la acumulación del capital, se hicieron invisibles, confundiéndose con una vocación natural y designándose como “trabajo de mujeres”. Además, se excluyó a las mujeres de muchas ocupaciones asalariadas, y en el caso en que trabajaran por una paga, ganaban una miseria en comparación con el salario masculino medio” (2011: 124)

Aunque actualmente las mujeres están recuperando espacios laborales, públicos y políticos para buscar la paridad profesional y laboral con los hombres, seguimos bajo la sombra al obtener menor salario que ellos en muchos campos profesionales, e incluso, algunos hombres siguen cuestionando las capacidades físicas e intelectuales que tienen las mujeres para el mundo laboral y el ejercicio de quehaceres propios de la esfera pública

Noelsy Sierra: “Hay patronas que creen que uno es un animal, que uno no se cansa”⁴

A la señora Noelsy la conocí un día domingo en la mañana cuando compartíamos el carro que nos transportaba de Valledupar a Guacochito; ella es una mujer espontánea, alegre, sobre todo conversadora, platicaba con el conductor quien le preguntaba qué era de su vida, que estaba perdida. Su respuesta me aterrizó a lo que decían: "*N'ombe* amigo, yo trabajo interna en casa de familia y con esto de la pandemia no me dan casi permiso para salir, porque según mis patronas yo les voy a traer el virus ese del covid. *Já*, pero *na*, vainas de ellos, porque ellos que salen todos los días a trabajar en sus oficinas no van a traer el virus a la casa, pero uno que sale cada 15 o más días uno sí, *pa jodelos* a ellos". Conversó durante todo el camino de todo un poquito hasta con el otro pasajero. Cuando estábamos

⁴ El presente relato es el resultado del proceso de investigación cualitativa realizado a través de entrevistas a profundidad. Sierra, Noelsy (2022) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 21 de marzo del 2022 en el corregimiento de Guacochito- Valledupar, Cesar.

llegando al pueblo el chófer nos preguntó en dónde nos bajaríamos cada uno, la señora Noelsy respondió: "A mí me deja en la casa de mi mamá, me hace falta ver a la vieja y de paso preguntarle cómo se están portando mis hijos" y reiteró "yo tengo mi casa, pero si me bajo allá me pongo es a organizar, barrer, lavar, y con el cansancio que traigo me quedo dormida y no me da el tiempo de visitar a mi madre".

Antes de llegar a su destino le comenté de la tesis y me dio su número de celular: "Cuando quieras nena, tú me avisas, nos ponemos de acuerdo yo con mucho gusto, llevo toda mi vida en esto, cualquier cosa pregunta por La Veje así me dicen a mí". Como estábamos en pandemia a la señora Noelsy se le complicaba organizar un encuentro conmigo, sin embargo, luego de seis meses logramos coincidir para conversar un par de horas sobre su vida, sobre todo las implicaciones de ser madre soltera de dos hijos y trabajadora interna en casa de familia o empleada doméstica en la ciudad de Valledupar. Esta fue su palabra:

"Trabajo como empleada doméstica en Valledupar desde los veintiséis años, porque me casé temprano, tuve dos niños. Cuando me separé del papá de ellos me tocó dejárselos a mi mamá acá en Guacochito para empezar a trabajar, hoy tengo cuarenta y dos años y ese es el oficio al que me dedico.

Desde que estoy en casa de familia he tenido seis patrones en Valledupar, *pa qué*, con algunos me ha ido bien, con otros no. Este trabajo es un poquito complicadito, porque a veces los patrones como tal no saben dialogar con sus empleadas, hay momentos que le quieren hablar a uno un poquito feo, y como es un trabajo como empleada doméstica quieren como humillar y menoscabar a uno. Hay otros patrones que tratan muy bien, que saben que por el hecho de uno ser empleada doméstica no tienen por qué tratar mal, pero no todos los patrones son iguales.

Mis días de trabajo son más o menos así: Yo me levanto de cuatro y media a cinco de la mañana, empiezo el aseo tempranito, a lo que se levantan los patrones o la patrona paro, y empiezo hacer el desayuno. Y no es como de pronto uno aquí en el pueblo, que se puso a cocinar un pedazo de yuca y se cogió un pedazo de queso; allá hay que hacer el juguito, el café con leche, el pan tostado, que cómo quiere el huevo, el caldo...en fin. Medio descanso un ratico al medio día ya me coge la tarde de la noche haciendo el resto, porque si te toca lavar, a veces la mañana no alcanza *pa* lavar, hay que lavar después de almuerzo. A mí me toca así, *pa* que me pueda rendir el tiempo y la hora de recogerme *pa* el cuarto en la noche a veces depende si cenan temprano, se desocupa uno temprano, si cenan tarde debemos acostarnos de ocho a nueve de la noche.

Salgo de descanso los sábados tipo cuatro de la tarde, solamente descansa uno un domingo. Por ejemplo, hoy estoy descansando este lunes

festivo, pero ya más adelante hay otro festivo y tengo que *trabaja*, un festivo sí y un festivo no, cosa que yo diría que sería un egoísmo de nuestros patrones, porque esos festivos son como un día más que tenemos la oportunidad de descansar. Y eso que no todas descansamos porque siempre llegamos a nuestras casas para atender a nuestros hijos, hacerle las cosas que no pude atender durante la semana, entonces yo por ese *lao* lo veo como un egoísmo.

Aparte cuando uno vuelve de su día de descanso, encuentra uno un ropero sucio, la cocina revuelta, la casa sucia, o sea, a veces toca hacer en un día el trabajo de dos días. Yo a veces siento o pienso no sé cómo expresar esto” - en su rostro se siente que las palabras no expresan la sensación que le produce las actitudes de algunas patronas- Ellos a veces piensan que una empleada doméstica es como un animal, como que creen que uno no se cansa. Eso, a veces siento que ellos piensan eso que uno no se cansa” -su voz y su mirada por un instante se tornan opacas, como decepcionada- “Eso es lo que yo a veces siento que pueden pensar ellos, que uno porque es una persona pobre será que creen...” – Su voz se interrumpe pues estuvo a punto de llorar más por indignación que por tristeza. Luego toma fuerza, y continúa- “Será que los patrones tienen a uno de pronto en un concepto que uno no es una persona sino un animal

Entonces es un trabajo que, aunque lo vean como ‘peor es nada’, es

un trabajo fuerte. Es raro donde te toque un trabajito relajado, de pronto para acompañar a una señora, una sola persona, entonces, porque no hay la cantidad de gente te pagan poquito, porque tú nada más vas a estar cuidando o de compañera con la señora. Aunque igual hace uno las mismas cosas, porque, aunque tú vas a estar acompañando solamente a la señora, siempre tienes que mantener esa casa limpia y estar pendiente de la señora, entonces no entiendo por qué para estar cuidando a una señora quieren pagar una miseria.

Este trabajo de empleada doméstica tiene sus beneficios, como no los tiene; ¿cuáles beneficios tiene? De pronto que mientras tu estas en ese trabajo de pronto tienes un techo, de pronto ahorras un poquito más en la alimentación, pero, casi nunca tiene uno tiempo ni *pa* su vida social, la mayoría de las partes donde uno trabaja casi ni la personal, porque en algunos trabajos hay algunos patrones que en algunos momentos está uno como esclavo. En algunos no y en algunos sí, porque algunos *les da rabia si uno se enferma*, algunos les da rabia si uno pide un permiso, y a veces ¿cuántas oportunidades no perdemos algunas empleadas domésticas porque no podemos salir hacer alguna diligencia? Es que no les gusta que uno tenga vida propia, un domingo que nos den de descanso no alcanza para hacer vueltas que tengan que ver con documentos y eso porque todo está cerrado los domingos que es el día de descanso.

Otra cosa, en algunos casos también no le reconocen a uno las

prestaciones como deben de ser. En algunas ocasiones yo he salido de trabajos que me quedaron debiendo hasta liquidación, mientras una empleada doméstica el único ahorro que puede hacer es eso que le pueden liquidar. Aunque muchas compañeras me decían: “Anda a la Oficina de Trabajo que te saquen la cuenta” Pero yo no sé, sabiendo aún que lo necesito, y a veces lo dejo como a su conciencia *¿Y a onde?!* Me dicen: “Después yo la llamo *pa* que venga por su liquidación” Y a veces se queda uno esperando que lo llamen. Bueno, últimamente, de los dos que he tenido ha sido puntual con su liquidación, pero algunos patrones que tuve atrás me quedaron debiendo liquidación, ni tampoco hice gestión *pa* que me la pagaran. Entonces como que no me gusta atacar porque *ajá*, porque yo creo que consideramos más los empleados a los patrones que los patrones a los empleados, entonces dejé pasar el tiempo y no me la dieron.

Esa es otra cosa, que ellos no se preocupan mucho por esa situación que a veces *duerme uno en unos rinconcitos que eso da hasta lastima, eso apurao* te cabe ahí la camita. Entonces, es el cuarto de la empleada, o sea, donde yo tengo que dormir aparte también lo tienen para guardar chécheres, porque es donde va la ropa sucia, donde va la ropa que vas a planchar, es donde van los *motetes*, donde van las cosas que ellos van acumulando y está uno encima de todo, en algunas casas.

¡Uyyy nena le toca a uno soportar hasta gente loca, gente de tema.!

Cuando yo llegué a trabajar a mi trabajo actual, en los primeros días, la señora me dio las indicaciones, que me pones el desayuno así, me haces el cafecito y me pones el café al lado. Muchos días duré poniéndole su desayuno, su agua, su café tal como me había dicho. Un día cómo que amaneció aburrida y me dijo: *“Ese café yo me lo tomo después que desayuno, ahí se va a enfriar”* Pero con un tono que ¡Ayy Dios mío!, lo más lógico es que me diga de buena forma: “Noelsy el café me hace el favor de servírmelo después que desayune” Yo le pido el café, porque es que yo no soy adivina.

Entonces hay cosas que uno se las chupa y yo creo que por eso es que tienen a uno en el concepto de que uno es idiota, de animal, de bruta. yo digo que uno por no pelear uno todo se lo guarda, entonces, yo no sé, si es que por eso creen que uno es idiota o animal, no sé...” Noelsy se expresa con indignación, y prosigue *“¿Y sabes? Donde yo estoy ahora hubo problemas con la muchacha que estaba anterior, pero por el egoísmo de ella como patrona. Y nunca se conforman con lo que uno hace, así uno se mate haciendo el oficio ellas creen que uno no hace nada, ellas creen que uno no limpió el rincón, creen que uno no limpia, creen que uno no hace nada, entonces yo a veces digo ¿de qué le sirve a uno matarse tanto si nunca reconocen lo que uno hace? Para ellos uno nunca hace nada bien,*

bueno. ¿Y sabes que hace la señora donde estoy trabajando ahora está *malinformando* a la que estaba anteriormente para que las otras personas no la contraten, no le den trabajo? ¡La está malinformando! Aunque la muchacha no se portó mal porque quiso; la patrona decía que ella se puso así fue a lo último. ¡Claro! es que ella se cansó, se cansó.



Imagen No. 3 Martínez, Rosa. (2021, marzo 21). *Noelsy Sierra compartiendo alguna de las situaciones que la afligen como madre cabeza de hogar*. Guacochito, Cesar. [Archivo personal]

No sé, como que la mayoría de las veces creen que ser empleada doméstica es alguien sin valor, eso que no vale nada, mientras que hay unos que sí lo reconocen y debería ser así, porque nosotros como

empleadas domésticas necesitamos de ellos. *Este empleo que muchas personas lo ven como nada*, porque es un empleo en casa de familia lo ven como nada y no sé por qué lo ven como nada, porque ellos también necesitan que haya personas que les colaboren en sus casas. Entonces por todo tenemos que dar gracias, ellos deben de dar gracias que existimos personas sin profesión que les colaboramos a ellos en sus casas, como nosotros también debemos de dar gracias de que como no tenemos una profesión consigamos refugio con algunos patrones que nos den al menos ese trabajo que nos podamos ganarnos el sustento *pa* nuestros hijos, porque no da *pa* más.

En algunos momentos hay cosas que uno se las tiene que aguantar, por conservar el trabajito, por la necesidad, *a veces uno como que tolera cosas y aguanta y aguanta*, pero se llega un momento, que ya uno siente que ya no puede más. A veces abusan a uno psicológica y a veces físicamente con demasiado oficio, porque es que yo veo uno limpie y limpie y entre más limpie, más mandan a limpiar y esto y lo otro, y no consideran que uno tiene que descansar. Yo en mis trabajos casi siempre paso de largo desde que me levanto hasta en la noche que me vuelva acostar, solamente medio me siento el ratico que estoy más o menos almorzando. Esa hora del almuerzo es *jodia*, porque puede tener uno hambre, pero hasta que ellos no almuercen uno no puede almorzar, al menos te llaman ¡a los miles y quinientas!, almuercen ustedes que yo ya almorcé acá en el trabajo o que

no voy a almorzar, pero cuando ya hasta el hambre se le quitó a uno es que avisan.

Sin embargo, a veces le toca a uno de pronto, que si hay un pedazo de pan o algo; porque si te sientas a almorzar da cosa que te encuentren y vaya uno a estar enredado comiendo cuando irónicamente le dicen a uno *¡ayyy ya usted está almorzando!* Y algunos le preguntan a uno *¿y ya usted almorzó?, pero no es porque quieren a uno, si no pa saber si uno comió primero que ellos, aun sabiendo que ellos llegaron más tarde de lo normal a almorzar.*

Es fuerte nena, fuerte ese trabajito, aunque para la mayoría de las personas una empleada doméstica es algo insignificante, es un trabajo fuerte. Si le pagan a uno un sueldo que más o menos pagan bueno, es porque también la mayoría de las veces es fuerte el trabajo, es algo que tiene sus beneficios como no los tiene porque como te digo de pronto hay comodidades en algunas partes, por lo menos gracias a Dios a mí me ha tocado unos patrones buenos, como me han tocado algunos no buenos.

Uno no tiene tiempo *pa* muchas cosas y si uno sale a la semana dos veces hacer una vuelta ya no les gusta porque que tanto salen, creen que uno hace las cosas mal hechas por estar saliendo.

La gente es muy desconsiderada, un día porque le dije a la patrona que ya mi hijo estaba que se graduaba de quinto de primaria, yo me sentí *enredá*, que no salía ni los fines de semana dime, ¿yo qué podía solucionar para tramitarle las cosas a mi hijo, los papeles que pedían, qué podía solucionar yo? Estaba *enredá*, a donde ya el grado de mi hijo estaba cerca y yo le dije a ella: “Yo me siento *enredá*, porque yo tengo que hacer vueltas del grado de mi hijo, yo tengo que hacer vueltas *pa* alistarme, y yo *encerrá* siento que no puedo hacer nada” Y la respuesta que me dio fue que entonces dejara de trabajar. O sea, eso para mí es una injusticia.

Estas cosas uno debería de hablarlas con ellos cuando uno va a comenzar a trabajar, pero, en la mayoría de las veces la condición es la de ellos, porque uno no puede llegar a decir, mire yo tengo que salir a la semana tantas veces, yo tengo que ir a mi pueblo a darle vuelta a mi hijo tantas veces, porque a ellos no les gusta. Ahí las condiciones las ponen ellos desde que uno entra - “A mí me gusta esto, a mí no me gusta esto, le pago esto, pero uno nunca puede decir en qué condiciones está uno”. Si uno ve que le conviene lo agarró y muchas veces, aunque no le convenga a uno, uno lo hace por la necesidad, *así son las cosas*.

También me parece una desconsideración que te digan que tienes que salir mensual, *que muchos se valieron de la ocasión con la cuestión de la pandemia*, se valían de eso para no dejar salir a uno, se valían porque te

digo que ellos sí salen, entonces, la empleada doméstica no podía salir porque hay que cuidarnos de la pandemia. “Tenemos que cuidarnos” y ellos diario salen *pa* sus trabajos, y uno tenía que estar esclavo con la pandemia. O sea, según ellos la empleada doméstica si salía era la que iba a llevar la pandemia a la casa, ellos no, entonces esa también me parece una desconsideración.

Nos toca duro a veces a nosotras las empleadas domésticas, nos toca fuertecito...

Lo que pasa es que somos conscientes de que no tenemos otras formas de ganarnos la *platica*, y ellos se aprovechan.

Pero fuerte, fuerte, fuerte, a veces deja uno de compartir con sus hijos y su familia, toca duro, porque decirte que me voy a trasladar a vivir a Valledupar es echar una mentira, porque un trabajo de estos no te da para tu vivir en una ciudad con dos hijos, porque nada más el sueldo te da para pagar el arriendo... De ahí no te da *pa* transporte, ni comida, no te da *pa* lo que necesiten en el estudio. A mí me da dolor, por ejemplo, mi hijo pequeño cada rato me echa en cara, lo que él quiere desde hace tiempo. Él me dice “Mami yo quiero que me inscribas en una escuelita de futbol” - porque a él le gusta el futbol, pero yo no me atrevo, no me he podido atrever hacerle las vueltas porque a veces digo, pero ¿cómo? si apurado nos alcanza lo que

me gano. Y si yo lo inscribo en una escuela de futbol tengo que pensar en el transporte, uniforme, en lo que tengo que cancelar en el día.

No me atrevo hacerlo, incluso el domingo pasado me echó en cara, me dijo, "Mami como yo no llegue hacer futbolista te voy a echar las culpas a ti" Yo con disimulo le dije: "Hijo, a veces las cosas del destino, las cosas le llegan a uno por la bendición de Dios, porque tú sabes que yo no tengo cómo, a mí no me alcanza" Pero entonces los niños no ven eso, los niños creen que es que uno no se preocupa porque ellos sí salgan adelante, ellos no piensan y no comprenden que es que el presupuesto a uno no le da. ¡Huy! sentí como una impotencia, y el mayor también se me puso resentido cuando no le salía el cupo en el Sena, también se me resintió, porque me dijo que por el lao mío como que no podía seguir estudiando, porque... es que no da, no puedo, no doy.

Casi veinte años y siempre en lo mismo, porque mira ve, hay momento en los que si te pagan mensual tiene que esperar, y de ese mes tiene que dividirlo para tanto, tantas cosas. Si te pagan quincenal, entonces yo por lo menos como madre cabeza de hogar tengo que pensar pagar servicios, que si el hijo no tiene un interior, que si yo estoy sin desodorante, que si el hijo no tiene desodorante, que si el hijo tiene chancletas, ahora *pa/* colegio que un lapicero, que si el hijo necesitó un bolso y un uniforme ya *namá* me dio *pa* eso.

Mi mamá me ayuda muchísimo, porque hay momentos en los que la plata no alcanza ni *pa* hacer las compras, pero yo cuento que de donde come mi mamá comen ellos. Aunque yo a veces no tengo como darle, comen ellos, esa es la ayuda que de pronto te puedo decir que tengo. Yo como empleada doméstica en el momento que la quincena no me da ni *pa* la *comía*, los dejo aquí donde su abuela y de lo poquito que ella come me les da a mis hijos. Porque cuando necesito *pa* otras cosas no me alcanza ni *pa* *comía*, y si compro la comida no me alcanza *pa* otras cosas. Entonces eso es algo que, es un sueldo que uno tiene que vivir todo el tiempo como remendando, añadiendo de esto, un *poquito pa* esto o *pa* *aquello*”



Imagen No. 4. Martínez, Rosa. (2021, marzo 21) *Terminando de conversar, comenzando a lavar*. Corregimiento de Guacochito, Valledupar, Cesar. [Archivo personal]

Durante la conversación dio a conocer que contar con una pensión para cuando ya no pueda trabajar lo ve como un imposible. Y cuando se le pregunta sobre qué piensa sobre hacer su casa, lo considera un sueño difícil o complicado de lograr por la situación económica que nos ha explicado anteriormente en su condición de mujer, madre soltera que se desempeña como empleada del servicio doméstico en Valledupar.

Nos habíamos citado en la casa de su mamá porque estaba terminando de limpiar y organizar el lugar donde vive alquilada. La esperé por un par de horas, pero valió la pena porque la señora Noelsy tenía muchas cosas por contar. Nos quedamos cortas de tiempo, ya que era lunes festivo, tenía mucha ropa sucia y le tocaba lavar a mano, el tiempo para ello estaba corriendo y debía poner en marcha la lavadora. Así se refería a sus manos y a su cuerpo que dejarían limpia la ropa, no había más oportunidad para llevar a cabo esa tarea porque al día siguiente tendría que viajar a las 4 de la mañana a su trabajo en la ciudad de Valledupar que está ubicada a media hora de su pueblo.

En el imaginario social de este país las empleadas domésticas son percibidas como la representación de lo que hacen o mejor dicho de lo que limpian, de lo sucio, del oprobio. De allí la discriminación que le hacen a esta labor y a las mujeres quienes recurren a este tipo de trabajos para sobrevivir más por obligación, por necesidad, que por decisión. Y no es que les dé vergüenza trabajar en esto, generalmente se sienten orgullosas de lograr sacar a sus hijos o sus objetivos adelante, lo que sí repudian es el trato que le dan en la mayoría de los casos sus empleadores.

Ahora estamos hablando de seres humanos que cuando trabajan de internas, por ejemplo, no pueden hablar de sus problemas, no tienen con quién dialogar de sus cosas durante días, se cohiben de ser ellas mismas mientras se encuentran en la casa y delante la presencia de sus empleadores. Las salidas son restringidas a menos que sea su día de descanso, están 24 horas en una casa encerradas y por muy grande que sea la casa, su lugar de descanso “parece la casita del perro” por lo reducidas que son. A eso le sumamos el temor de perder el empleo, el cansancio, las llamadas de atención constantes por lo que se hizo o se dejó de hacer.

Sin duda alguna, el nivel de inseguridades en la personalidad al que se puede llegar trabajando como empleada doméstica crece de tal manera que sin darse cuenta se comienza a perder la conciencia propia de la persona, absorbiendo e interiorizando lo que el entorno le hace creer y sentir. Es decir, que es una bruta, que no hace las cosas bien, que esto está mal hecho, que no sirve para nada, que cualquiera lo hace mejor que ella, que por más que realice actividades y las repita para perfeccionar, nunca es suficiente. La baja autoestima, la sumisión, provocan una vulnerabilidad en las trabajadoras domésticas remuneradas donde la opresión que no es fácilmente perceptible para ellas las lleva a tal punto que llegan a tener un vínculo ciego de aprecio hacia quienes las tratan con desconsideración, como si no fueran personas e incluso se

aprovechan de ellas laboral y económicamente. Tal dicotomía parece absurda, pero tristemente es lo que se encuentra en los relatos de muchas empleadas domésticas.

Estos temas se han tratado de mejorar para las trabajadoras domésticas, pero como bien señalan Luz Gabriela Arango y Pascale Molinier, en el reto de “profesionalizar sin deshumanizar: la frontera con la servidumbre es aún porosa, especialmente en el caso de las trabajadoras domésticas internas, existen otras amenazas como la proletarización y la deshumanización” (2011; 99)

Una experiencia que narra perfectamente ese proceso de deshumanización desde edades tempranas está en la historia de vida de Antonia Rosa Carmona, mi madre, quien aprendió a tener fortaleza tras años de humillación y explotación en silencio:

Toñita, la niña sumisa y calladita⁵

Toñita de alguna forma alimentó la necesidad de abordar este tema de las empleadas domésticas. Desde siempre ha compartido sus vivencias, unas con más detalle que otras, unas más tristes que otras, pero desde su sentir siempre remueve las fibras de quienes la escuchamos. La vida me ha dado la oportunidad de presentárselas por medio de sus propias palabras; les comparto parte de lo que llegó a vivir desde sus inicios como trabajadora de casa de

⁵ El presente relato es el resultado del proceso de investigación cualitativa realizado a través de entrevistas a profundidad. Carmona, Antonia Rosa (2022) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 22 de enero del 2022 en el corregimiento de Guacochito- Valledupar, Cesar.

familia o en ocasiones niñera y a veces ambas:

“Yo soy del Magdalena y llegué a trabajar en esa casa por circunstancias de la vida. Soy huérfana de padre y me tocó venirme para un pueblito de acá del Cesar, mi mamá nos desplazó para buscar a mi hermana que la tenía acá donde una tía y acá nos quedamos. De ahí llegaron buscando “muchachas”; yo ya tenía dieciséis años, cuando me vine de allá tenía nueve. Dada la circunstancia, la situación económica y la pobreza, llegaron buscando niñas para trabajar en el servicio doméstico, me arriesgué y me fui para el Valle.

No había salido a la ciudad, era una niña totalmente inocente, pasaba más vergüenza por mi ignorancia, no había teléfono, no conocía nada de eso y bueno, ahí fui aprendiendo. Y en ese lugar donde llegué a trabajar, aparte de las cosas de lo que tenía que hacer, que sé que me explotaban, me tocaba ser niñera, lavar, planchar todas las noches, pero yo me sentía feliz ahí, porque hay algo que va dentro de mí, que el señor es compositor y llegaba bastante gente, los artistas llegaban ahí y a mí eso me hacía feliz de escuchar las canciones, de escuchar tocar la guitarra. Eso a mí me hacía feliz, me llenaba y yo me sentía contenta ahí a pesar de todo lo demás.

En esa casa atendía al patrón y la patrona y dos niños, había tres niños, pero al otro niño pequeño se lo llevaron porque anteriormente habían tenido dos empleadas, pero me dejaron a mi sola. Una de las cosas que recuerdo con

sentimiento fue que me llevaron a Santa Marta, porque pensaron que si me dejaban ahí iba a buscar otro trabajo porque estaba cansada. Pero fui igual como era acá, nunca salí, nada más me llevaron como dicen, así como un animal, me llevaron en el carro, me pusieron ahí en la casa donde llegamos. Ellos fueron a disfrutar y yo ahí, nunca salí, no conocí el mar, nada.

Trabajé con otra familia en Valledupar, donde un abogado y una profesora más ruin, así también. Ellos no tenían hijos, empecé para dos personas y luego terminé de niñera y de todo lo de la casa y nunca me dieron un par de zapatos, al contrario, yo hacía mis ahorros de la *platica* que me pagaban y yo los guardaba para los viáticos para ir a pasear donde una amiga, de las amiguitas con las que nos encontrábamos en el pueblo, y un día me lo saquearon. Yo tenía una alcancía de la plata que yo reunía y ellas pensaron que era plata de ella, y no era de ella, era plata mía y me la saquearon, no hice nada, me quedé callada, ¡si era tontica! Estaba muy sumisa, yo era una niña.

Antes de eso trabajé en Chiriguaná, iba a cumplir quince años de edad. Me acuerdo que me pusieron a estudiar en el colegio y me tocaba todas las noches estudiar, pero ya iba cansada, cuando regresaba me tocaba planchar y a veces me acostaba planchando hasta las once de la noche, cosa que nada más me habían dicho que era para que ayudara y a mí me tocaba hasta planchar. Por eso no me gustaba ahí, pero, ni *pa qué* decirle a mi mamá, ella solo pasaba era por la plata, tenía que seguir trabajando porque no sé qué

pasaba ahí, uno era muy inocente, muy sometido.

La vez que me pasó algo que no olvidaré nunca fue cuando tenía doce o trece años. Mi padrastro y mi mamá me llevaron para allá para La Guajira, a una Serranía, y nos mandaron a estudiar acá y entonces trabajándole a una hermana del patrón donde ellos estaban. Ese señor era gordo, alto, bueno en esa época yo lo veía que era un gigante, no sé si en verdad en la vida real hoy en día sea así. Uno cuando es niño ve a las personas grandes, ¿no? Y a veces no lo son. Pero, yo lo veía que era grande, alto, gigante, y yo iba pasando así y no sé, él estaba como de mal genio ese día y la vino a pagar fue conmigo y vino y pasó sobre mí y me pisó el dedo grande del pie que me partió fue la uña y yo aguantando ahí, con los ojos llorosos, quería llorar, pero como estaba de mal genio yo no me atreví a reprochar. Calladita hasta que se quitó de ahí del pie, y yo salí corriendo, encontré de tanto pedirle a Dios, una cajita de mentol, no sé, yo considero eso un milagro, cuando yo me eché esa cajita de mentol rogándole a Dios, el dolor automáticamente pasó. Ese día me tocó seguir trabajando como si nada, ni tuve el valor de decirle a la señora nada, me la chupé calladita. En esa casa duré como ocho meses, ahí no me pagaban, era por la comida y por lo que me daban para el colegio: apenas estaba aprendiendo las letras.

Trabajé en tantas casas de familia desde niña que ¡Uuff!, no me acuerdo. Pero si trabajé bastante y en cada casa que iba, si se partía un plato y había más niños me acusaban era a mí. Yo no tenía el valor de defenderme, era una

tontica, había perdido la autoestima, la moral, todo: todo me lo habían robado, no era capaz de defenderme, no tenía voz ni voto, era como el mudo. Así como hacía Jesucristo, que soportaba, soportaba y soportaba los juetazos que le daba la gente, que nada más arrugaba y se quejaba para adentro y nadie sabía lo que sufría Jesucristo. Así me pasaba a mí, calladita, me las chupaba.

La primera vez que yo trabajé era apenas una niña de nueve años, me buscaron de niñera, pero yo era una niña gordita, forjada, entonces era niñera y después terminé barriendo y después terminé cocinando, lavando losa, fregando. Yo la expectativa que tenía... como estaba recién muerto mi papá, yo como que no cabía en el lugar donde iba, porque yo pasaba era triste y llorando, entonces la gente como que se molestaba de verme así, entonces decían: - "¡Ve esa muchacha esta es pálida, mándala, que alguien se la lleve por ahí para que la tenga mejor, para que la asista mejor, le den mejor comida, porque esa *pelada* esta es amarilla, esta es anémica! - Pero era el dolor de mi papá nadie entendía eso, el dolor de la muerte de mi papá.

Recuerdo que papá murió en el mes de mayo, en agosto nos vinimos de allá donde estaba mi mamá con mi papá en el Magdalena hacia el Cesar, donde estaba mi hermana. Entonces de ahí mi mamá me puso a trabajar, no sé cómo ella dio con esas personas. No sé, bien mal que me fue ahí, pero ajá, esa es la ley de la vida. Se molestaban las personas conmigo, digamos así, mi mamá, mi tía, porque yo no me quería quitar el luto y yo nada más tenía dos vestiditos, uno

blanco con lazo rojo y lo tiñeron de morado tirando a negro. Y tenía esos dos vestiditos, solo dos vestiditos, yo pretendía guardarle el luto a mi papá toda la vida, entonces me decían que me quitara la ropa, que me quitara el luto y yo lloraba porque no me quería quitar mi luto. Eso a mí me molestaba, siempre era como lo contrario de lo que querían ellos para mí y yo lo que hacía era llorar. Entonces me iba como rebelando, estallé a mi manera, no sé cómo decirlo, llorar, llorar, y eso les molestaba a ellos, un niño llorando eso molesta, entonces me pusieron a trabajar de niñera y terminé lavando losa, barriendo, todo, en una casa de una persona.

Y eso no es nada; ahí en ese lugar, eso tenía un nombre que no retengo ahora casi, eso era un prostíbulo, porque ahí llegaban mujeres de la vida... era un prostíbulo, pero a mí me ponían a atender peladitos y yo *¡la inocencia!*, yo venía del monte, una niña muy de papá y mamá, una niña bien criada, porque papá me daba todos los gustos y entonces venir a un ambiente donde ya era rechazada como el patito feo, me tocó trabajar ahí” – Y pensar que esos gustos de los que habla mi mamá, eran sencillamente comida que traía el abuelo cuando iba a pescar en la Ciénaga, queso en bolas grandes, chicotes de bocadillo que conseguía con el trueque del pescado en las fincas de la zona. Bueno, eso y cariño. Por eso cuando mi mamá habla de eso los ojos se le ponen brillanticos, como dos luceros:

“Recuerdo yo un profesor que me quería sacar de ahí, regañó a mi

mamá, yo no sabía ni de qué hablaban ni por qué, el niño es muy inocente, el niño no sabe lo que es bueno o malo, no lo sabe. Entonces el profesor regañaba a mi mamá y así fue como mi mamá me sacó de ahí, *pero ella no quería sacarme, si no que el profesor le dijo que me sacaba o la denunciaba*. Pero yo no sé, yo veía que la gente me miraba raro, pero yo inocente.

Otra vez volví a vivir con mi mamá, ¡Ay Dios mío! ¡imagínese!, para yo estudiar era un lío: como no teníamos nada, el profesor se aburrió que sus alumnos no tuvieran ropa decente, ni un lápiz con qué escribir y abandonó la escuelita, se fue. No recuerdo en qué grado del colegio estaba uno, porque no teníamos nada, mi mamá prefirió sacarnos a que siguiéramos en el colegio. Nunca había nada para uno, entonces a trabajar, y el padrastro - *¡vaya trabaje, que no saben es ni mierda, trabajen si ya están grandes, vaya y trabaje!* - Claro él sabe que cuando uno trabajaba la situación se le componía, porque no había pasado un mes cuando ya iban a fin de mes por el sueldito de uno.

Entonces de ahí me pusieron a trabajar donde otra persona, en un hotel, un *cachaco*, recuerdo que era familiar de las mismas personas del prostíbulo ese, la mamá, la abuela de la señora, tenía como un hotel. Las personas, los cachacos, bajaban de los cerros a comer ahí. Bueno ahí sí, para que voy a decir, ahí yo nada más era para lavar toda la losa de la gente y barrer el patio. Ahí nada más eran esas dos cosas las que yo hacía y los mandaditos, ahí si yo era más sentada y aburrida, esperando que bajaran las personas de los cerros a

comer ahí, si no, yo estaba era sentada. Luego la señora se enfermó y vinieron los familiares y se la llevaron, un hijo de ella, no sé, porque necesitaba en un tratamiento y ya era una señora avanzada de edad; pero ella me quería mucho, decía que yo era muy obediente, era una niña muy sana, muy inocente, muy colaboradora.

Después, en el siguiente trabajo, la persona era de ahí del pueblito, el señor tenía tres niños varones, entonces que yo iba era de niñera, ¿niñera?, ¡*ombe cómo no!*, la mujer era venezolana, dicen que las venezolanas son flojas y me tocaba lavarle hasta las pantaletas a ella, siendo una niña, yo dejaba toda esa vaina mal lavada, pero la lavaba. La muchacha que era esposa del señor era jovencita, yo creo que ella tenía como veinticuatro años; la señora era un alma de Dios, era una *peladita*, era una niña también de 24 años, ni sal ni agua, lo único que yo lavaba las pantaletas de ella y ya, tenía que conformarse como yo lavara, porque yo creo que ella tampoco sabía cómo lavar y el señor era el que lavaba la ropa de ella y ella nada más se dedicaba atender al niño, porque yo nada más me dedicaba era a atender los niños grandes. Y cocinaba ella y cocinaba yo, así me decía - ¡voltéeme ese arroz! ¡píqueme esa cebolla! - Así le colaboraba, ahí más o menos, ella nunca me regañó, no, para qué, porque si no eran los *peladitos*, ese poco de *pelados* no me dejaban descansar, si no era el uno era el otro.

Ni hablemos del pago, porque se suponía que me darían las cosas, y

entonces de ahí yo iba a cumplir años, no tenía zapatos, no tenía nada, me ponía era las cosas viejas de la señora, las cosas desgastadas, por lo menos las *cholas* que le decían, ya cuando a ella no le servían me las daba a mí y yo me las ponía, los zapatos grandes así, pero ajá no tenía. Si no estoy mal yo creo que hasta la ropa de ella que no le quedaba o que ya estaba vieja, que no le gustaba, ella me la iba dando y me la acotejaba, si era de cocerle arriba para que no se me viera el pecho, ella lo cocía. Entonces ellos estaban pasando trabajo allá en el pueblito, no había más nada que hacer, entonces tomaron la decisión de salir a un pueblo más grande llamado Rincón Hondo. Ya bajados allí también tenía que hacerle caso a la una señora que no podía ver, mientras tanto la muchacha a la que le trabajaba estaba pensando en irse para Venezuela porque ella era de Maracaibo.

Recuerdo que, en esa casa, en ese pueblito donde llegamos, aquí mismo en el Cesar, Rincón Hondo, la señora cieguita me decía - ¿Cómo eres tú Toña? ¿Cómo eres? – Yo no sabía ni qué es blanca, ni qué es morena, ni qué es *cachaca*, ni nada, y me decía - ¡Acércate! - y ella me palpaba la nariz, los ojos, las cejas, el pelo y me tocaba así los brazos y me decía - ¡Se te ve que eres linda, eres linda! – Así me decía la señora, era muy cariñosita, un alma de Dios, fue la parte en donde nos bajamos ahí en Rincón Hondo y yo retengo.

Eso a mí no se me olvida, eso yo lo tengo plasmado en mi corazón y en mi mente, lo que más me duele a mí que la señora me dijo - ¿Toña qué quieres?

– Eso era lejos, en Rincón Hondo nunca había agua potable, no sé ahora, - Toña, ¿tú qué quieres? ¿Qué yo te regale mi cariño o que te regale plata? – Y yo inocente y necesitada, yo quería era cariño, como yo vivía era anhelando el cariño de verdad, entonces yo dije “¡Cariño!”– “¡Bueno entonces ve a buscarme tres ollas de agua! - lejos en la cabeza fui a buscar esas ollas de agua para que ella se bañara y en verdad no me dio nada, me dio fue el cariño dice ella. Tan tontica yo, si el cariño yo ya me lo había ganado, porque nadie puede obligar a nadie que lo quiera, pero la inocencia de uno, ¡tres ollas de agua en la cabeza! Y yo cansada y me dolía la nunca trayendo sus baldes de agua, para que esa mujer bien gorda, bien samba, se bañara, pero más desconsiderada era ella de valerse de la ocasión de la inocencia de los niños.

Ahí fue cuando vi a mi mamá, ahí sí se pellizcó, que me vino a buscar porque se había enterado que me iban a llevar para Maracaibo y me decían - ¡¿usted se va con nosotros?! – Y yo estaba tan decepcionada, ya me empezaba a sentir sola, sin familia, la única familia que tenía era mi papá y la había perdido, ya me sentía así, como el patito feo, me sentía excluida de la familia, entonces yo les dije que sí, en el fondo del corazón no quería, porque sabía que no me daban nada acá en Colombia, mucho menos allá en Venezuela.

Entonces llegó mi mamá, y le peleó a esa gente, llegó fue a pedirles plata, pero ellos no le dieron plata, y mi mamá les dijo que los iba a demandar ¡Ahí fue el arroz con mango!, porque le dijeron que, si ella los demandaba, ellos

la demandaban a ella también por abandono de la niña, porque la niña es huérfana, que no le daba estudio, entonces quedó así y llegaron a la conclusión... Me acuerdo yo, que le dieron a mi mamá un corte verde de cuadrito, creo que era Lacoste, un corte azulito, un vestido de tela de seda, que era la más buena y una rosada, cuatro cortes, de esos cortes nada más me dieron dos, me mandaron hacer dos, porque el uno lo cogió el padrastro mío para motilar que era el mejor, que era el más fuerte y el otro se lo enganchó mi hermana. Apenas yo con dos vestiditos, nunca tenía que ponerme, ¿zapatos?, tampoco tenía zapatos. Cuando yo dije ¡No, esa tela es mía, esa ropa es mía! Enseguida me regañaron, que era egoísta, que era mala hija, desconsiderada, y me tocó chupármela, me dieron los dos vestidos, yo creo que no eran ni de Lacoste, eran de esa tela que se acaba rápido, porque enseguida se me rompió mientras que la tela del padrastro mío duró como veinte años. ¡Veinte años duró esa tela me acuerdo yo!: cada vez que la miraba yo me acordaba que pudo ser un vestido mío.

Son experiencias de la vida, me sentía explotada por parte de mi familia y me sentía explotada de parte de los patrones, pero bueno, nunca es tarde. Crecí y me volví vieja ¡ojo a eso! Esa niña, dócil, noble, tontica, ignorante, digámosle que de pronto bruta, ¡Ja! ¡Ay Dios mío! ¡Se volvió una arpía!, se volvió a una persona a lo contrario de lo que era, la vida lo vuelve a uno así.

La misma vida, la universidad de la vida, es la mejor universidad, yo no

me dejo fregar de nadie, ¿que alguien quiera que me quede debiendo un peso? Va a ver lo que hace, ¿que alguien cree que se va a burlar de mí? ¡No lo permito! De una vez saco las garras y entonces me dicen que - ¡Esa mujer mala, mala! - Yo no soy pendeja”

Antonia Rosa Carmona Olivero, mujer resiliente, golpeada por la vida, explotada desde niña, aun así, la mujer con la que hablé era fuerte, segura de sí misma, se hace respetar de los demás y busca proteger al desvalido, es risueña y entusiasta... es un libro abierto.

La vieja Toña ama componer canciones, escribir historias románticas, anécdotas, o vivencias, se graduó de la primaria a sus cuarenta y pico de años, aunque se le corta la inspiración cuando llega su marido en la moto y sale corriendo para atenderlo. También se le pierde la musa cuando está escribiendo o tarareando una melodía y llegan comprando hielo y estando sus hijos o su marido sentados, ella debe interrumpir para despachar. Muy en el fondo continúa siendo alguien quien sirve a otros por encima de ella misma, pero temiendo a estar sola, sigue sintiéndose dominada por el miedo de no sentirse amada o valorada por las personas que la rodean.

La mayoría de las mujeres que han ingresado a este oficio de “trabajar en casa de familia” lo han hecho desde niñas, en algunos casos por un bocado de comida, o porque en su familia son

vistas como herramientas para recibir ingresos, siendo solo unas niñas la coerción para pensar que es el mejor camino las sumerge en un mundo donde la niñez no se vive; No se juega se trabaja, no se estudia se trabaja, no se sueña se trabaja, perdiendo así su esencia desde niña; es difícil encontrarse así misma en este tipo de situaciones, es lo que los demás dicen que es, olvidando su propia voz. El trabajo infantil femenino dentro del trabajo doméstico está normalizado, disfrazado de caridad y se inicia entre familiares generalmente.

Partiendo de lo anterior, la opresión vivida desde la infancia deja marcas en la vida de las personas afectando la personalidad y la percepción del valor que se tiene como ser humano, instaurándose en ellas a través de la alienación, dejándose ver en el actuar y el pensar de las víctimas, convenciendo a las oprimidas que esa es la única forma de sobrevivir y de ser tratadas.

Ser oprimida es una condición donde buscar liberarse a sí mismas o a otros, requiere crear conciencia y desnaturalizar las diferentes formas de maltrato que atentan contra las personas, en este caso mujeres que son marginadas por serlo, por venir de zonas rurales, de escasos recursos y/o por su condición étnico-racial. Por supuesto que la opresión está acompañada de injusticias, rechazos, y abandonos donde todos “le sacan el cuerpo” a la culpa y pocos se responsabilizan de sus acciones revictimizando a sus víctimas.

Las circunstancias que padecen muchas de las empleadas domésticas están ligadas a la discriminación y a la humillación que ya hacen parte de su condición de oprimidas y que se convierte en parte de su cotidianidad, impregnándose en su imaginario; de esta forma llegan a comprometer su dignidad como seres humanos.

5. El ahora...

Para darle un cierre certero a mi vivencia personal compartida en el transcurso de este trabajo, es crucial entretejer lo vivido con mi postura actual, la cual me hace sentir obligada a realizar nuevos cuestionamientos y reflexiones que tiene una profunda relación con el tema central al que se está haciendo referencia: la complejidad de la experiencia de las empleadas domésticas o trabajadoras del hogar.

Para ello, me identifico con las palabras de la socióloga Luz Gabriela Arango:

“La invisibilidad del trabajo del cuidado está estrechamente ligada a la naturalización de estas actividades como propias de las mujeres, pero más que un discurso de la espontaneidad de las tareas domésticas, estamos hablando de un trabajo que hace muy poco no era siquiera objeto de discurso. La invisibilidad alude al silencio, al no reconocimiento de numerosos trabajos realizados por las mujeres, en primer lugar, el trabajo doméstico no remunerado en los hogares y especialmente el que realizan mujeres en posiciones más vulnerables. El ocultamiento conceptual de toda teoría económica, la sociología del trabajo, y las estadísticas oficiales en torno al trabajo doméstico significa el ocultamiento y la negación de todo valor social (económico y moral) a las horas de trabajo, el desgaste físico y mental, a las oportunidades perdidas para la educación y la promoción personal de numerosas mujeres”. (Arango y Molinier, 2011: 96)

Las vueltas que da la vida ¿verdad?

En estos momentos ya soy madre a los 28 años de edad, terminando la carrera de sociología, sin empleo y compartiendo mi vida con una persona asalariada con un mínimo actualmente en Colombia. Es de suma importancia las cualidades que acabo de mencionar, ya que me ha puesto en una posición que antes cuestionaba, es decir, los empleadores que explotaban laboralmente a sus trabajadoras del servicio doméstico y con sueldos precarios e indignos. Ahora estoy viviendo en carne propia, pero del lado opuesto; hago referencia a que estoy necesitando a gritos una persona que haga por mí lo que yo hice por otros, es decir, que pueda atender a mi hija y hacerse cargo de los quehaceres de la casa.

No obstante, mi situación económica no me permite acceder a ese beneficio: como mujer me siento frustrada porque el tiempo que me consume el ser madre y las labores de la casa, impiden lograr avanzar con mis actividades de estudiante o en su momento desarrollarme profesional y laboralmente. Y para los que se están preguntando el por qué no cuento con mi pareja para estas actividades, la razón son las diez horas laborales diarias que él cumple y además estudia al igual que yo.

Volviendo a lo que nos concierne ¿cómo puedo pasar de exigir dignificar social y salarialmente el trabajo de las empleadas domésticas y al mismo tiempo esperar a que una persona ponga a mí servicio su trabajo con el precario pago del cual puedo disponer? Es que estaría incurriendo en una doble moral; por un lado, defendiendo los derechos de las empleadas del servicio doméstico a “boca llena” y

al mismo tiempo abusando de los derechos de la persona que trabaje para mí bajo las circunstancias mencionadas inicialmente. Pasaría de oprimida a opresora.

No miento al decir que me encuentro entre la espada y la pared; deseo avanzar como mujer profesional pero no sé si tenga sentido hacerlo aprovechándome de las necesidades económicas de otra mujer.

Como se han dado cuenta el problema no sólo es el aspecto económico: lo que choca con mi realidad es el nivel de conciencia que tengo en estos momentos, brindada por la experiencia personal, para ponerme en los “zapatos” de otras mujeres. Me cuesta imaginar a alguien cuidando a mi hija mientras los suyos están solos o siendo medianamente atendidos por alguna vecina o familiar. También me es difícil aceptar la idea de mi pareja quien me propone que la persona que “nos venga ayudar” trabaje más de 12 horas diarias por 200 mil pesos. No es de sorprenderse; esa era la idea inicial de mi pareja cuando le expuse la necesidad de contar o disponer de una persona para realizar ciertas tareas de la casa.

Así como piensa él, lo han venido haciendo la mayoría de las personas en el mundo, en este país y especialmente en esta ciudad de Valledupar que consideran la palabra *explotación laboral* como una exageración cuando les conviene, porque en el caso de las empleadas domésticas los empleadores consideran que les están haciendo un favor al contratarlas y ellas deberían ser agradecidas atendiéndoles incondicionalmente, incluso por encima de ellas mismas.

Desde otro plano realizaré una crítica a la asignación estructural de la mujer al cuidado y al quehacer de una casa o familia. Esta actividad es realmente esclavizante en todo el sentido de la palabra, porque en esto no existe hora de descanso, se es la primera en levantarse y la última en acostarse, las actividades son repetitivas, aunque muchas mujeres lo consideran *gratificante* al final, no sé por qué, ya que generalmente ni las gracias dan por llevarse a la boca las tres comidas bien preparadas y acostarse en una cama limpia y arreglada.

Creo que es una “satisfacción” relacionada con el consuelo de ver a los demás disfrutar mientras a una le toca seguir atendiendo en medio del cansancio propio a otros que tienen las capacidades para atenderse a sí mismos, además, esa idea de que si no me atiendes es porque no me quieres es una farsa para manipular a las mujeres. Cabe aclarar que cuando hablamos de la palabra atender o servir en el caso de nosotras las amas de casa, también implica estar dispuestas a escuchar lo que necesitan expresar la pareja y los hijos, pero el quiebre y el menosprecio se siente cuando damos nuestra opinión o punto de vista y somos interrumpidas o ignoradas ¿acaso no interesa nuestra respuesta? No tiene valor lo que piensa la que ha estado todo el día en la casa preparándola para que los suyos la encuentren confortable todo el tiempo posible.

Si bien dicen algunas teorías que la familia es una empresa, lo que no dicen es que en este tipo de empresa económicamente hablando la que realiza todas las

labores esenciales es la mujer: labores de coordinación (para que esposo e hijos salgan puntuales de la casa y se dirijan a sus espacios de socialización), organización (limpieza, ropa limpia, comidas preparadas, etc.) además, supervisión del cumplimiento de los objetivos (administrar el dinero del mes para hacerlo rendir, estar pendiente que los hijos realicen sus tareas). Y, a pesar de ser la mujer quien le da el equilibrio a esta empresa, no recibe nada a cambio. Como si fuera poco, al pasar el tiempo se va desvalorizando el trabajo que realiza el ama de casa al naturalizarlo como su obligación, llevando a una a creer que es lo mejor y que nacimos para atender. Puede sonar retrógrada esta perspectiva que estoy exponiendo, pero al irnos a nuestras realidades le encontramos sentido, pues esta manera de pensar y actuar sigue vigente en nuestras familias.

La relación entre ser ama de casa y empleada doméstica es una sola, pues somos *mujeres* subyugadas por el patriarcado, Sistema que ha inferiorizado nuestras acciones y pensamientos, utilizando a su conveniencia nuestra sumisión para cargar en nuestros hombros el funcionamiento del sistema social, mientras ellos tienen el control atribuyéndose este mérito.

Las reflexiones anteriormente citadas coinciden con lo planteado por Silvia Federici respecto a la relación entre capitalismo y patriarcado: “Como se ha visto en esta breve historia de las mujeres y la acumulación originaria, la construcción de un nuevo orden patriarcal, que hacía que las mujeres fueran sirvientas de la fuerza de trabajo masculina, fue de fundamental importancia para el desarrollo del capitalismo” (2011: 196). Aunque este ha perjudicado a las

mujeres en todos los sentidos, contemplando el entronque entre el patriarcado y el capitalismo nada realmente positivo se podría esperar para las mujeres.

En vez de unirnos lo que ha generado esos dos sistemas es afianzar las brechas en materia de derechos y oportunidades entre las personas, es decir: “La diferencia de poder entre mujeres y hombres y el ocultamiento del trabajo no pagado de las mujeres tras la pantalla de la inferioridad natural, ha permitido al capitalismo ampliar inmensamente “la parte no pagada del día de trabajo”, y usar el salario (masculino) para acumular trabajo femenino” (Federici, 2011: 197)

Del trabajo no pagado del que se hace referencia en la acumulación originaria es el quehacer diario y monótono de una ama de casa, la atención y el cuidado integral de los que la habitan generando un desgaste físico y emocional que no es monetizado por ser realizado por una mujer, lo que obliga a una dependencia económica y un trabajo no reconocido socialmente.

En caso de que esa mujer -esposa- delegue esa responsabilidad que le fue dada como designación natural será en su defecto otra mujer-madre- hija o trabajadora del hogar mal pagada quien realice dicha labor. Por ello, Silvia Federici afirma que: “poner la reproducción de la fuerza de trabajo en el centro de la producción capitalista desentierra un mundo de relaciones sociales que estaba oculto en Marx, pero es esencial para exponer los mecanismos que regulan la explotación de la mano de obra” (2018: 91)

Las implicaciones de este proceso devastador para la libertad e independencia de la población femenina evidencia que “una de las condiciones para el desarrollo capitalista fue el proceso que Michel Foucault definió como “disciplinamiento del cuerpo”, que desde mi punto de

vista consistió en un intento por parte del Estado y de la Iglesia en transformar las potencias del individuo en fuerza de trabajo” (Federici, 2011: 201)

A partir del adoctrinamiento por parte de estas instituciones se configuró un complejo sistema opresivo para tener a las personas, especialmente a las mujeres, bajo control del patriarcado, reprimiéndolas en las labores domésticas y la sumisión. Por último, reconocer que las labores domésticas son un trabajo mediante el que se produce la fuerza de trabajo nos ayuda a entender las identidades de género como funciones laborales y las relaciones de género como relaciones de producción: siendo “una maniobra que libera a las mujeres de la culpa que hemos sentido cuando hemos querido rechazar el trabajo doméstico y que amplifica la importancia del principio feminista «lo personal es político»” (Federici, 2018: 92).

6. Reflexiones

Cuando lograba conversar con las distintas mujeres autoras de las vivencias compartidas en este estudio, e incluso con otras con las que sostuve diálogos casuales, pude reconocer en sus experiencias y en las mías como trabajadoras del hogar la forma en que expresaban la impotencia de sentirse maltratadas de maneras diferentes y aceptar dicho maltrato aun siendo conscientes de que no lo merecíamos, pero el miedo y la necesidad nos obligaba a bajar la cabeza. Esa complejidad es justamente el centro de los imaginarios sociales sobre la opresión de las mujeres empleadas domésticas que motivó esta tesis.

Cuando el pasado vuelve a uno.

[27/11/2021 8:04 p. m.] Esta mañana fui a un sitio llamado “Punto Rojo” en Valledupar para tomar un transporte que me llevara a un pueblito donde tenía planeado ir. Durante la espera de mi compañera de viaje pude contemplar parte de mi pasado frente a mis ojos “¡Qué raro! Esa señora me parece conocida” - pensé cuando detallé a lo lejos su rostro. Ya no tenía duda, es ella gritaba mi mente, la observé minuciosamente sin que ella se percatara de mi presencia. Cuando finalmente se marchó, pude volver a respirar, pensé cómo el pasado vuelve a mí una y otra vez. No es que me parezca algo malo, pero sí logro reflexionar sobre él cada vez que aparece. La persona que bajó de ese auto rojo era una mujer que en un tiempo atrás, no más de diez años, fue mi empleadora; en mis recuerdos la veía alta, fuerte, e imponente y su auto rojo me parecía hermoso elegante. Hoy que volví a verla con ojos del presente no coincide con mis recuerdos.

Su presencia me recordó el sudor que salía de mi frente y caía en el piso de su casa mientras lo restregaba con fuerza, volvió a mi cabeza esa imagen de mí misma tratando de servirle y de complacerla para agradarle, para ser correspondida con cariño. Muchas veces sentía que, si daba más de mí, si dejaba las cosas lo más impecable posible ella me llegaría a querer. Suena loco, pero

cuando se está lejos de la familia los sentimientos hacen esas cosas con una.

De regreso de aquel pueblito no recordaba en absoluto lo de esta mañana, tenía mucha ilusión de ver al profe, el mexicano un personaje que apreció mucho y tenía varios meses sin verlo, mi mente estaba en eso. Mi compañera iba guiando al taxista para llegar donde se encontraba el profe, me generó asombro la dirección que ella le dio al taxista. La sensación era de pánico no quería volver allí, cruzando los dedos mientras mis ojos buscaban la casa donde viví, casa que mi mente recorre cada vez que escribo sobre mi tesis, pero no siento ese escalofrío que tenía cuando el taxi en el que estaba pasó justo al frente, estacionándose diagonal.

Al llegar a nuestro destino, traté de actuar lo más natural posible, no niego que el tapabocas me ayudaba. Al entrar a la casa donde se encontraba el profe, a primera vista solo vi en la sala, reguero, un desorden como cuando están de trasteo, remedé lo que hacía mi acompañante y continué hacia el comedor saludamos y luego pasé a la cocina. Estando allí mi atención se concentró en un cuadro de una bella mujer, de cabello crespo, en un tono opaco. La Rosa curiosa tenía muchos interrogantes sobre el cuadro, pero... de la nada llegó esa vaina rara en el cuerpo, algo me decía que yo ya había estado en esa casa. Realicé un reconocimiento físico de la cocina donde estaba parada, miré al frente y ahí estaba... el cuartico de Anyisita, el que fuera mi cuarto. Mi compañera al ver mi atención hacia esa dirección me invitó a pasar, mientras lo detallamos juntas ella

me contaba que su madre que trabajó un tiempo en casa de familia dormía en un cuarto un poquito más grande que ese. Paralelo a lo que ella decía, pensaba: “Si mi amiguita supiera que este es el cuartico que yo he descrito varias veces en mis escritos... pero no, mejor no me pongo a hablar de eso porque terminaría rompiendo en llanto y no es el momento”.



Imagen No. 5. Martínez, Rosa. (2021, Noviembre 27). Es mucho más grande el baño de la patrona que el cuartito donde duerme la trabajadora del hogar. Conjunto Cerrado las Orquídeas, Valledupar, Cesar. [Archivo personal]

¿Por qué lloro cada vez que pienso o hablo sobre el tema?

Realmente me ha costado mucho realizar esta investigación y más porque cada que me leo o leo a mi madre, Toñita, me quiebro, rompo en llanto siento que

no voy a poder exteriorizar nuestras emociones e impotencias experimentadas viviendo como empleadas del hogar. Siempre hemos tratado de minimizar el dolor que vivimos diciéndonos a nosotras mismas, “ni que nos hubiesen torturado”, como para estar llorando por algo que ya pasó, *así es la vida y ni modo*. Pero ¿cómo podemos evitar llorar? Si durante muchos años reprimimos nuestras emociones, que al tocar un punto tan sensible y acumuladas de cosas que no se saben expresar solo sentimos que se puede hacer catarsis, desahogándonos, hablando y a través del llanto.

Para terminar sobra decir que este trabajo contiene un poquito de cada una de las más de cuarenta mujeres trabajadoras del hogar con las que he logrado interactuar y aun que no todas están mencionadas en este texto hacen parte del tanto como yo.

Reflexiones con respecto a los objetivos.

Adentrarse a conocer los imaginarios sociales de opresión que tienen las empleadas domésticas sobre su propia labor y en relación con sus empleadores, fue un asunto que implicó determinación y disposición a toda forma de escucha alejada de los prejuicios y las prenociones que abundan en el sentido común y que suelen contaminar-nos incluso a los investigadores.

Haberse propuesto como meta conocer esos imaginarios, implicó un esfuerzo constante por evitar caer en la extracción academicista que tiende a cosificar las experiencias vivas de las personas involucradas en el proceso de investigación, queriendo solamente usar sus testimonios como un medio para demostrar teorías y supuestos científicos y evadiendo la toma de decisiones que exigen los debates éticos frente a la acción investigativa con sentido social y sociológico. Parte de esas decisiones se identifican en la expresión de los resultados de esta tesis, donde se ubica con prioridad, voz y nombre propio cada relato, palabra y experiencia aquí señalada.

Estas voces pertenecen a mujeres consideradas como sujetas de la acción y de la experiencia; mujeres que ayudaron a comprender que las realidades cotidianas y laborales de las empleadas domésticas en la ciudad de Valledupar, no se pueden homogeneizar, pues cada una posee rasgos distintivos, son diversas entre sí. Describir las realidades de cada una de las mujeres participantes de este trabajo, permitió también reconocer un poco de sus entornos, sus historias familiares, sus motivaciones y necesidades, sueños y miedos relacionados con la obligación de “trabajar” y de hacerlo en una “casa de familia” para asegurar un ingreso económico que mínimamente ayudase a solventarse a sí mismas y a sus familias.

Todos estos elementos fueron configurando un concepto propiamente asociado al imaginario que ellas tienen sobre el empleo doméstico a partir de sus propias voces y trayectorias como empleadas. Esta investigación deja ver que las realidades que experimentan las empleadas domésticas en la ciudad de Valledupar están atravesadas por *patrones de poder* asociados al servicio y al cuidado de otro(s); estos imaginarios tejen narrativas emotivas y racionales en la que las *relaciones de jerarquía* entre empleadores y empleadas son protagonistas.

Estos imaginarios conducen al análisis de micro poderes ejercidos por los empleadores, los cuales condicionan e impiden el completo bienestar de las mujeres empleadas durante el desarrollo de sus actividades en sus espacios laborales e incluso fuera de ellos: precariedad en el pago de sus salarios, excesos no remunerados en sus cargas horarias de trabajo, uso de lenguaje agresivo y psicológicamente no adecuado, presión y acoso laboral, prohibición del uso de la palabra en espacios familiares del empleador, aseveración de estigmatizaciones y violencias sexistas, racistas y clasistas, y en general, la creencia de que las empleadas domésticas pueden convertirse en propiedad de los empleadores, justificándose en un sistema que a cambio de la explotación del trabajo y el trato inhumano a los trabajadores, ubica el salario como un medio justificatorio:

Esto significa que el salario no solo es un campo de confrontación entre la fuerza de trabajo y el capital —el campo en el que la clase obrera negocia la cantidad y disposición del trabajo socialmente necesario— sino que también es un instrumento de creación de relaciones de poder desiguales y jerarquías de trabajadores. (Silvia Federici; 2018; pág 92)

7. Conclusiones

Las mujeres empleadas domésticas tienen como imaginarios, muchas situaciones en sus vidas que atentan contra su dignidad como persona y como ser humano, Es un imaginario que está cargado de una dicotomía que se debate entre lo que debería ser desempeñarse como empleada doméstica y lo que realmente implica serlo dentro de la comunidad vallenata que se puede dar el lujo de saciar esa necesidad de disponer de alguien a quien “se le paga lo justo” para que realice las labores del hogar.

Los imaginarios de opresión más visibles encontrados en el desarrollo de esta investigación sobre las empleadas domésticas son; el desarraigo cultural, la prohibición de la palabra en el lugar donde se desempeñan, el abandono a sus familias, la alienación laboral, la pérdida de la autonomía sobre su tiempo, el no reconocimiento y agradecimiento a su trabajo.

Se concluye que las mujeres que se desempeñan en el trabajo doméstico remunerado en Valledupar son víctimas de afectaciones a la integridad humana (situaciones de maltrato, acoso laboral e inequidad salarial). No obstante, son conscientes que en las condiciones económicas en

las que se encuentran, el empleo doméstico representa una de las pocas salidas para sobrevivir y sostenerse medianamente a ellas y sus familias.

Y a pesar que a nivel nacional e internacional se está trabajando en normas laborales para mejorar la calidad de vida de los miles de mujeres que trabajan como empleadas domésticas, en ciudades como Valledupar existe un enorme vacío para proteger los derechos y defender esta población femenina que realiza trabajo doméstico remunerado.

Ya dicho esto asumo como respondida la pregunta que encaminó esta investigación (¿Cuáles son los imaginarios sociales de opresión contruidos por las empleadas domésticas en relación con sus empleadores en la ciudad de Valledupar?) y que lleva a redescubrir el velo de muchas realidades mediante las ciencias sociales en este caso la sociología.

Las entidades que existen en la ciudad de Valledupar no son eficientes en la atención y tratamiento a las necesidades y requerimientos de las empleadas domésticas de dicha ciudad.

A modo de sugerencia más que gustarme la idea, muy en el fondo considero que es una urgencia que las empleadas del hogar cuenten con apoyos simultáneos de entidades públicas, donde puedan obtener ayuda o acompañamiento social, psicológico, legal y que tenga un lugar al cual recurrir cuando necesiten un amparo a media noche o en situaciones de daño a su integridad física.

El principal aporte de esta investigación a la comunidad científica recae en el hecho que a partir de este riguroso estudio científico social se da la apertura para generar interés en la serie de fenómenos, hechos sociales, que caracteriza a una población (mujeres) especialmente en la ciudad de Valledupar que necesita estar en el lente de las ciencias humanas, ya que durante esta investigación y a pesar de una exhaustiva búsqueda se encontraron pocos estudios realizados

sobre las mujeres empleadas domésticas en el departamento del cesar. Contemplando así un campo poco explorado y estudiado para los científicos sociales de la región.

8. Recomendaciones

Esta clase de recomendaciones son especialmente de orden metodológico en términos cualitativos porque dan idea de cómo se podría abordar o estudiar este tipo de fenómenos o hechos sociales.

- Propiciar o ejercer la cercanía en espacios propios de las entrevistadas que genere una confianza para compartir una conversación sincera y profunda.
- Se recomienda el uso de herramientas metodológicas sensibles y flexibles. (ser empáticos como investigadores y estar preparados para los posibles escenarios al momento de implementar las técnicas metodológicas de investigación; como entrevistas estructuradas, sugerencia de diarios personales para los sujetos de estudio).
- La flexibilidad en el proceso investigativo con respecto a la ejecución del cronograma y al manejo metodológico considerando que la realidad social no es estática.

Epílogo: Carta de un amigo a la autora de esta tesis

Un día cualquiera compartí tiempo con un amigo, durante la conversación expresé mi interés por la importancia de las empleadas domésticas y su situación laboral, muy poco de lo

económico y más de lo que se siente y significa serlo o haber sido. Hablamos de lo personal que es este tema para mí y de cómo las mujeres estamos intrínsecamente vinculadas a esta labor.

**Sobre las empleadas domésticas: un comentario lejano sobre
una idea expuesta por Rosa Angel-ical**

15 de noviembre del 2021

Hago claridad, perdónenme profundamente por no tener las referencias conceptuales para usar correctamente los términos: empleada de servicio, empleada doméstica, trabajadora del hogar, etc. Igual hay que recordar que estamos en un sistema patriarcal, hecho a imagen y semejanza del hombre, que dota a la mujer de todo tipo de opresiones. Pretendo estar lejos de romantizar las formas de opresión sobre las trabajadoras del hogar, pretendo. Entonces empecemos.

“Cuando uno se pone a lavar chismes hay que ponerse las pilas, porque le cae una pensadera y una filosofadora, que una empieza a irse y a irse, así me he sorprendido varias veces y tengo que sacudirme porque o si no ahí me dan las doce del día” La vieja Marle, mi mamá, al verme guindao sobre las telarañas del pensamiento

“Pila hijo que es pa’ hoy”

No es algo nuevo, sino que de tanto guardar memorias físicas y sensibles desde el tacto, el mirar, el oír, el oler, degustar, imaginar, llega un momento en que eclosiona un pensamiento “maduro” que cae del árbol para ser comido, pisoteado, podrido y convertido en raíz y de nuevo en árbol, o tan solo para existir y cumplir el ciclo, la circularidad de la existencia y lo vivencial. Hablaré sobre lo doméstico, sobre la ama de casa, sobre la empleada de servicio, sobre lo que son según lo que he visto y según lo que me han contado, según lo que he investigado, cantado y hallado.

Hace tiempo Rosa me hablaba sobre un trabajo que estaba realizando sobre el Imaginario social de las empleadas de servicio, o algo respecto a eso, ya recuerdo poco, pero me quedó sonando aquel proyecto sobre las empleadas domésticas, tal vez sobre sus experiencias vivenciales, las experiencias de esas mujeres, mujeres. Es preciso hablar sobre esta forma de movilización económica: la del trabajo doméstico. Que es una de las principales estructuras que sostiene un territorio, que sostiene la vida que se organiza en pequeños núcleos llamados familia, pero que sin embargo no se reconoce la importancia de esta labor.

Eugenio Barba -un teórico del teatro- en su libro *La Cano De*

Papel plantea lo siguiente: “existen tres aspectos que cada cultura debe poseer: la producción material a través de técnicas, la producción biológica que permite transmitir la experiencia de generación en generación y la producción de significados - simbólica-. Para una cultura es esencial producir significados. Si no los produce, no es una cultura” Partiendo desde lo anteriormente dicho, uno se da cuenta que el trabajo que las mujeres han venido realizando desde la estructura económica de lo doméstico, tiene mucha relación con una producción técnica y simbólica alrededor de esa forma de trabajo, ¿por qué? ¿No te has puesto a *pensá* tú que una mujer de ascendencia afro no va a lavar la ropa con la misma técnica y de la misma forma con que la lavaría una mujer de ascendencia indígena o campesina? ¿A qué crees que se debe eso? Sin duda a una producción técnica, que no está desligada de sus formas culturales de hacer, de percibir el trabajo doméstico (no sé si esta palabra sea adecuada “doméstico”, pero la seguiré usando hasta encontrar una forma mejor de referirme a estas labores caseras). No lavan, ni planchan igual las Lavanderas del Bolívar, que las Lavanderas de la Guajira, porque sin duda el territorio las ha dotado de un imaginario en sus formas de hacer y pensar que son determinantes, que están ligadas íntimamente a ellas, como la uña al dedo.

Ser trabajadora doméstica entonces requiere de una serie de técnicas y de un arraigo cultural en las formas de hacer, que se siente hasta en el sabor de la comida, y en el meneao del cepillo, en el paso ligero o afianzado que se da sobre el piso, de los ritmos que se sacan mientras se parte la cubeta de hielo o en la filosofía que surge inconsciente al lavar la loza mientras reflexionan sobre las peripecias de la vida. Ahora bien, este trabajo casero ¿es valorado como una de las formas económicas que más movilizan el territorio? ¿Se le da valor a su producción técnica y simbólica? Desde luego que no, históricamente no ha sido así.

Desde lo económico podemos recurrir a las Feministas del Materialismo Francés para tener claridades de las formas de opresión en este aspecto, para eso véase el texto “¿Tiene sexo la sociología? Consideraciones en torno a la categoría género” de la autora Luz Gabriela Arango, que si bien no es una fuente primaria enuncia el pensamiento político de Marian Weber entre otras sobre sus críticas a las perspectivas económicas marxistas, que, no considerando el trabajo doméstico como una forma económica relevante, y lo excluye de sus teorizaciones. También se pueden hallar evidencias sobre las relaciones de opresión Matrimonio-Trabajo doméstico.

Ahora, ¿Las mujeres que trabajan en el hogar bajo la figura

de empleadas, de qué sectores vienen? Todas vienen de los sectores sociales populares, digo todas por ampararme en mi experiencia vivencial, ya que en mi barrio hay muchas, un barrio popular de Valledupar, La Nevada. Entonces hablar sobre el imaginario social de ese sector o alrededor de ese sector no es un tema menor, es un tema que puede agitar las estructuras hegemónicas económicas y culturales y agrietarlas, ¿esto con qué fin? No lo sé, no lo he pensado bien ¿Para qué se autoreconozcan como trabajadoras del hogar? ¿Para “dignificarlas” a ellas -las trabajadoras del Hogar-? ¿Para dignificar sus formas de trabajo? ¿Para reconocer y seguir construyendo sociedad desde sus prácticas que son determinantes para la economía y la cultura de los pueblos? ¿Para romper los vínculos de opresión? ¿Para contribuir a un cambio de paradigma sobre el imaginario social de...? ¿Para seguir contribuyendo a la revolución sensible, a la revolución del Amor con “A” mayúscula?

Que haya una separación entre la producción técnica y simbólica desde lo conceptual, solo es como acto pedagógico para explicarlas, ya que estas en la realidad no están separadas, sino que se cumplen de forma simultánea y una contiene a la otra.

Hablaré ahora de otra referencia que da cuenta cómo las trabajadoras del hogar movilizan, contribuyen al desarrollo económico y cultural en el sistema nación. Ya me referí a la

producción técnica y simbólica y su repercusión en lo económico, me referiré ahora a su repercusión sobre lo cultural. Voy a referirme a Etelvina Maldonado, una lavandera y cantaora de bullerengue, una de las más importantes artistas colombianas de la música tradicional. Etelvina dice cosas como “a mí nadie me echa cuento sobre lavar y planchar, eso sí lo sé hacer Yo, nada más es que me pongan mi tabaco y mi café, que yo ahí me la paso restregando tranquila”. Esta mujer reivindica una filosofía que surge desde la labor del hacer doméstico, una filosofía que en su caso se convierten en canciones. Esta mujer, trabajadora doméstica y una de las aportadoras culturales más grandes de nuestro país, nos regala a través de sus canciones sus experiencias como trabajadora del hogar.

Con toda esta vaina, podemos darnos cuenta que el canto de las lavanderas del río, son una aportación al desarrollo cultural de nuestros territorios, el canto es inherente a ellas, mujeres que han producido símbolos y técnicas no solo desde el trabajo doméstico, sino desde las artes que para ellas no está desligada de lo cotidiano. Pongo aquí el documental de donde saqué las expresiones de Etelvina *pa* que lo pillen y sigan descubriendo: <https://www.youtube.com/watch?v=nHLODuMFlz0&t=132s>

Igualmente hay otras cantaoras como Petrona Martínez. Y así

mismo en Valledupar y el Cesar debe haber referencias de cómo las trabajadoras del hogar contribuyen al desarrollo espiritual, almática, filosófico, sensitivo y artístico de nuestros territorios. En el Cesar también hay lavanderas y Cantaoras. Aportaciones de las mujeres trabajadoras del hogar: Producción de significados, producción técnica, producción de una forma particular de pensamiento-filosófico, aportación económica, artística y cultural, etc.

No sé si esto va en la línea de tu investigación Rosa, pero, así como lo veo, desde estas perspectivas que pongo aquí, me parece una forma muy divertida para transitar sobre las aguas de este río vivencial.

Saludos a Mariantonia

Yolger Alvernia

Inspirar a otros y a otras a reflexionar desde las diferentes áreas del conocimiento o del común es gratificante, poner este tema de las trabajadoras del hogar en la cabeza de las personas y de alguna manera generar interrogantes, incentiva a que cada vez más se piense en algo que está aquí, siempre frente a todos, visible y palpable. Me queda la satisfacción de encender los

sentidos de personas como Carmen, mi mamá, mi amigo Yolger o personas que me han escuchado y han logrado conocer a través de mí, las historias de mujeres que desean ser escuchadas para que las cosas mejoren para todas.

Referencias

Fuentes primarias

Carmona, Antonia Rosa (2022) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 22 de enero del 2022 en Chiriguaná, Cesar.

Guerra, Yalainis (2021) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 12 de septiembre del 2021 en el corregimiento de Guacochito, Valledupar- Cesar.

Pava, Carmen (2021) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 15 de agosto del 2021 en Valledupar- Cesar.

Sierra, Noelsy (2022) Entrevista realizada por Rosa Martínez el 21 de marzo del 2022 en el corregimiento de Guacochito- Valledupar, Cesar.

Fuentes secundarias

Arango, L., & Molinier, P. (2011). El Trabajo y La Ética Del Cuidado. Quito, Ecuador: Fundación Dial Editores. Recuperado en noviembre del 2019

Barrera, D. (2017). Evolución Normativa Del Trabajo Doméstico En Colombia. Ucatolica, 6-15.
Recuperado en junio de 2018.

Calcagni, M. (2011). Trabajadoras de casa particular: conflictos, dependencias y encuentros.
Santiago: Ediciones Uchile. Recuperado en abril del 2020

Castoriadis, C. (1975) L'institution imaginaire de la société. Paris: Éditions du Seuil.

Castoriadis, C. (2008). El imaginario social y la institución: primera aproximación (1964-65), La
alienación y lo imaginario, Ediciones Proyecto Revolucionario.

Cegarra, J. (2012). Fundamentos Teórico Epistemológicos de los Imaginarios Sociales Cinta
Moebio 43: 1-13 www.moebio.uchile.cl/43/cegarra.html

Crespo Ma y Salamanca Castro. (2007). El muestro en la investigación cualitativa. *Nure
Investigación*, 27.

Cutuli, R. & Pérez I. (2011). Trabajo, género y desigualdad. El caso de las empleadas domésticas
en Mar del Plata, 2010-2011. Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires.
Recuperado en junio del 2019

De las Heras Aguilera, S. (2009). Una aproximación a las teorías feministas. *Revista de
Filosofía, Derecho y Política*, Pp 45- 82.

Ernani, M. (s.f.). Pablo Freire. Pedagogía del Oprimido. Disponible en [Microsoft Word - Pablo Freire Pedagogía del Oprimido.doc \(redclade.org\)](#).

Federici, Silvia (2011). Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Buenos Aires: Tinta Limón, Recuperado el 2019

Federici, Silvia (2018). El patriarcado del salario Críticas feministas al marxismo, de la edición Traficantes de Sueños. Recuperado 2021

Franco, M (2017). Discriminación Y Violencia Contra Las Trabajadoras Del Hogar En México: La Urgencia de la Ratificación Del Convenio 189 De La OIT. Editorial Creativa. Recuperado el 2019

Freire, P. (2005). Pedagogía del Oprimido, 2ª ed.-México: Siglo xxi editores S.A. de C.V.

García, D (2016). Cambios en la dinámica sociolaboral de las mujeres afros en Valledupar: El caso del corregimiento de Guanoche. Instituto de Estudios Caribeños Maestría en Estudios del Caribe. Recuperado 2021.

Guevara, G., Verdesoto, A., y Castro, N. (2020). Metodologías de investigación educativa (descriptivas, experimentales, participativas, y de investigación-acción). *Recimundo*, 4 (3), 163-173. 10.26820/recimundo/4. (3). julio.2020.163-173

Gutiérrez, G. (2019). Las representaciones sociales en Moscovici: pensamiento social y conocimiento de sentido común. *Imaginario social y representaciones sociales*. Primera edición.

Hernández, R.; Fernández, C.; Baptista, M (2014.). *Metodología de la investigación* sexta edición.

Lautier, B. (2003). Las empleadas domésticas latinoamericanas y la sociología del trabajo: algunas observaciones acerca del caso brasileño. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(4), 789–814.

Legislación laboral colombiana Decreto 824 de 1988. Art. 1

León, M. (2013) Proyecto de Investigación-acción: trabajo doméstico y servicio doméstico en Colombia. *Revista de Estudios Sociales* No. 45. *Revista Estud.soc.* Bogotá, Pp. 198-211.

Maruani, M. (2000). Margaret Maruani. MAGE. IRESCO. CNRS. París. *Política y Sociedad*, Madrid (pp. 9-17)

Miryam c. (2010). Teoría y práctica de una educación liberadora: el pensamiento pedagógico de paulo. universidad Complutense de Madrid. Secretariado de Publicaciones Universidad de Sevilla Cuestiones Pedagógicas, PP. 195-214.

Pereyra, F. (2017). Trabajadoras domésticas y protección social en Argentina: avances y desafíos pendientes Oficina de País de la OIT para la Argentina. Referencia: 978-92-2-330889-6 (pdf web) Recuperado el 2019

Pereyra, F. (2015). El servicio doméstico y sus derechos en Argentina Un abordaje exploratorio desde la perspectiva de empleadas y empleadoras. Nueva sociedad 256.

Portafolio, (5 de marzo 2019). El 96% de los empleados domésticos en Colombia son mujeres.

Randazzo, f. (2012). Los imaginarios sociales como herramienta/ pp. 77 – 96. consultado en: Dialnet- Imagonautas 2 (2) / 2012 LosImaginariosSocialesComoHerramienta-4781735 (1).pdf. Recuperado el 2019

Reyes, M. (2015). Identidad laboral en el empleo doméstico Proyecto de Memoria para optar al Título de Antropóloga Social. Departamento de antropología Universidad de Chile. Recuperado el 2020.

Sánchez, C. (2011). Dialéctica de lo social. el imaginario del iniciar y el iniciar de lo imaginario. nuevas posibilidades de los imaginarios sociales. coordinadores juan r. coca, Jesús a.

- Valero matas, Francesca Randazzo & Juan Luis Pintos. colección tremn – ceasga. Recuperado el 2021.
- Schutz, Alfred (1972 [1932]). Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Tamayo, M. (2007). Metodología de la Investigación. *México: Limusa*.
- Toledo, M. (2014). Entre Muchachas y Señoras, arreglos particulares en el trabajo doméstico en México. Tesis para optar al grado de Doctor en Antropología. Centro de investigación y estudios superiores en Antropología social. (ciesas repositorio institucional). Recuperado el 2021
- Villavicencio L. & Zúñiga, A. (2015). La Violencia De Género Como Opresión Estructural. Revista chilena de derecho. Rev. Chile. Derecho vol.42 no.2 Santiago ago. 2015 *versión On-line issn 0718-3437*. Recuperado el 2022
- Younes, M. & Molinier, P. (2016). El lenguaje de la familia': ¿ideología patriarcal, falsa conciencia o ética del cuidado? Un análisis a partir de relatos de trabajadoras domésticas (Colombia, Líbano), en Papeles del CEIC, vol. 2016/1, n° 147 Universidad del País Vasco, Recuperado el 2022